

THE SPIRITUALITY OF THE BLOOD:
OUR MISSION IN DEFENSE
OF THE EARTH COMMUNITY

C.P.P.S. INTERNATIONAL SYMPOSIUM, LIMA, PERÚ 2010

LA ESPIRITUALIDAD DE LA SANGRE Y
LA MISIÓN EN DEFENSA
DE NUESTRA CASA COMÚN

SIMPOSIO INTERNACIONAL C.P.P.S., LIMA, PERÚ 2010

EDITED BY JEROME STACK, C.P.P.S.

C.P.P.S. RESOURCES—NO. 33

2012
MISSIONARIES OF THE PRECIOUS BLOOD
CINCINNATI PROVINCE
DAYTON, OHIO

Cover design by Jean Giesige
Cover photo by Br. Juan Acuña, C.P.P.S.

© 2012 by the Missionaries of the Precious Blood
Cincinnati Province, Dayton, Ohio

All rights reserved.

ISBN 978-0-9820516-0-3

C.P.P.S. Resources

- No. 1 *Historical Sketches of the C.P.P.S.*
by Andrew Pollack, C.P.P.S.
- No. 2 *St. Gaspar del Bufalo and the
Blessed Virgin Mary*
by Winfried Wermter, C.P.P.S.
- No. 3 *St. Gaspar's Prison Experiences 1810-1813*
by Luigi Contegiacomo, C.P.P.S.
- No. 4 *Strokes of the Pen*
Compiled by Barry Fischer, C.P.P.S.
- No. 5 *ACTA of the XV General Assembly*
- No. 6 *Pictorial Necrology (Deceased)*
Compiled by Milton A. Ballor, C.P.P.S.
- No. 7 *Pictorial Directory*
Compiled by James Kelley, C.P.P.S.
- No. 8 *Strokes of the Pen II*
Compiled by Barry Fischer, C.P.P.S.
- No. 9 *Along the Road Marked by Blood*
by Barry Fischer, C.P.P.S.
- No. 10 *Essays in Honor of St. Gaspar*
by John R. Klopke, C.P.P.S.
- No. 11 *Strokes of the Pen III*
Compiled by Barry Fischer, C.P.P.S.
- No. 12 *Giovanni Merlini, Twenty-Four Hours a Day*
by Michele Colagiovanni, C.P.P.S.
- No. 13 *Passionate Pilgrims*
by Joseph Nassal, C.P.P.S.

- No. 14 *More Essays in Honor of St. Gaspar*
by John Klopke, C.P.P.S.
- No. 15 *Life and Achievements of Father Francis
de Sales Brunner*
- No. 16 *In Water and in Blood*
by Robert J. Schreiter, C.P.P.S.
- No. 17 *My Life is Like the Amazon*
by Erwin Kräutler, C.P.P.S.
- No. 18 *Sources of Gasparian Spirituality*
by John A. Colacino, C.P.P.S.
- No. 19 *ACTA of the XVI General Assembly*
- No. 20 *The American/Cincinnati Province of the
Society of the Precious Blood:
A Chronological Account*
by Charles J. Robbins, C.P.P.S.
- No. 21 *Brothers C.P.P.S. Chronology*
by Charles J. Robbins, C.P.P.S.
- No. 22 *A Precious Blood Reader*
by Barry J. Fischer, C.P.P.S. and Robert J.
Schreiter, C.P.P.S.
- No. 23 *Strokes of the Pen IV*
Compiled by Barry J. Fischer, C.P.P.S.
- No. 24 *Strokes of the Pen V*
Compiled by Barry J. Fischer, C.P.P.S.
- No. 25 *ACTA of the XVII General Assembly*
- No. 26 *Historical Sketches of the C.P.P.S.*
(Revised edition)
by Andrew Pollack, C.P.P.S.
- No. 27 *International Symposium—Parish Ministry
and Precious Blood Spirituality*
- No. 28 *Acta of the XVIII General Assembly*

- No. 29 *C.P.P.S. Brothers: Past, Present and Future*
(*Acta of the International Symposium on*
C.P.P.S. Brothers)
- No. 30 *Acta of the XIX General Assembly*
- No. 31 *Saint Gaspar del Bufalo, Apostle of the Blood*
of Christ, Volume I: Devotion to the Blood of
Christ in the Life and Apostolate of Saint
Gaspar
by Beniamino Conti, C.P.P.S. and translated by
Jerome Stack, C.P.P.S.
- No. 32 *Saint Gaspar del Bufalo, Apostle of the Blood*
of Christ, Volume II: The Preaching of Saint
Gaspar on the Devotion to the Blood of Christ
by Beniamino Conti, C.P.P.S. and translated by
Jerome Stack, C.P.P.S.
- No. 33 *The Spirituality of the Blood: Our Mission in*
Defense of the Earth Community
Edited by Jerome Stack, C.P.P.S.

Prólogo

Hace casi cincuenta años atrás las congregaciones religiosas fueron llamadas a la renovación por el Concilio Vaticano II en un decreto sobre la adaptación y renovación de la vida religiosa. Esta renovación debía comprender “a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos” (*Perfectae Caritatis*, 2). El documento insta a las congregaciones religiosas a honrar el espíritu y los objetivos especiales de sus fundadores.

Esta vuelta a lo que se denomina el carisma del fundador no significa un regreso servil a una forma de espiritualidad y ministerio histórica y culturalmente condicionados del pasado. Como un autor lo explica: “El carisma del fundador de una comunidad religiosa es el carisma tal como se vive ahora”.¹

El desafío de volver al carisma del fundador y adaptarlo a las nuevas condiciones de la época ha llevado a una nueva reflexión sobre el sentido y significado del misterio de la Sangre de Cristo entre los miembros de las congregaciones de la “Familia de la Preciosa Sangre”, cuyos fundadores comparten una especial devoción a la Preciosa Sangre. De esta reflexión ha surgido una nueva conciencia sobre la necesidad de reconciliación en el mundo actual y del valor único de la Sangre de Cristo como respuesta a la ruptura que afecta a tantas personas en formas tales como relaciones rotas, alienación, violencia y guerra.

En los últimos años nos hemos dado cuenta que no sólo la sangre de Abel clama desde la tierra (cf. Gn 4), sino que la “sangre de la tierra”, clama a nosotros también. Esta sangre, símbolo de la vida y la muerte, implora junto a nosotros, buscando ser sanada, ya que ha sido dañada por los seres humanos que no han sido sus protectores y que han fallado en ser buenos administradores. San Pablo puede estar refiriéndose a esto en el capítulo octavo de la carta a los Romanos, en el que describe la creación como gimiendo como si fuera una mujer en trabajo de parto esperando esperanzada la redención.

A la luz del grito de la sangre de la tierra, nuestra madre, ¿cómo está llamándonos a responder la Sangre de Cristo?

Los miembros de la Misión del Perú de los Misioneros de la Preciosa Sangre han respondido a la creciente preocupación por la crisis ecológica global mediante la organización de un simposio que ofrece reflexiones sobre el cuidado de la creación a la luz de la espiritualidad de la Sangre de Cristo. El tema fue: “La espiritualidad de la Sangre: Nuestra misión en Defensa de la Comunidad de la Tierra.” Como el Padre Dionicio Alberca, C.P.P.S., señala en su presentación introductoria, el simposio se deriva y es una continuación de la conversación mantenida en un simposio celebrado en Lima en 1999 sobre el tema: “La reconciliación por la sangre de Cristo en Tiempos de Violencia, en un Mundo Multicultural”. De hecho, el daño causado a la tierra, nuestra “casa común”, como acertadamente es llamada, también puede ser visto como una forma de violencia que busca la reconciliación y la sanación.

El simposio tuvo lugar del 10 al 15 de Enero de 2010 e incluyó cinco temas principales. Cada día estuvo dedicado a un tema, introducido por una presentación, discusiones en grupos grandes y pequeños e informes. Este volumen contiene las presentaciones en español e Inglés. Esta es la primera vez, por cierto, que un volumen de la

Serie de Recursos C.P.P.S. ha sido publicado en una edición bilingüe.

Estamos muy agradecidos a los ponentes que ofrecieron sus reflexiones sobre el tema y cuyas presentaciones se encuentran en este volumen. Gracias también a los miembros y asociados laicos de la Misión del Perú de los Misioneros de la Preciosa Sangre que organizaron la conferencia, especialmente al Padre José Deardorff, C.P.P.S., que reunió el material contenido en este volumen.

Otros que han contribuido a esta publicación son Pauline Vokits, en el formato y corrección del volumen, el Hermano Juan Acuña, C.P.P.S., quien ayudó con las traducciones y revisión del texto en español y la Compañera C.P.P.S. Jean Giesige, Director de Comunicaciones de la Provincia de Cincinnati de los Misioneros de la Preciosa Sangre, que también leyó el texto y supervisó la producción final de este volumen.

Por último, parece oportuno citar un fragmento del profético “Cántico para el Milenio”, que tuvo su origen en el Congreso de la Preciosa Sangre de 1993:

Nuestro carisma de la Preciosa Sangre
tiene un compromiso ineludible
con la vida y la calidad de vida de todas las
personas.
Nos desafiamos a nosotros mismos y a nuestra
sociedad global
en la forma en que tratamos a los pobres, los
enfermos, los marginados,
así también en como cuidamos la tierra
que Dios nos ha dado.

(Oraciones de la Preciosa Sangre [*Precious Blood Prayers*], edición de 1998, página 14)

Jerome Stack, C.P.P.S.
Editor

Foreword

Nearly fifty years ago religious congregations were called to renewal by the Second Vatican Council in a decree on the adaptation and renewal of religious life. This renewal was to be marked by “both the constant return to the sources of all Christian life and to the original spirit of the institutes and their adaptation to the changed conditions of our time” (*Perfectae Caritatis*, 2). The document urges religious congregations to honor the spirit and special aims of their founders.

Such a return to what is often called the *charism* of the founder does not mean a slavish return to some historically and culturally conditioned form of spirituality and ministry from the past. As one author puts it: “The charism of the founder of any religious community is this charism as it is lived *now*.”¹

The challenge to return to and to live the charism of the founder has led to a renewed reflection on the meaning and significance of the mystery of the Blood of Christ among members of congregations of the “Precious Blood Family,” whose founders shared a special devotion to the Precious Blood. From this reflection has emerged a new awareness of the need for reconciliation in today's world and of the unique value of the Blood of Christ in responding to the brokenness that afflicts so many in the form of ruptured relationships, alienation, violence and war.

In recent years we have become aware that not only does the blood of Abel cry out from the earth (cf. Genesis

4), but that the blood, understood as the life of the earth itself, cries out. The very “blood of the earth,” one might say, cries out to us, seeking to be healed, since it has been damaged by human beings who have not been its protectors, who have failed to be good stewards. St. Paul may be alluding to this in the eighth chapter of Romans, in which he depicts creation as groaning as if it were a woman in labor, in pain, but also waiting in hope for redemption.

In the light of this cry of the blood of the earth, our mother, how is the Blood of Christ calling us to respond?

Members of the Peruvian Mission of the Missionaries of the Precious Blood responded to the growing concern over the global ecological crisis by organizing a symposium that offers a first major reflection on the care of creation in the light of the spirituality of the Blood of Christ. Its theme was: “The Spirituality of the Blood: Our Mission in Defense of the Earth Community.” As Fr. Dionicio Alberca, C.P.P.S., notes in his introductory presentation, the symposium grows out of and is a continuation of the conversation held at a symposium also held in Lima in 1999 on the theme: “Reconciliation by the Blood of Christ in Times of Violence, in a Multicultural World.” Indeed, the damage done to the earth, our “common house” as it is aptly called, can be seen as a form of violence that seeks reconciliation and healing.

The symposium took place from January 10–15, 2010 and included five major themes. Each day was devoted to a theme, introduced by a presentation, as well as large and small group discussions and reports. This volume contains those presentations in both Spanish and English. This marks the first time, by the way, that a volume in the C.P.P.S Resources Series has been published in a bilingual edition.

We are grateful to the presenters who offered their reflections on the topic and whose presentations are contained in this volume. Thanks are also due the members

and lay associates of the Peruvian Mission of the Missionaries of the Precious Blood who organized the conference, especially to Fr. Joseph Deardorff, C.P.P.S., who gathered the materials that are contained in this volume.

Others who have contributed to this publication are Pauline Vokits, who formatted and proofread the volume; Br. Juan Acuña, C.P.P.S., who proofread the Spanish text; and C.P.P.S. Companion Jean Giesige, director of communications of the Cincinnati Province of the Missionaries of the Precious Blood, who also read over the text and supervised the final production of this volume.

Finally, it seems appropriate to quote from the prophetic “Canticle for the Millennium,” which had its origins in the Precious Blood Congress of 1993:

Our charism of the Precious Blood
has an uncompromising commitment
to life and the quality of life for all people.
We will challenge ourselves and our global society
in how we treat the poor, the sick, the alienated,
as well as our stewardship of the earth
God has given us.

(Precious Blood Prayers, 1998 edition, page 14)

Jerome Stack, C.P.P.S.
Editor of the Precious Blood Resource Series

Abbreviations

AG	<i>Ad Gentes</i>
BCE (BC)	Before Common Era
CE (AD)	Common Era
CELAM	Documents of the Latin American Bishops' Conference (CELAM) are referred to by the names of the cities in which they were held: <i>Medellín</i> , Colombia, 1968 <i>Puebla</i> , México, 1979 <i>Santo Domingo</i> , Dominican Republic, 1992 <i>Aparecida</i> , Brazil, 2007
DGAE	<i>Las Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil</i>
GS	<i>Gaudium et Spes</i>
JPIC	Justice, Peace and Integrity of Creation
LG	<i>Lumen Gentium</i>
SEDOS	Service of Documentation and Study on Global Mission
UISG	International Union of Superiors General
USG	Union of Superiors General

LISTA DE CONTENIDOS **TABLE OF CONTENTS**

La espiritualidad de la sangre y misión
en defensa de nuestra casa común
by Dioncio Alberca, C.P.P.S. 1

Evangelización 2010 y la comunidad
misionera de la Preciosa Sangre de Cristo
by Erwin Kräutler, C.P.P.S. 21

¿Que dice la espiritualidad delante
de esta realidad?
by Sonia Matos, ASC. 41

Nuestro compromiso y responsabilidad
misionera a la luz de la espiritualidad de la sangre
by Barry Fischer, C.P.P.S. 53

La espiritualidad de la sangre:
Nuestro compromiso actual
by Megan McKenna 83

The Spirituality of the Blood and our Mission in
Defense of our Common House
by Dionicio Alberca, C.P.P.S. 101

Evangelization and the Missionary Community
of the Precious Blood of Christ
by Erwin Kräutler, C.P.P.S. 125

How Does our Spirituality Speak to the Present Reality? by Sonia Matos, ASC	145
Our Missionary Commitment and Responsibility in the Light of the Spirituality of the Blood by Barry Fischer, C.P.P.S..	157
The Spirituality of the Blood: Our Commitment Now by Megan McKenna.	185
Notas en español	203
Endnotes in English	205
Bibliografía en español	207
Bibliography in English	209

La espiritualidad de la sangre y misión en defensa de nuestra casa común

Dionicio Alberca, C.P.P.S

Lunes, 11 de enero 2010

Introducción

El presente simposio se realiza en continuidad con el que se realizó en Lima, del 1 al 5 de febrero de 1999, sobre “la Reconciliación por la Sangre de Cristo, en tiempo de violencia, en un mundo pluricultural”. Y tiene por finalidad: contribuir a la reflexión y al compromiso en defensa de nuestra casa común, la Tierra (la *Pachamama*, en Kechua), como espacio de vida para todos.

Se trata de despertar la conciencia sobre la responsabilidad de todos y todas en la promoción y defensa de la vida; la misma que está siendo amenazada y violada de muchas formas. Para tal efecto, tenemos un recurso formidable y pertinente como es la espiritualidad de la Sangre, que es fuente de vida, de comunión, de nueva alianza, de reconciliación, de cruz y de eucaristía.

En esta ocasión me corresponde colocar el telón de fondo en el cual se enmarcarán los demás temas del Simposio. Los otros expositores abordarán matices más precisos sobre el tema que nos convoca.

Para situarnos en el tema, es pertinente partir de la situación actual de nuestra Casa Común. Preguntarnos sobre cuáles son, actualmente, los dolores de parto, los sufrimientos, los clamores de la Creación (cf. Rom 8,22). Luego, trataremos de juzgar e iluminar dicha situación desde la espiritualidad de la Sangre de Cristo. Será una forma de contrastar la realidad ecológica con el evangelio de la Sangre. Necesariamente esta confrontación tiene que llevarnos a asumir compromisos o líneas de acción.

Tenemos que descubrir desde la espiritualidad de la Sangre, la motivación para el compromiso de cuidar la Creación. ¿Cómo evangelizar para el cuidado de la Creación? ¿Cómo educar para un uso responsable de los bienes de la Creación? ¿Cómo respetar las diversas formas de vida (*bio-diversidad*) que Dios ha creado para todos? Éstas son sólo algunas preguntas y retos que nos corresponde responder, aunque, la pregunta crucial es: *¿Nos preocupa, realmente, la ecología?* Ésta es un signo de los tiempos, un grito de la sangre al que tenemos que responder. Es una situación que exige de nosotros una nueva sensibilidad, una nueva manera de relacionarnos con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con la Creación.

I. ¿Qué está pasando con nuestra casa común?

Nuestro mundo actual, entendido como una aldea global, está marcado por muchas crisis ecológicas y ambientales. Vale decir, la tierra está enferma y constantemente amenazada por el ser humano.

Una primera constatación es la contaminación del medio ambiente: polución del aire (efecto del calentamiento global y de las lluvias ácidas, etc.), contaminación química de las aguas mediante los residuos industriales y aguas hervidas no tratadas. Actualmente, la lucha por el agua es un tema capaz de generar conflictos y hasta guerras, porque, ya sabemos que un tercio de la población mundial no tiene acceso al agua potable.

“Las aguas están siendo tratadas como si fueran una mercancía negociable por las empresas, además de haber sido transformadas en un bien disputado por las grandes potencias. Un ejemplo muy importante de esta situación es la Amazonía” (*Aparecida*, 84), compartida por va-rios países latinoamericanos.

Otro problema muy serio lo constituyen los cambios climáticos provocados por la explotación abusiva del ecosistema que hacen los seres humanos; por ejemplo, la deforestación de bosques y selvas en beneficio de grandes proyectos industriales que en forma salvaje y descontrolada terminan alterando el equilibrio climático¹ y contaminando el ambiente con toda clase de desechos orgánicos y químicos. Por otro lado, tenemos que alertar a las industrias extractivas de recursos que cuando no proceden a controlar y contrarrestar sus efectos dañinos sobre el ambiente circundante, producen la eliminación de bosques; que sumándose a la contaminación del agua convierten las zonas explotadas en inmensos desiertos (cf. *Aparecida*, 473).

La cuestión de la dificultad habitacional también es un problema muy serio, el cual es tratado con mucha resistencia y restricción, dada su complejidad. Actualmente somos más de seis billones de seres humanos habitando conflictivamente en la casa común. El índice de crecimiento es elevado y preocupante frente al hecho de que los recursos naturales son limitados y el acceso a ellos cada vez se hace más dificultoso. Por ejemplo la desertificación trae como consecuencia que haya menos áreas para el cultivo de alimentos, necesitándose así de un sustancial incremento de productos químicos para que podamos producir los alimentos indispensables para calmar el hambre de las grandes masas humanas².

No es menos grave el problema de los bio-combustibles. Está comprobado que es una energía limpia en su uso, pero no en su producción. Según sabemos: es hasta nueve veces más contaminante la producción de los bio-combustibles. Implica también optar por el

monocultivo y acabar con la biodiversidad. ¿Qué va a pasar con nuestros países latinoamericanos que son ricos en biodiversidad? Se sabe que los bio-combustibles requieren de un impresionante consumo de agua. Y, así, vendrá inevitablemente el *estrés hídrico*. Sería mucho más eficaz la reforestación que los bio-combustibles. Muchos gobiernos y empresas quieren cambiar la matriz energética, pero no quieren cambiar el consumo. De esta manera surge un gran desafío: ¿producir calorías de petróleo y de gasolina o producir calorías de papas, verduras y carnes para los seres humanos?

Sin embargo, en el ámbito poblacional, el problema más grande es la injusticia global que impide el acceso de las personas a sus derechos básicos: derecho a alimentarse, a tener agua potable; es decir, a vivir con dignidad. En consecuencia, los grandes problemas ecológicos están siempre relacionados con la pobreza de la mayoría de la población mundial³. La destrucción de la naturaleza hay que verla desde los pobres, porque ellos son los primeros y los más afectados y los menos responsables de la degradación de la tierra, y no desde los ricos y las empresas que lucran y contaminan la tierra y el medio ambiente.

El deterioro irreversible de nuestro planeta se debe a un modelo de desarrollo económico devastador⁴, llevado a cabo por empresas transnacionales, instituciones financieras y gobiernos que se hacen cómplices de ellas. Es un modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de las personas, de los pueblos y del respeto racional de la naturaleza (*Aparecida*, 473). Por consiguiente, se les acusa—y con justa razón—de estar cometiendo el pecado de *biocidio* (destrucción de la vida) y de *geocidio* (destrucción de la tierra)⁵.

Este modelo de desarrollo utiliza una lógica malvada que explota a las clases sociales, que somete a los pueblos a los intereses de unos pocos países ricos y poderosos, que depreda y usurpa las riquezas; sin

solidaridad para con el resto de la humanidad y las generaciones venideras⁶. Lo indignante es que, “en las decisiones sobre las riquezas de la biodiversidad y de la naturaleza, las poblaciones tradicionales han sido prácticamente excluidas” (*Aparecida*, 84). Es por esto que

la devastación de nuestros bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque, pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria (*Aparecida*, 473).

Las preguntas que nos hacemos son las siguientes: ¿qué tipo de progreso y desarrollo es éste, que promueve actividades que destruyen los bosques, erosionan las tierras fértiles, inundan las tierras bajas, obstruyen con cienos contaminados la plataforma continental de los mares costeros y empobrecen a la población? ¿Qué tipo de progreso y desarrollo es este que promueve operaciones de explotación minera que llenan de cicatrices la Tierra y esparcen residuos tóxicos por los ríos, los campos fértiles y los mares? ¿Qué clase de desarrollo es éste que induce a los agricultores a cultivar productos para la exportación, en lugar de cosechas que abastecen de alimentos a la población? ¿Qué clase de desarrollo es éste que lleva, hasta el límite, la destrucción de las zonas pantanosas donde crecen los maravillosos bosques de manglares, que muy bien pueden abastecer a pueblos enteros de alimentos básicos y combustible vegetal, construyendo en cambio criaderos de mariscos que solo sirven para satisfacer el apetito de quienes están bien alimentados? ¿Qué tipo de progreso y desarrollo es éste que ofrece puestos de trabajo en industrias tan contaminantes que, con sus actividades de hoy, envenenan las fuentes de recursos para las generaciones futuras?⁷

Han desaparecido especies de seres vivos por culpa del ser humano. Vivimos en una sociedad del consumismo y, como consecuencia, experimentamos la suciedad del consumo. El mundo actual teme perder la vida: El agua va a escasear. El globo terráqueo está enfermo; la contaminación del agua, de la tierra, del aire y, por tanto, de las personas, constituye una grave amenaza a la vida.

El profeta Oseas describe muy bien esta realidad:

Escuchen la palabra de Yahvé, hijos de Israel, que Yahvé pone pleito a los habitantes de esta tierra, pues no hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra, sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre. Por eso la tierra está en duelo, y se marchita cuanto en ella habita: las bestias del campo y las aves del cielo; y hasta los peces del mar desaparecen (Os 4,1-3).

Dios va a juzgar a los habitantes de la tierra. Han olvidado a Dios y han olvidado la tierra. Han profanado la tierra: ella está llena de crímenes y violencia; está en duelo. La tierra está siendo víctima del pecado del ser humano.

En este mismo sentido, el profeta Isaías dice:

La tierra está totalmente asolada, completamente saqueada, porque el Señor ha dicho estas palabras: 'la tierra languidece y se marchita, está reseco y se marchita el universo, el cielo y la tierra se resecan'. La tierra ha sido profanada por sus habitantes, porque han pasado por alto la ley y desobedecido el precepto, rompiendo la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y tienen la culpa los que habitan en ella. Por eso han sido consumidos los habitantes de la tierra, y quedan pocos del linaje humano (Is 24,3-6).

Constatamos que hay poca conciencia sobre la contaminación medioambiental y la depredación de los recursos naturales. No podemos negar que nos falta una cultura ecológica.

Esta realidad de descreación, de caos, de tinieblas y muerte nos interpela y exige una respuesta responsable. La espiritualidad de la Sangre es un gran recurso que tenemos para dicha respuesta.

II. Respuesta a los clamores de nuestra casa común a partir de la espiritualidad de la sangre

Podemos responder desde las cuatro dimensiones de la espiritualidad de la Sangre de Cristo: que es

- 1) Sangre de la Vida
- 2) Sangre de la Alianza
- 3) Sangre de la Cruz
- 4) Sangre de la Reconciliación y
- 5) Sangre de la Eucaristía

1. La Sangre es vida

Conviene recordar que para la Biblia la “Sangre es vida” (Lv 17,14) y ésta pertenece exclusivamente a Dios⁸. En este sentido, la Sangre es signo del Dios liberador (Ex 12,21–23) creador y dador de vida (Sl 104). En el Nuevo Testamento, Jesús es el evangelio de la vida: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). La Sangre de Cristo es su vida ofrecida (Heb 10,5–10) por la salvación de los seres humanos y de toda la Creación⁹.

La Sangre de la Vida es totalmente inclusiva, global y universal. No es solamente expresión de la vida humana, sino también expresión de casi todas las formas de vida en la Creación de Dios. La Sangre es *biodiversidad*, es decir, expresión de las diversas manifestaciones de la vida. Los seres humanos no somos las únicas criaturas del plan creador de Dios. No somos los únicos seres vivos. Somos los más vivos, eso sí, y los que más

daño venimos causando a la Creación de Dios.

Recordemos que, por la sangre de la vida, somos invitados a tomar conciencia de que la vida—tanto la nuestra como la vida presente en la Creación—nos es dada como un don y no como algo que nos pertenece. Somos llamados y llamadas a vivir en solidaridad con todo lo creado¹⁰. La vida es don de Dios; es sagrada e intocable y un valor no negociable.

Según Gn 1,26–27: el hombre y la mujer son creados a imagen de Dios. Allí donde está el ser humano, sea hombre o mujer, Dios quiere manifestarse como aquél que ha creado todo por amor y sabiduría continuando su acción creadora a través de las personas. Al crearnos, esta condición es para nosotros una gran dignidad entregada por Dios; pero, también es cierto que constituye una gran responsabilidad. No somos dueños de la Creación, no somos dueños de la vida creada por Dios. La Creación no está puesta a nuestro libre albedrío para que hagamos con ella lo que se nos antoje y nos parezca. Ella no está puesta a nuestra disposición como un “montón de desechos esparcidos al azar”, sino como un don del Creador y como expresión de su proyecto de amor y de vida¹¹.

Somos llamados y llamadas, entonces, a administrar la Creación con responsabilidad ante Dios y ante las demás criaturas. Somos responsables de cuidar y promover la vida en todas sus formas. Esto implica aprender a convivir con las otras criaturas, compartiendo el espacio de vida común para todos¹². Los seres humanos somos una parte muy pequeña de la Creación y no estamos sobre ella, sino en ella y con ella¹³.

Estamos llamados a ser “jardineros” de la Creación. El Génesis nos dice: *“Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrara y cuidara”* (Gn 2,15). La palabra *Abad*, en hebreo, significa trabajar, labrar la tierra y servir; y la palabra *shamar* significa: cuidar, proteger y conservar íntegramente¹⁴. Además, este pasaje bíblico expresa claramente la unión

íntima del ser humano con la tierra al afirmar que el ser humano (*adam*) es formado de la tierra (*adamah*—Gn 2,7). Dios hizo al terreno de la tierra, hizo al ser humano del humus. Somos, pues, parte de esta gran trama de la vida que es la naturaleza. De esta situación se deriva nuestra vocación para “cultivar y cuidar el jardín del Edén” (Gn 2,15)¹⁵, o sea, la creación de Dios.

2. La Sangre de la Alianza.

La Sangre de la Alianza, según el Antiguo Testamento, contiene y expresa el proyecto de Dios: que es solidaridad, comunión, inclusión, conexión verdadera (cf. Ex 24,4–7; cf. Heb 9,18–21), compromiso de Dios con la tierra y todas las formas de vida creadas por él (cf. Gn 9,11–17) y esperanza en un futuro mejor (cf. Jr 31,17). Dios hace alianza con toda la humanidad, es decir, con todos los hombres y mujeres del presente y del futuro, pero también con la creación y con todas las formas de vida que hay en la tierra. Dios dijo a Noé:

Pongo mi arco en las nubes, que servirá de señal de la alianza entre mí y la tierra [. . .] Pues en cuanto esté el arco iris en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y todo ser vivo, toda la vida que existe sobre la tierra (Gn 9,16).

Esta alianza era prefigura, anticipo y promesa (cf. Jr 31,31–34) de la nueva y eterna alianza, sellada con la Sangre preciosa de Cristo (cf. Lc 22,20; cf. Hb 9,24–28). La nueva y eterna alianza constituye el proyecto de fraternidad universal de Dios, donde ninguna forma de vida queda excluida.

3. La Sangre de la cruz de Cristo.

Por una parte, la Sangre de la cruz es expresión de la persecución, de la violencia, del dolor y de la muerte de Jesús, el Hijo de Dios, víctima inocente e, injustamente, crucificado. De esta manera, la Sangre de la cruz se convierte en clamor, denuncia, desenmascaramiento

de la violencia y de la injusticia.

Por otro lado, la Sangre de la cruz es el transbordamiento del amor de Dios, para dar vida al mundo. El Padre Dios estaba presente en la muerte de su Hijo. Al darnos a su Hijo querido, el Padre nos muestra la importancia que la creación y los seres humanos tenemos para él. El Padre, no sólo nos da a su Hijo, sino que en su Hijo, se nos da él mismo a nosotros. De esta manera, el dolor de la humanidad y de la Creación entera, fue asumido por la pasión y cruz de Cristo; Dios asume el dolor de la humanidad y de la creación para redimirlo. Todo lo que afecta a la Creación y al ser humano, afecta a Dios. Esta es la elocuente solidaridad de Dios con todas las formas de vida creadas por él.

Así, la Sangre de la cruz nos sitúa en los límites entre la vida y la muerte (cf. Ex 12,7,13). Obviamente, nos coloca del lado de la vida. Nos coloca ahí donde la tierra está siendo amenazada, herida, depredada, contaminada, desolada. En este sentido, la Sangre de la cruz es fortaleza, coraje, resistencia y fidelidad en el cuidado de la Creación. La Sangre de la cruz nos capacita para sentir y percibir el dolor de la Creación. Si todo lo que afecta a la Creación, afecta a Dios, entonces, debería afectarnos a nosotros también.

La Sangre de la cruz desenmascara y pone en evidencia los sufrimientos inflingidos a la creación de Dios. Pero también significa el dolor y el sufrimiento de los pobres, de los indígenas y campesinos que son despojados de sus tierras, que sufren la contaminación y la exclusión. Significa también el dolor y sufrimiento de todos aquellos y aquellas que defienden y cuidan la creación de Dios, que denuncian a los depredadores y enemigos de la creación de Dios.

La Sangre de la cruz implica renunciaciones necesarias y el uso equilibrado de los bienes de la creación; implica vivir con lo estrictamente necesario, renunciando a muchas cosas que no son imprescindibles. Nos libera del derroche consumista y la explotación ilimitada de los

recursos que Dios ha creado para todos.

La Sangre de la cruz es Sangre del rescate (1 Pe 1,18–20). Jesús da su vida como rescate de todas las formas de vida creadas por Dios. La tierra y los pobres necesitan ser rescatados. La Sangre de la cruz de Cristo se coloca en la perspectiva del *Goél*¹⁷: Jesús ha venido a dar su vida como rescate en beneficio de muchos, o sea, de todos (cf. Mc 10,45b). Entre estos muchos está la creación y todas las formas de vida creadas por Dios.

4. La Sangre de la Reconciliación.

Cuando hablamos de reconciliación, estamos hablando de relaciones (cf. Ef 2,11–20). El ser humano en la Biblia, es visto como un ser de relaciones: relación filial con Dios; relación de igualdad y fraternidad con las demás personas; relación consigo mismo (en un clima de libertad y armonía interior); relación justa y respetuosa con la Creación. Este es el proyecto de Dios para la humanidad. Cuando los seres humanos vivimos estas cuatro relaciones en forma armoniosa la vida es un paraíso.

Por el pecado del ser humano, hombre y mujer, se rompieron las cuatro relaciones. El ser humano ***rompió la relación con Dios***: no aceptó ser hijo de Dios, sino que quiso ser como Dios. Dios dejó de ser Padre y fue convertido en un rival por el ser humano.

Se ***rompió la relación con los demás***. El deseo de ser como Dios lleva al ser humano a romper las relaciones de fraternidad e igualdad, convirtiéndolas en relaciones de desigualdad y dominación, de rivalidad y competencia. Así, el ser humano somete, se impone, desprecia y excluye a los otros seres humanos. Actúa con un complejo de superioridad y de soberbia.

Se rompió ***la relación con la Creación de Dios, con la naturaleza***. El ser humano, en su deseo de ser Dios, hace con la naturaleza lo que le da la gana. De señor de la Creación se convirtió en un tirano, en un déspota, en un depredador de la Creación. Esa relación

justa, respetuo-sa y recíproca con la Creación, se convierte en una relación injusta, irrespetuosa, tirana, explotadora, esclavizante, irresponsable y destructora de la Creación.

El ser humano se olvida que él es creación y parte de la misma Creación. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza, pero también nos ha hecho semejantes a otras criaturas con las que compartimos su patrimonio genético; no hay en nosotros un solo elemento químico que no se encuentre en el cosmos. La tierra es primaria y los seres humanos somos derivados de ella; sin embargo, el ser humano ha inventado lo contrario, es decir: los seres humanos son primarios, mientras que la Tierra y su funcionamiento integral sólo pueden ser secundarios¹⁷.

Se rompió ***la relación del ser humano consigo mismo***. El ser humano en su deseo de ser Dios perdió su libertad y su identidad; pues, ese deseo de ser Dios lo lleva a querer ser lo que no es, haciéndose esclavo de sí mismo, perdiendo su armonía interior y el orden en su vida. De esta manera, perdió su inocencia e identidad; y la vida, que era un paraíso, se convirtió en caos, desorden, lucha y muerte.

La Creación y el Medio Ambiente necesitan ser reconciliados, debido a que están siendo agredidos, maltratados, heridos, dañados y esclavizados por nosotros, los seres humanos. Estamos volviendo al caos, al desorden, a las tinieblas y a la muerte por el pecado del ser humano (Gn 1,2). Es muy actual lo que nos dice Pablo:

La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto (Rom 8,20–22).

En la Reconciliación, hay un agresor (quien inflinge

sufrimiento) y una víctima, que es agredida y maltratada. Podemos trasladar esta situación al plano de la relación del ser humano con la Creación. En este ámbito, el agresor es el ser humano y la víctima es la Creación y Medio Ambiente, creados por Dios.

La Sangre de la Reconciliación es la obra de Dios en Cristo: *“Porque en Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación”* (2 Cor 5,19); la reconciliación es una nueva creación (cf. 2 Cor 5,17), e implica la construcción de relaciones nuevas, auténticas y justas con la Creación. Tenemos que pasar del uso y abuso al uso racional y justo de los bienes que Dios ha creado para todos.

Se trata de establecer una relación equilibrada con la Creación conservando las diferentes especies de vida; para lo cual, es necesario crear una relación sana entre el ser humano y la creación, el Medio Ambiente y los recursos naturales. Desde la Sangre de la Reconciliación podemos contribuir para que toda la Creación se transforme en nueva Creación, es decir, en ese nuevo orden de cosas que el Hijo de Dios vino a establecer con su Sangre preciosa. No se trata de cualquier orden, porque hay formas de orden que reprimen y amenazan la vida, que son caos, tinieblas y muerte. Por el contrario, se trata más bien de ese orden querido por Dios, que es cosmos, que es espacio donde la vida, en todas sus formas, pueda generarse y desplegarse con libertad¹⁸.

5. La Sangre de la Eucaristía: Sacramento cósmico y ecológico.

En la Eucaristía, el pan no es solamente pan, ni el vino es solamente vino, sino que son fruto de una serie de mediaciones necesarias y de una serie de *relaciones sociales*¹⁹. El pan y el vino nos ponen en comunión con toda la Creación, con la humanidad y con la historia. Son sacramentos de la presencia de Jesús Resucitado en el

mundo, abarcado por él. No es la Creación que abarca al Resucitado, sino el Resucitado que abarca a la Creación con su presencia. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice: “en el vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). La historia personal y social como también la Creación, son asumidas por el Resucitado.

Jesús es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles [...] todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia (Col 1,15–17).

La Sangre de la Eucaristía es expresión y transformación del mundo. Recordemos la oración de presentación de ofrendas:

“Bendito seas, Señor Dios del Universo, por el pan y por el vino que recibimos de tu generosidad, fruto de la tierra y de la vid y del trabajo del hombre y de la mujer, de la ciudad y del campo, que ahora te presentamos, y se convertirá para nosotros en pan de vida y en cáliz de salvación”.

¿De dónde viene el pan y el vino eucarísticos? El pan y el vino son fruto de la tierra. Proviene del cosmos, de la Creación de Dios. La eucaristía se hace a partir de los elementos cósmicos, que son: la tierra, las semillas, los frutos, el agua, el aire, el sol. Sin estos elementos cósmicos no hay eucaristía. Si depredamos la Creación y contaminamos el Medio Ambiente, no habrá eucaristía.

Por otra parte, el pan y el vino son fruto del trabajo de hombres y mujeres del campo y de la ciudad. La sangre eucarística tiene que ver con la vida, la alegría, la esperanza; pero, sobre todo, con el sudor y los sufrimientos de los trabajadores (as); tiene que ver con la acumulación de los recursos y las injusticias que se cometen contra ellos y contra la Creación misma. El vino que se

convierte en la Sangre de Cristo, a veces, es más una expresión del dolor, del sufrimiento de los trabajadores (as); pero también es dolor, sufrimiento y destrucción de la Creación. Según la espiritualidad de la Sangre, a veces es más copa de sufrimiento que copa de bendición²⁰.

Definitivamente, el pan y el vino son la materia prima de la eucaristía que es el sacramento de la Creación de Dios, de comunión con ella y, también, sacramento de la vida y del trabajo de tantos hombres y mujeres; de niños y jornaleros que entregan sus vidas, su sudor, sus sufrimientos, sus alegrías y esperanzas, para que el mundo pueda tener el cuerpo y la sangre de Cristo que es alimento y bebida de salvación para todos. La Eucaristía está en relación con la ecología, con el cuidado de la tierra y el agua, de las cuales brota el pan y el vino para la vida de los seres humanos.

En la Eucaristía el Señor Jesús quiere cambiar el mundo cuando se lo ofrecemos, pero desde luego quiere cambiarnos cuando nos ofrecemos y nos comprometemos con él. En la eucaristía somos transformados y transustanciados para transformar el mundo según el designio de Dios Creador de la Vida para todos (as).

III. La Sangre nos llama y envía a cuidar la Creación.

Decíamos al comienzo que la ecología es un nuevo e imperioso signo de los tiempos que tenemos que reconocer, que tenemos que escuchar y responder y, por lo tanto, constituye un nuevo terreno de misión para nosotros, para nuestra Iglesia. Debemos dedicarnos en cuerpo y alma al cuidado de la Creación. Ella debe situarse en el corazón de la misión de nuestras Congregaciones y comunidades. Necesitamos hacer una opción preferencial por la Creación. La mayor necesidad que existe hoy en el mundo es hacer posible la vida sobre el planeta para nosotros y para las próximas genera-

ciones y, sobre todo, para los más pobres que son los que más están sufriendo las consecuencias del deterioro medioambiental²¹.

Es urgente el cambio de paradigma. Tenemos que pasar del *antropocentrismo* exacerbado al *cosmocentrismo*. El antropocentrismo es el paradigma de la modernidad y es la causa del desastre ecológico actual, porque, se ha llegado a pensar que todo está centrado en el señorío del ser humano; lo cual le daría derecho y poder para hacer con la creación lo que le viene en gana²². En pocas palabras, el antropocentrismo afirma: *La Tierra es una abundancia a ser dominada y explotada a favor de los seres humanos*. Pero, esta manera de pensar necesita una total revisión y más bien debería ser expresada de la siguiente manera: *La Tierra es la casa común de todos los seres vivos y del propio Dios y cada uno tiene unas responsabilidades en el cuidado de ella*²³. Estamos llamados a cambiar la mirada arrogante, en una “mirada amorosa”, para asumir una “conversión ecológica”, en nuestras actitudes y en nuestro comportamiento para con la tierra. La espiritualidad de la Sangre tiene que dar su contribución y llevarnos a hacer reverdecer la Creación. Tiene que ser Buena Noticia de liberación y plenitud para toda la Creación.

Para encontrar la espiritualidad de color verde necesitamos superar el antropocéntrico a ultranza, que colocó al ser humano, y no a Dios, en el centro del universo. Si nos remontamos a las raíces de la crisis ecológica, constatamos que la religión cristiana y otras religiones tienen gran parte de responsabilidad. La religión ha sido, muchas veces, cómplice de la explotación indiscriminada y de la contaminación de la tierra. Hay responsabilidad no sólo por haber interpretado mal el mandato de Dios: “*Sean fecundos y multiplíquense, y llenen la tierra y sométanla . . .*” (Gn 1,28), sino también por haber propuesto una espiritualidad dualista, a través de la cual se pretende salvar la dimensión espiritual en detrimento y desprecio de la dimensión material

e histórica.

Necesitamos crear una conciencia y una cultura ecológica para hacer un mundo habitable para la generación presente y para las generaciones futuras. La evangelización, la educación, la pastoral, toda la práctica y misión de la Iglesia tienen que orientarse en este sentido. Tenemos que revisar nuestros comportamientos individuales y domésticos.

Así como debe ser importante nuestra participación ciudadana y política, apoyando como ciudadanos y como comunidades los programas y acciones que defiendan el medio Ambiente, los Derechos Humanos y el comercio justo. Esta posición tiene que ir de la mano con la formación de una seria actitud de denuncia a las políticas que se opongan a ello. En el ámbito de la educación tenemos el gran reto de educar a los niños y adolescentes en un estilo de vida anti-consumista y de respeto a la Creación. Un estilo de vida que sea sobrio, justo, honrado y religioso²⁴; que amen la Creación y se sientan parte de ella.

La ecología exige una relación justa con los demás. Esta relación implica: limpieza, orden, respeto, justicia, comunión con el otro, con la creación y el medio ambiente. Debemos educar y evangelizar para restablecer el orden y la armonía queridos por Dios. Preocuparnos no sólo por la ecología humana, sino por la ecología cósmica y social. La ecología es preocupación por los demás, especialmente por los más pobres y excluidos. El clamor de la tierra está relacionado con el clamor del pobre y oprimido²⁵. Una espiritualidad de la sangre, para que sea ecológica, debe tener como referencia lo cotidiano de las personas pobres, excluidas y marginadas; debe ser promotora de una efectiva integración e inserción de ellas dentro de la casa común y todas sus relaciones posibles. La espiritualidad de la Sangre es alianza, inclusión, reconciliación, verdad, justicia, igualdad, solidaridad y comunión.

Defender el plantea, desde la espiritualidad de la

Sangre, implica responsabilidad y reciprocidad con la creación y con la generación presente y las generaciones que vendrán. Tenemos que dejarles un mundo habitable y con una forma de vida sostenible. No es justo dejarles una creación sucia, degradada, contaminada. Tenemos la responsabilidad de dejar limpio y sano este mundo para que los que vengan vivan bien. Nuestra misión es sembrar vida para las generaciones del futuro.

Buscar un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario, basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamenta en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y que supere la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos (Aparecida, 474c).

Evidentemente, no podemos permitir que la vida se desgaste y se acabe. No podemos permitir que las diversas especies se extingan. Tenemos que buscar un equilibrio en el uso de los bienes de la creación, llevando una vida lo suficientemente sobria para que sea un testimonio de vida irrefutablemente anticonsumista²⁶. Así, por ejemplo, la anchoveta, que es un pescado peruano, debe ser consumida en forma equilibrada y sobria, pero si la depredamos, se va a extinguir y va desaparecer. De igual manera, si nos comemos todos los cuyes y no mantenemos el equilibrio ecológico, se van a extinguir. Por eso, es fundamental y urgente respetar el equilibrio ecológico inherente a la creación misma²⁷ y debe ser la consigna de alerta hoy mismo.

Conclusión

Finalmente, la espiritualidad de la Sangre nos obliga a repensar a Dios: ¿qué imagen de Dios tenemos y anunciamos? Nos obliga a repensar el hombre: ¿qué imagen de ser humano manejamos? Nos invita a repensar el

mundo y la naturaleza: ¿es, simplemente, un objeto de manipulación? Tenemos que repensar la sociedad: ¿cuál es la sociedad que Dios quiere? Una ecología sostenible implica necesariamente una sociedad sostenible. El cambio ecológico requiere de un cambio social. No podemos desligar ecología y humanidad. Necesitamos repensar la Iglesia: una Iglesia comprometida con qué y con quiénes? Necesitamos repensar la misión de nuestras Congregaciones y comunidades cristianas.

Necesitamos aprender experimentar a Dios en la Creación. La tierra no se puede profanar. Dios habita en la tierra. Ella es sacramento de Dios: ella nos habla de Dios. Para escuchar a Dios en la Creación, necesitamos hacer una experiencia espiritual: aprender a sentir y percibir el dolor de la Creación. Todo lo que afecta a la Creación, afecta a Dios. Pues todo lo que afecta a la Creación, debe afectar también a nosotros. Ser imagen y semejanza de Dios significa una tarea, una responsabilidad y un compromiso ineludible de cuidar la creación de Dios por parte de nosotros, los seres humanos. Se es imagen de Dios por lo que hay que hacer más que por lo que se es. Compartimos con Dios una preocupación y una tarea: que la tierra no vuelva al caos y al desorden, sino que llegue a su plenitud.

El planeta tierra, la vida en sus diversas formas, los pobres y los excluidos necesitan ser rescatados por la Sangre de Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Jn 1,29.35). Dar respuesta al grito de la tierra y al grito de los pobres es fundamental para los discípulos (as) y misioneros (as) de Jesucristo. Con la Sangre del Cordero degollado y Resucitado ha comenzado el cielo nuevo y la tierra nueva (*Aparecida*, 21,1); en otras palabras, es la nueva creación y el nuevo orden social que ha comenzado con la preciosa Sangre de Cristo.

Nos dice el Apocalipsis:

Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva—

porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios . . . Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado (Aparecida 21, 1-4).

Dionicio Alberca es un Misionero de la Preciosa Sangre en Perú, actualmente sirviendo en la Parroquia San Francisco de Borja en Lima. Ha servido como director de la Misión Peruana y su ministerio ha incluido la dirección espiritual y los retiros.

Evangelización 2010 y la comunidad misionera de la Preciosa Sangre de Cristo

Erwin Kräutler, C.P.P.S.

Martes, 12 de enero 2010

La humanidad pregunta a la comunidad misionera que “ha recibido la misión de anunciar al Reino de Cristo y de Dios” (LG 6): ¿Qué significa el anuncio de este Reino para los grandes problemas que amenazan la humanidad? ¿Cuál es la contribución de la comunidad misionera para la solución de esos problemas? Y nosotros, miembros de la comunidad de la Sangre de Cristo, nos preguntamos: ¿Cuáles son estos problemas y cuál es la solución que podemos ofrecer al mundo, a la humanidad y, sobretodo, a los pobres? ¿Tienen solución dichos problemas? ¿Cómo transformar nuestra propuesta en un lenguaje secular, para que el siglo XXI la entienda como suya, mordente, enraizada en sus contextos y, al mismo tiempo, abierta al Trascendente, de donde “se ha manifestado la bondad de nuestro Salvador y Su amor a los hombres” (Ti 3,4)?

Hacia finales del segundo siglo, un pagano ilustre conocido con el nombre de Diogneto preguntó a la comunidad cristiana: ¿quién es ese Dios y cuál es su Buena Noticia, en la cual los cristianos depositan su confianza?

¿Cuál es la propuesta de vosotros, cristianos, discípulos-misioneros, para un mundo que no tiene más propuestas que valen para todos? ¿Cuál es su proyecto? ¿Cuál es su secreto? Y el autor desconocido de esa Carta catequética a Diogneto respondió:

Los cristianos no habitan ciudades a parte, no se sirven de idioma diverso de los otros . . . Viven en la propia patria, mas como peregrinos. Como ciudadanos de todo participan, pero todo sopor-tan como extranjeros. Toda tierra extraña es patria para ellos, y toda patria, tierra extraña. . . los cristianos residen en el mundo, mas no son del mundo. . . Son ellos que aseguran el cosmos. (La Carta al Diogneto, n. 5).

¿Qué quiere decir “asegurar el cosmos”? Ciertamente significa “celar” por la vida en el mundo. Todos aquellos que tengan su vida en amenaza, deberían cargar en las espaldas el “luchar” por la justicia de la resurrección y “confiar” en aquel Dios que se encarnó en este mundo, para que tenga “vida en abundancia” (Jn 10,10).

¿Cuál es la misión universal de la Iglesia? ¿Cuál es la contribución de nosotros, miembros de la comunidad de la Sangre de Cristo?

Cuando hoy en la Iglesia hablamos de “misión”, distinguimos—en vista de los destinatarios y de los agentes—dimensiones diferentes. Misión puede significar:

1. Testimonio en el mundo
2. Pastoral misionera
3. Nueva evangelización
4. Evangelización
5. Ecumenismo
6. Diálogo interreligioso
7. Misión *ad gentes*
8. Misión *inter gentes* y
9. Misión a lá frontera

Todas estas actividades misioneras, en su conjunto, configuran **“la misión de la Iglesia en el mundo”**. Son piedritas que constituyen el mosaico de la misión universal de la Iglesia. Nuestra misión se dirige a todas las culturas, naciones y clases sociales.

Podríamos preguntar: ¿ese tema no es por demás amplio? ¿Esa amplitud no nos hace olvidar nuestros problemas específicos? ¿Dónde está nuestra identidad católica, donde la opción por los pobres, la defensa de los pueblos indígenas, donde la Iglesia local con sus Comunidades Eclesiales de Base, donde los ministerios, los laicos y el diálogo ecuménico y interreligioso?

En este momento me parece que debo mostrar que los rompecabezas eclesiales tienen su relevancia o, como el Papa ha dicho en su Encíclica “Sobre la esperanza cristiana” (*Spe salvi*):

El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos—por usar la terminología clásica—‘merecer’ el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo ‘merecido’, sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la ‘plusvalía’ del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia (*Spe Salvi*, 35).

Esa “plusvalía” envuelve la gracia de Dios, como don, y nuestra acción como deber y respuesta. *Las Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil* (DGAE), de 2008, advierten que la sensibilidad del discípulo misionero para las cuestiones específicas de la realidad particular de nuestras Iglesias

. . . no lo exime de volver su atención para las grandes cuestiones que dicen respecto a toda la

humanidad. En un mundo globalizado, en el cual las acciones y sus consecuencias ultrapasen fronteras, es imposible cerrar los ojos ante aspectos que implican . . . en especial los marcados por la pobreza, por la exclusión, por la violencia y por la persecución (par. 207).

El amor a Dios y al prójimo es inseparable. A lo que me parece, mi tarea es de tejer aquel hilo que da cuenta de un mundo humano y de una responsabilidad misionera en expansión, como el propio cosmos.¹

Nuestra responsabilidad

El argumento de la “naturaleza misionera” surge internamente en la Iglesia, que afirma la necesidad y continuidad permanente del paradigma misionero. Después de *Aparecida*, la Iglesia convoca nuevamente a los bautizados para que asuman su discipulado en régimen de urgencia (*Aparecida*, 289, 368, 518). Esa movilización misionera no debe ser considerada como algo extraordinario, tampoco como prerrogativa de una u otra Iglesia local o de sectores pastorales o movimientos específicos. El Vaticano II declara que la naturaleza misionera hace parte de la normalidad y de la razón de ser eclesial: “La Iglesia peregrina es, por su naturaleza, misionera. Pues ella se origina de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios-Padre” (AG 2).

Desde el Concilio, el magisterio Latino-americano ha retomado esa afirmación fundamental en varias ocasiones (cf. *Santo Domingo*, 12, *Aparecida*, 347). *Aparecida*, en la “Tercera Parte” de su texto conclusivo, dedicado a la acción pastoral, diseña una Iglesia que vive “en estado de misión” (*Aparecida*, 213). También las “Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil 2008–2010” colocaron en su parte central el sueño del discipulado misionero “en una Iglesia en estado permanente de misión” (DGAE 47–101).

¿De qué se trata en esa “naturaleza misionera”? La comprensión del término “naturaleza” tiene una larga historia, de la cual captamos lo esencial, para responder a la pregunta. Desde la fe, los cristianos comprenden el mundo como creación divina que atraviesa un orden natural marcado por racionalidad y sentido. Mas la fe nos advierte también que mundo, naturaleza y humanidad están envueltos en una “ruptura” o “escisión” de la racionalidad original; son marcados por el pecado que no permite más, sin los esclarecimientos de la Revelación, considerar lo natural (“la naturaleza”) simplemente como bueno, racional y ético.

Las múltiples afirmaciones de la “naturaleza misionera” de la Iglesia en documentos recientes no permiten la conclusión de que esa naturaleza ha sido olvidada. Ha sido, en varias épocas y regiones del mundo, oscurecida por la proximidad de la Iglesia al poder. El poder, sea expresión de regímenes coloniales, imperiales, dictatoriales o aun democráticos, ha procurado siempre transformar la misión en ideología y neutralizar la presencia de la Iglesia junto a los pobres, cuya existencia denuncia la violación de sus derechos y culturas por los respectivos regímenes.

De acuerdo a la fe cristiana, origen y naturaleza misionera nos han sido reveladas por Jesucristo. La misión tiene su origen en la misión del Dios trinitario (“misión de Dios”) y su *finalidad* en la salvación de la humanidad: “Para que tengan la vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Y esa misión se prolonga por el envío de los discípulos por Jesús resucitado en el Espíritu Santo: “Como tú (Padre) me enviaste al mundo, también yo los envíe al mundo” (Jn 17,18).

La identidad entre Jesús histórico y Jesús resucitado es marcada por sus llagas en las manos y en su lado abierto por la lanza. El Resucitado les “mostró las manos y el lado, y los discípulos exultaron por haber visto al Señor” (Jn 20,20). Jesús de Nazaret, el “Enviado del Padre” (Jn 20,21), “asumió toda la naturaleza humana”

(AG 3). La naturaleza misionera de la Iglesia encuentra su identidad en ese origen del envío de Dios y de la asunción de la naturaleza humana. La identidad de Jesús pre y pos-pascual apunta hacia la identidad de la misión de los discípulos y hacia la naturaleza misionera de la Iglesia que, según San Pablo, tiene como núcleo kerigmático el escándalo y la locura de “Cristo crucificado” (1Cor 1,23). Pobres señales marcan el caminar de la comunidad misionera: el vacío, la abertura, la partición, la ruptura, el camino, la cruz, la sangre y la hostia sagrada. El presepio y el sepulcro están vacíos, la puerta del cenáculo está abierta, la genealogía de Jesús, interrumpida por el Espíritu Santo. La Iglesia es sierva, peregrina, huésped, instrumento, señal.

Nuestro encuentro

La Iglesia peregrina y misionera fue fundada en la fiesta de Pentecostés, fiesta del don de la Ley en el Sinaí para los judíos, y, para los cristianos, fiesta del don del Mandamiento Nuevo, por tanto, de una ética y práctica nuevas. En esta fiesta los discípulos y las discípulas han sido enviados y enviadas en misión en la unidad del Espíritu Santo.

A partir de Pentecostés, la comunidad eclesial aprendió que su tarea es formar, convocar y enviar a siervos del Reino y testigos de la resurrección. Los discípulos ya no eran más prisioneros de Jerusalén, del Templo, de la tradición heredada por los Judíos o sus antepasados.

Entonces sucedió algo inesperado: la destrucción de Jerusalén por los Romanos, en el año 70. Pentecostés, destrucción y expulsión de Jerusalén marcan el inicio de la misión universal de la Iglesia, que desde aquel tiempo no tiene más patria, ni cultura propias.

En el Espíritu Santo, la comunidad misionera es enviada para articular universalmente los pueblos y las culturas en una gran “red” (cf. Jn 21,11) de solidaridad,

diversidad y unidad. Del envío nacen comunidades Petrinas que procuran contextualizar la utopía del primer día de la Nueva Creación. De las comunidades nace el envío. La misión es el corazón de la Iglesia. Y ese corazón tiene dos movimientos, envío y convocatoria; envío a la periferia del mundo, y convocatoria a partir de dicha periferia, para la liberación del centro. Bajo la seña del Reino, propone un mundo sin periferia y sin centro.

¿Pero quién es ese destinatario de la comunidad misionera? ¿Quién es ese “mundo”, quién esa “humanidad”, hoy, en el año 2010?

Nuestro optimismo misionero no huye de la realidad, del sufrimiento y de los pobres, víctimas de las cinco grandes crisis de nuestro planeta Tierra, que son:

1. la crisis del modelo económico,
2. la crisis social,
3. la crisis ecológica,
4. la crisis cultural y
5. la crisis democrática.

Los problemas centrales de la humanidad que emergen de dichas crisis múltiples y conectadas, en este inicio del siglo XXI, son las siguientes:

a) La **polarización económica** de la sociedad mundial, en una concurrencia feroz, donde no gana aquel que es más humano, sino aquel que produce más barato. Crecimiento y expansión se tornarán en dos palabras mágicas, apoyadas por tecnologías cada vez más sofisticadas a servicio de la sustitución de trabajadores.

b) Quien produce más barato es aquel que se sujeta a condiciones de un **trabajo** penoso, que la máquina y los computadores todavía no consiguen resolver. Al trabajo penoso y de corta duración acompaña un salario indigno, sin garantía de derechos sociales, de educación de los hijos o aposentaduría. Los destinatarios privilegiados del *kerigma* misionero son los pobres, los mal empleados y los desempleados, los emigrantes, los que

mueren antes del tiempo porque no tienen un servicio sanitario que los ampare.

c) La exploración irracional atañe no solo a nuestro hermano operario, indígena o emigrante, sino también a nuestra hermana **naturaleza**. La responsabilidad de esa dilapidación de la naturaleza, de la devastación de nuestras florestas y de la biodiversidad “coloca en peligro la vida de millones de personas”, en especial la de los “campesinos e indígenas, que son expulsados hacia las tierras improductivas y para las grandes ciudades, para vivir amontonados en los cinturones de miseria” (*Aparecida*, 473).

d) La crisis cultural se manifiesta, por un lado, como crisis de sentido y, por otro, como **fundamentalismo** con sus ramificaciones en las grandes religiones y en las ideologías filosóficas y políticas. La disolución del sentido de la historia humana en una mera historia natural, y la afirmación que el único sentido es la **negación del reconocimiento** del otro y del pensamiento diferente—que recibe apenas un estatuto de hecho, mas no de palabra, o viceversa—representan un potencial permanente de guerra y violencia.

e) Después de que se hicieran guerras para la implantación de la democracia, hoy esa **democracia liberal** se encuentra en una profunda crisis estructural por la confusión de los poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) y por la ética. La democracia liberal no permite la participación satisfactoria del pueblo, sobretodo de los pobres y de los excluidos. Los que tienen el poder económico consiguieron reducir el Estado a un Estado mínimo, que no interfiere en sus intereses y que favorece a las élites, no consigue controlar la acumulación del capital en las manos de pocos, ni la corrupción, ni los medios de comunicación que divulgan la ideología del “costo-beneficio” como si fuera el primer mandamiento de un código éticamente correcto.

f) La **justicia** de nuestros países se convirtió en una justicia formal, morosa y carísima que actúa muchas

veces lejos de los lugares donde acontecen las injusticias, y no permite a los pobres, que desconocen los trámites legales y no consiguen pagar abogados competentes, alcanzar su derecho básico.

Nuestro compromiso

Las víctimas de las lógicas de expropiación y exclusión no nos solicitan soluciones técnicas, sino participación en la gestación de la propia acción misionera de la Iglesia, que podría tornarse un ensayo para transformaciones más amplias; nos piden señales de justicia y razones de esperanza. Nuestra tarea de discípulos-misioneros es la del profeta peregrino, que denuncia y anuncia, que vive otros valores (compartir, solidaridad, gratitud) y busca apuntar para el otro mundo posible, que para nosotros tiene su matriz en el Reino de Dios. Nuestros sueños, nuestra visión del mundo y nuestra esperanza tienen un impacto sobre el mundo universal, porque a través de eso – sueño, visión, esperanza – somos capaces, como leemos en la Carta a Diogneto, de “aferrar el cosmos”. Para fortalecer a nuestros hombros para tal tarea, precisamos cuidar de nuestra identidad. Son cuatro pilares que nos pueden ayudar a aferrar el cosmos de nuestra naturaleza misionera. Vivamos esa naturaleza universalmente contextualizados, en la unidad plural del Espíritu Santo, en la gratuidad y en la esperanza *de los y con los* pobres.

Universalmente contextualizados

¿Cómo traducir los artículos de fe, las señales de justicia, las imágenes de esperanza y las prácticas de solidaridad para los interlocutores del mundo moderno? El contexto de la misión tiene su fundamento teológico en la proximidad de Dios a lo largo de toda la historia de salvación y en el seguimiento de Jesús, que en virtud de la encarnación se aproximó a la humanidad (cf. GS 22). El Dios de la historia de la salvación judío-cristiana es un

Dios próximo a su pueblo. En el decir de San Irineo, Dios está próximo a cada persona humana a través de sus dos manos extendidas, que son el Hijo y el Espíritu Santo.² La mediación histórica y contextual del proyecto de Dios hace de la historia y del contexto un sacramento de su presencia. La misión insertada en el corazón de la historia y cultura de cada pueblo “es un imperativo del seguimiento de Jesús y es necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo” (*Santo Domingo*, 13b). La analogía entre la encarnación de Jesús de Nazaret y la proximidad contextual creada para la reflexión misiológica condujo al debate sobre el paradigma de la inculturación. Con la inculturación, la Iglesia se torna “un señal más transparente” y “un instrumento más apto” (*Redemptoris Missio*, 52) para anunciar el Evangelio, no como una alternativa a las culturas, mas como su realización profunda.

La meta de la inculturación es la liberación, y ésta, a su vez, necesita de la inculturación. El paradigma de la liberación, la no-exclusión, busca por lo tanto a la participación de todos, a la universalidad de la justicia, de la solidaridad y del amor. Las fuerzas de la liberación ganan profundidad con su arraigamiento contextual. La universalidad del horizonte de las causas del Reino puede ser entendida como alternativa a los grandes discursos y proyectos que emergen de la globalización económica (competición, lucro-beneficio, consumismo), como articulación de múltiples proyectos de vida, que une la responsabilidad universal, por el conjunto de la humanidad y del planeta Tierra. El anuncio y la práctica universal del amor mayor y el anuncio del Reino como “liberación del cautiverio de la corrupción” (Rom 8,21; LG 9), estar en contra del sistema, es para todos.

Unidad en la diversidad

El Vaticano II permitió, a través de nuevos tópicos como “Iglesia local”, “contextualización”, “inserción” (inculturación), “diálogo”, repensar muchos presupuestos de la universalidad de la Iglesia. La unidad de

la misión es una unidad en la diversidad del Espíritu Santo. Las múltiples respuestas de las culturas no son un accidente de trayecto, pero deben ser positivamente interpretadas como participación en la creación del mundo. Y, en ese mundo, pueblos e individuos defienden su identidad siempre en contraste con la alteridad.

El pluralismo cultural tiene sus desdoblamientos en el pluralismo religioso. El reconocimiento explícito de la libertad religiosa por el Vaticano II, a través de la Declaración *Dignitatis humanae*, es uno de los presupuestos de la misión. En la mayoría de las Iglesias y entre una mayoría de los fieles, hay un consenso de que la alteridad religiosa es irreducible. Y esa alteridad llama al diálogo interreligioso. El diálogo, como instrumento de comprensión, respeto y convivencia pacífica, en el interior de un pluralismo cualquiera, tiene “siempre un carácter de testimonio, dentro del máximo respeto por la persona y por la identidad del interlocutor” (*Puebla*, 1114).

Construir la unidad significa derribar “muros de la separación” (cf. Ef 2,14). “Anunciar la Buena Nueva a los pobres” significa derrumbar uno de los muchos muros de separación que la sociedad permitió construir no solo entre países, sino también en el interior de cada Estado y persona. Al contar la parábola del buen samaritano (Lc 10,25ss), respondiendo a la pregunta sobre lo que se debe hacer para obtener la vida eterna, Jesús propone demoler no solo el muro étnico entre samaritanos y judíos, entre mestizos y judíos puros, el muro clerical entre sacerdotes y laicos, sino también el muro entre secta marginalizada y religión oficial, entre justos y pecadores, entre discurso y praxis, entre verdad y amor.

Derribar muros, marcados por la “corrupción del pecado”, significa recuperar la imagen de Dios en los rostros humanos y la comunicación libre entre iguales y diferentes. En ese proceso que relega la orden de la redención a la orden de la creación, Jesús histórico y pospascual se coloca al lado de la samaritana, del

emigrante, del leproso, del pobre, de la otra y del pecador. Él construye unidad a partir de la asunción y de la articulación de la humanidad mutilada en sus contextos y en los confines de sus mundos. Delante de las “apariencias sufriendoras de Cristo” en las apariencias de la humanidad en “situación de extrema pobreza” (*Puebla*, 31ss), donde el despojamiento de la encarnación y redención asume su relevancia histórica y salvadora, caen todos los muros. Es bueno recordar: Jesús no ha sido albañil. No construyó muros. Él fue carpintero, hizo puertas y ventanas.

Gratuidad

En el mundo competitivo y excluyente, donde todo vale solamente por su precio de mercado, la misión está vinculada a la derrota del reino de la necesidad (“costo-beneficio”) y a la recuperación de un espacio alternativo y un proyecto no-mercantilista de gratuidad. La comunidad misionera confía en la atracción de su testimonio gratuito. Su “marketing” dispensa propaganda y armas. Los espacios de gratuidad inherentes al cristianismo son espacios de resistencia delante de espacios hechos territorios de lucro. El lucro particulariza y privatiza. El mercado no es para todos.

En Aparecida, la Iglesia se autodenominó “casa de los pobres” (*Aparecida*, 8, 524). Su espacio es alternativo, está configurado por la gratuidad de la cruz de Jesús de Nazaret y de la experiencia pascual de sus discípulos. Esa gratuidad de la cruz no es el prefacio de la historia de liberación y emancipación, mas su eje permanente: “el amor de donación plena, como solución para el conflicto, debe ser el eje cultural `radical` de una nueva sociedad” (*Aparecida*, 543). “En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (*Aparecida*, 31).

La Iglesia “casa de los pobres” es una Iglesia pobre. De los pobres recibe el don de la gratuidad y la

proximidad del Espíritu Santo, que es “padre de los pobres” (*Secuencia de Pentecostés*) y “protagonista de la misión” (*Redemptoris missio*, 21b).

En los trámites de la justicia, la Iglesia no es jueza entre las partes, mas “abogada de la justicia de los pobres” (*Aparecida*, 395, 533). Ella es parcial. Defiende una parte del proceso. Esa es su misión pneumatológica, ser “consoladora”, “intercesora” y “abogada”: introducir y representar el “Espíritu de la Verdad” (Jn 14,17) que ven del Padre y da testimonio delante del “padre de la mentira”, que perturba la orden social. El Espíritu Santo es Espíritu de la Verdad, no por causa de una doctrina cierta, una ley perfecta o una moral superior, sino porque en Él acontece la verdad en la generación de la vida: en la práctica del nuevo mandamiento y de la justicia mayor en favor de los pobres.

Desde el Vaticano II, la Iglesia Católica tejó un hilo conductor para su acción misionera, que esclarece la dimensión más profunda de su “naturaleza misionera”: la opción preferencial por los pobres. Esa opción es preferencial, porque debe “atravesar a todas nuestras estructuras y prioridades pastorales” (*Aparecida*, 396). La “naturaleza misionera” tiene su origen en la “Misión de Dios”, que es misión del Verbo encarnado, “que se vació a sí mismo y asumió la condición de siervo” (Flp 2,7), y del Espíritu Santo, enviados a los pobres: “Todo aquel que tenga relación con Cristo tiene relación con los pobres, y todo lo que está relacionado con los pobres clama por Jesucristo” (*Aparecida*, 393). En el Espíritu Santo, el hijo del carpintero fue confirmado “Hijo bien-amado”, por ocasión de su bautismo en el Jordán. Por Él fue conducido “al desierto, para prepararse para su misión” (cf. Mc 1,12s; *Aparecida*, 149). En Él fue ungido Mesías “para evangelizar a los pobres” (Lc 4,18). Después de su resurrección, Jesús envió a sus discípulos para predicar, en la fuerza del Espíritu, la Buena Noticia del Reino (cf. *Aparecida*, 276). Todo envío en misión acontece en el Espíritu Santo.

Hace 42 años que el Papa Pablo VI, que procuró transformar los documentos del Vaticano II en realidad pastoral, declaró en la apertura de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín:

la Iglesia se encuentra hoy delante de la vocación de la Pobreza de Cristo. . . . La indigencia de la Iglesia, con la decorosa simplicidad de sus formas, es un testimonio de fidelidad evangélica; es condición, algunas veces imprescindible, para dar crédito a la propia misión; . . . representa un ejercicio, que aumenta la fuerza de la misión del apóstol.

La estructura de esa Iglesia de los pobres es Trinitaria. Esa, que es “Pueblo de Dios”, “Cuerpo del Señor” y “Templo del Espíritu Santo” (LG 17), nace y renace en las comunidades por el impulso del Espíritu Santo y “se edifica como Iglesia de Dios, cuando coloca en el centro de sus preocupaciones no a sí misma, mas al Reino que esa anuncia como liberación de todos” (DGAE/1995, n. 64). En la memoria eucarística, la comunidad cristiana hace memoria de la gratuidad de su salvación y actualiza, en la memoria del lavatorio de los pies, las razones de su servicio, que se pone en una lógica que subvierte las relaciones de dominación (cf. Mc 10,42ss). Agradecer en la conciencia de la liberación recibida como dádiva y servir en el cumplimiento del nuevo orden (“¡entre vosotros sea diferente!”) son dimensiones estructurantes de su misión. El don no dispensa el propio esfuerzo y nuestros esfuerzos no dispensan la gracia: “La vida es presente gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar . . .” (*Aparecida*, 464).

La gratuidad impulsa necesariamente a la simplicidad institucional. Solo estructuras leves permiten pensar en gratuidad. Estructuras pesadas son muy caras. Una Iglesia en camino es una Iglesia simple y transparente. El caminar en el Espíritu es un caminar desarmado y despojado. Conversión y transformación auténticas

tornan las personas más simples. Y la simplicidad representa, también, una respuesta a la complejidad cada vez más especializada del mundo. “Cuando les envié sin cartera ni equipaje ni calzado, ¿les faltó algo?” (Lc 22,35).

Razones de nuestra esperanza

Los discursos dominantes hoy afirman que no hay alternativa al capitalismo, que las utopías no tienen más sentido y que la historia llegó a su punto final. Son discursos de auto-salvación y desespero dirigidos contra los pobres. Generan pesimismo y depresión. La esperanza nace cuando las víctimas comienzan a hablar, actuar, organizarse por propia cuenta; cuando los discípulos-misioneros se hacen presentes en medio al pueblo, rechazan el propio protagonismo y ceden a las ventajas de su clase social, acompañan los procesos de organización, ayudan a expulsar el sentimiento de la incapacidad y se empeñan en transformar los deseos alienantes, que esperan todo de la providencia de Dios o de las promesas de los políticos, en esperanza histórica.

La esperanza es un mensaje central de la fe bíblica (cf. *Spe Salvi* 2). El mensaje del Reino y de la resurrección de Jesús, que es promesa de la justicia definitiva, es promesa a ser cumplida en la resurrección de los muertos, cuando “todos revivirán en Cristo” (1Cor 15,22). Creemos en el resucitado y anunciamos su Reino en el horizonte de la plenitud escatológica de “un cielo nuevo y una nueva tierra” (*Aparecida*, 21,1). El Dios conocido es siempre el Dios que camina frente a nosotros y a nuestro encuentro. Él es el futuro absoluto para la humanidad. La esperanza, que es la fuerza interior de la fe, permite confiar en el Dios siempre mayor y en el futuro prometido por Él. Por la esperanza somos capaces de comprender la incógnita de Dios, no como ausencia o abandono, sino como su condición de ser y como centro del mundo, en los rostros de los emigrantes y refugiados, de los desapegados y de los que viven en la calle de las

grandes ciudades, de los agricultores e indígenas sin tierra y de los afro-descendientes que luchan por su reconocimiento en sociedades racistas (cf. *Aparecida*, 58, 65, 72, 88ss, 402, 427, 439, 454). El grito de esa gente nos recuerda diariamente de la presencia de Dios y de la injusticia humana, que domina el mundo como un cáncer maligno. Dios oye el grito de su pueblo. Él no solo presencié el sufrimiento del pueblo, sino que también participó en él. Él está en el grito de su pueblo. Dios es el grito de los pobres. Dios no sufre más por nosotros, pero tiene compasión de nosotros. Y nosotros podemos exponernos al sufrimiento de los otros, porque en ellos experimentamos la compasión de Dios.

Reconocer a Dios como sujeto y autor de la historia y de la misión, alivia el peso de la misionariedad, sin eximir de responsabilidad. Él es el Buen Pastor de los discípulos-misioneros. Por tanto, debemos pedir a Dios no eso o aquello, más bien el don que es Él mismo. Pedir a Dios significa pedir oídos abiertos, manos extendidas, una vida que se dona, y una voz profética que no se calla.

Dios, que oye el grito de los pobres, que está en el centro de los conflictos, nos envía en misión. Al envío precede la convocación al éxodo. Él nos llama a salir de la esclavitud. Esa esclavitud se desdobra en múltiples formas de servidumbre y sumisión. En el origen de cada servidumbre está el secuestro de la memoria de los pobres. La experiencia del éxodo y la recuperación de la memoria son fundamentales para el anuncio misionero. La misión que se propone ser y anunciar “Buena Nueva” a los pobres intenta, necesariamente, desintegrarse del sistema que produce el sufrimiento de los pobres, procura desintegrar el sistema y, positivamente, recuperar la memoria de los oprimidos. Dios, que invita al éxodo, también pone fin al exilio. Zacarías (“El Señor es memoria”), el profeta pos-exilio, promete libertar a “los cautivos de la esperanza . . . de la cisterna donde no hay agua” (Zac 9,11s). Los cautivos de la esperanza serán arena en las entrañas del sistema basado en la

exclusión, exploración y en los privilegios de pocos (cf. *Aparecida*, 62).

Quién sale de su tierra, como Abrahán, o de la tierra de los otros, donde fue esclavizado, como Moisés, no sabe para donde va. En última instancia, la esperanza es confianza en Dios, es utopía, lugar inexistente, promesa absoluta. Una primera salida está en la salida, en el éxodo. La misión vive y propone ese éxodo en dirección de un mundo nuevo que acogemos en la metáfora del Reino de Dios.

La esperanza nos da las razones y la fuerza para decidir entre el presente, acomodado y sufrido, y el éxodo para un futuro imprevisible y arriesgado. Vivir en la esperanza tiene sus peligros y riesgos.

La ruptura sistémica no depende de la Iglesia, mas es factible con ella. Sus actos significativos – señal de justicia e imagen de esperanza – atraviesan a todo su quehacer cotidiano (formación, teología, catequesis, ministerios, liturgias, pastorales), y están en conexión con sectores que sobrepasan el ámbito eclesial.

La Iglesia, a través de sus agentes, está presente en los diversos movimientos sociales que creen en la posibilidad de otro mundo. Su misión es “despertar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no tendrá para nadie” (*Aparecida*, 395).

Precisamos, nuevamente, bajar al suelo del pueblo pobre y herido, para formar liderazgos en su medio y en sus luchas, donde “el propio Cristo se hace peregrino y camina resucitado” (*Aparecida*, 259).

El resucitado es el crucificado. La cruz no pertenece a la prehistoria de las luchas por la liberación. Pertenece a su historia permanente. Y en esa historia definimos etapas, prioridades y metas de un “otro mundo posible”.

Alimentar la esperanza de los pobres exige presencia, visión e intervención de discípulos-misioneros como actores sociales. El apóstol nos exhorta a “estar siempre

listos, a dar la razón de nuestra esperanza, . . . con mansedumbre y respeto” (cf. Pd 3,15s).

Todavía, no somos nosotros los que producimos lo nuevo, mas éste no será jugado a nuestros pies sin nuestra participación. Tampoco podemos pronosticar el mundo nuevo que esperamos. Asumimos con los pobres, que son mensajeros de la esperanza, la pobreza de nuestro saber con respecto de la forma concreta del futuro esperado. En todo caso, sabemos que las transformaciones, que inspiran la esperanza, comienzan

con la **participación** de los pobres-otros en la construcción de dicho mundo y de la Iglesia,
con la **redistribución** de los haberes acumulados por pocos,
con el **reconocimiento** del diferente y
con la **gratuidad** vivida por la comunidad misionera.

Reconocer a Dios como sujeto y autor de la historia y de la misión, alivia el peso de la misionariedad, sin eximir de la Iglesia de América Latina y del Caribe tiene delante tres alternativas:

*Amedrentada, enterrar los muchos talentos que ha recibido (Mt 25,14ss);
insertarse en el sistema capitalista y proponer pequeñas memorias;
o, entonces, intervenir con señales de justicia en el mundo injusto y lanzar las semillas del Reino.*

La Iglesia de Aparecida asumió esa intervención y ruptura como servicio a los pobres. Prometió no ser solo abogada de los pobres, sino su casa.

Como "casa de los pobres", la Iglesia será ica de esperanza!

Erwin Kräutler es Obispo de la prelatura del Xingú

en Brasil. Es austriaco, ha desempeñado su sacerdocio casi completamente en el Xingú y ha sido reconocido por su valor en la defensa de los derechos de los indígenas de la región y la búsqueda de la protección del ecosistema de la Amazonía. Recibió el “Right Livelihood Award” (a veces llamado el “Premio Nobel Alternativo”) en el 2010 en reconocimiento por sus esfuerzos.

¿Que dice la espiritualidad delante de esta realidad?

Sonia Matos, ASC

Miércoles, 13 de enero 2010

Estamos aquí para reflexionar sobre los gritos, los gemidos y desafíos que encontramos para preservar nuestra “Casa Común”, con el fin de contribuir en la transformación de nuestro mundo en un hogar habitable donde la vida pueda encontrar condiciones esenciales para desarrollarse y fortalecerse.

Uno de los elementos que sugerimos que, no es el único, pero sí fundamental, para cuidar de la Casa Común, es la espiritualidad, que en este contexto, tiene que ver con la posibilidad de la subsistencia de la humanidad y de la creación entera.

La espiritualidad—vida según el Espíritu—se torna crucial para el destino de la humanidad y del planeta porque indica, ilumina y propone el corazón de la cuestión: todo vive en Dios y Dios es en todo:

Ellos, todos, esperan de ti que a su tiempo les des el alimento: tú le das y ellos recogen, abres tu mano y se sacian de bienes. Escondes tu faz y él se evapora, retiras su respiración ellos expiran, vuelven al polvo. Envías tu soplo sobre

ellos y ellos son creados, y así renuevas la faz de la tierra (Sl 104, 27–30).

Vivir según el Espíritu—espiritualidad—implica colocarse en un proceso para un cambio de estilo de vida: dejar de vivir la vida movidos por la lógica de la dominación, del acumulo, de la explotación, del desperdicio, de la violencia, etc., y seguir la lógica de Dios que es la lógica del amor que se hace don.

El Espíritu, que hace nuevas todas las cosas, creando conexiones, estableciendo comunión, suscitando la unidad en la diversidad pone en nuestras manos el cuidado por la vida en todas sus formas y dimensiones.

Cuidar de la Casa Común a partir de la defensa y de la promoción de la vida implica un movimiento de descentralización y centralización. Descentralización de nosotros mismos, de nuestros deseos de querer dominar el mundo y usarlo para nuestra propia satisfacción. Centralización en las Personas de la Trinidad para sernos insertos en una red de relaciones de reciprocidad, de inclusión, interdependencia.

Hace algún tiempo se pensó que fuera sobre todo la ética, la que indicara los principios y reglara el comportamiento para el cuidado de nuestra Casa común, pero estamos convencidos de que la ética sola no es capaz de nutrir la esperanza del género humano. Es necesario una motivación más profunda que sea capaz de construir una nueva cultura en la cual la dimensión espiritual sea central y capaz de iluminar y determinar los principios éticos. Es contenido de cultura que la espiritualidad debe mirar, promover y sustentar.

La educación ética puede tornarse significativa si, sustentada por una espiritualidad cósmica da origen a un *ethos*¹ en vez de un simple código de comportamiento.

Es necesaria una motivación más profunda, existencial, que sea capaz de tocar la persona toda y no solamente la razón o el comportamiento. La razón y el saber solos no bastan. Existen otras fuerzas que junto con el

intelecto humano pueden ser significativas para decidir la dirección y el destino del mundo.

Cuidar de la Casa común a partir de la defensa y de la promoción de la vida, acogida y asumida como participación en la misión trinitaria, significa reconocernos creaturas y no el creador.

Consecuentemente, tenemos que aproximarnos a la imagen de Dios que Jesús nos ha revelado. Eso nos ayudará a tomar conciencia de los procesos que a lo largo de la historia desfiguraron la imagen de Dios, justificaron prácticas de exclusión y determinaron una espiritualidad.

Imagen de Dios

Esta reflexión tiene la finalidad de ayudarnos a clarificar como una concepción de la imagen de Dios puede ser incisiva en la relación. Ella puede llevar a relaciones justas, inclusivas etc., y puede también ser determinante para justificar relaciones de exclusión, de superioridad, de prepotencia. Fue lo que aconteció con la imagen de Dios presentada por el proceso de colonización, por el racionalismo, iluminismo, antropocentrismo, etc. ¡Cuántas vidas fueron sesgadas en nombre de Dios! ¡Cuántas personas marginadas; basta pensar en el caso de los indígenas, de los esclavos, de las mujeres y de la propia naturaleza. . . !

Una espiritualidad que ahonda sus raíces en la Trinidad y en la historia, no puede ignorar esta tentación: ocupar el lugar de Dios. Debe, por lo tanto, colaborar para que Dios sea Dios.

. . . colonizada

No podemos ignorar que el proceso de colonización en Latinoamérica influenció y no poco la concepción de la imagen de Dios. Y no es un dato relegado al pasado, tiene sus consecuencias aún hoy, sobre todo en lo que se refiere a nuestro tema.

La imagen de Dios que fue construida y transmitida

a partir de un proceso de colonización determinó y no poco el modo de *cómo* cuidar la Casa Común. Por eso, uno de los gritos que escuchamos, sea de parte de las personas, como del planeta entero, y de las relaciones de ahí decurrentes, justificadas por una espiritualidad.

El contexto colonialista se caracterizó por la unidad entre la fe y el poder político; en él, la práctica catequética era parte de un conjunto de recursos impregnados para la efectividad de los intereses económicos de la sociedad dominante. El contenido de la catequesis seguía la doctrina cristiana, apoyada en sus dogmas, principios morales y espiritualidad. Todos trabajaban para hacer reinar la gracia de Dios en el mundo.

Había la creencia de que el mundo era de Dios y tanto el Papa como los Reyes tenían como primera misión la evangelización, para hacer reinar la gracia de Dios. En ese sentido, a los que no conocían a Dios se hacía necesario anunciar la palabra de la salvación, para que no se sometiera a la acción del demonio.

No se cuestionaba la visión cristiana del hombre y de la mujer, de la sociedad y del cosmos, puesto que el equilibrio se apoyaba en la unidad de la fe. Era necesario anunciar la Palabra de Dios a los que aún no la conocían, una vez que era una exigencia social, para librarlos del espíritu del mal. Entonces, la conversión por la sujeción fue la fórmula práctica que tradujo la Fe y el Imperio en tierras colonizadas. La relación con los indígenas fue definida por las necesidades de los colonos y la fe servía como amalgama social.

Era preciso, según ellos, convertir el mundo natural en que vivían los indígenas en un mundo de la razón.

Los colonizadores no fueron capaces de percibir, con excepción², la presencia del Dios vivo actuando entre los pueblos indígenas y los esclavos porque encararon el Nuevo Continente por la óptica de la producción y del prejuicio. No fueron capaces de captar la consistencia y la profundidad del saber indígena, las dimensiones

teológicas de sus creencias, de su modo de relacionarse con la naturaleza y los avances civilizatorios de las comunidades nativas en aldeas.

La naturaleza era vista como un recurso (un medio para alcanzar un fin). Asimismo, el ser humano pasa a ser visto como el centro del mundo. La imagen y semejanza de Dios, tornase un *todo-poderoso*.

Es en esa perspectiva, que en el inicio de la ocupación, explotación y colonización brasileña, hecha por los portugueses, la naturaleza y los indígenas podían ser destruidos, ya que no poseían almas. La América Latina como un todo, siempre fue marcada por un espacio geográfico de dominación, tanto cultural cuanto físicamente.

Con el capitalismo, la tendencia de explorar y subordinar el ambiente será llevada a las últimas consecuencias. Los bienes de la naturaleza se tornarán cada vez más objetos de disputa y la persona cosificada.

Consecuentemente, el proceso de colonización que marcó profundamente los países de Latinoamérica en el periodo colonial continúan su acción, sea representando con otras vestimentas, mas con el mismo modo de actuar: colonización de la tierra, de los ríos, de la foresta, de la persona humana, sobre todo el cuerpo de la mujer, etc. Parece tratar de una colonización de la propia vida a través de un modelo de desarrollo social, político, económico y científico que la sociedad occidental consagró como único.

Por eso, el Documento de Aparecida, más allá de alertarnos de este peligro, llama la atención sobre nuestra responsabilidad e indica un camino espiritual que es aquel de la profecía:

En América Latina y El Caribe, se está tomando conciencia de la naturaleza como una herencia gratuita que recibimos para proteger, como espacio precioso de la convivencia humana y como responsabilidad cuidadosa del señorío del

hombre para bien de todos. Esta herencia se manifiesta muchas veces frágil e indefensa ante los poderes económicos y tecnológicos. Por eso, como profetas de la vida, queremos insistir que en las intervenciones sobre los recursos naturales no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida, en perjuicio de naciones enteras y de la misma humanidad (*Aparecida*, 471).

Aún más:

La riqueza natural de América Latina y El Caribe experimentan hoy una explotación irracional que va dejando una estela de dilapidación, e incluso de muerte, por toda nuestra región. En todo ese proceso, tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional de la naturaleza (*Aparecida*, 473).

Como profetas de la vida, creemos que para cuidar de la casa común es necesario nos aproximemos al Dios de la vida y de la vida plena: “He venido para que tengan la vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). En este caso se trata de vivir una espiritualidad profética que permita transitar los caminos peligrosos e inciertos de Jesús, para promover la vida, generar vida en abundancia.

... racionalizada ... antropocéntrica

Más allá del proceso de colonización, otros factores—que de cualquier modo están interconectados,—colaboraron para ocultar la imagen de Dios revelada por Jesucristo y justificar una práctica de exclusión, discriminación y distanciamiento de Dios. Estamos hablando del racionalismo exacerbado, el iluminismo y el antropocentrismo, ambos aislaron la persona de las

demás creaturas y en muchos casos haciéndolas superiores.

Por muchos años, fuimos influenciados por la ética de Aristóteles en la cual la felicidad consistía en potencializar al máximo la facultad superior, que sería la razón. Cartesio, siguiendo la tradición agustiniana, hizo del sujeto pensante el centro de todas las cosas (pienso, luego existo). Y el iluminismo reforzó aún más la visión según la cual el ser humano pensante racional es todo lo que cuenta en la existencia.

Esta visión va a reforzar la idea de que en la imagen de Dios, la persona sea identificada solamente en su razón y, a través de ella, el mundo pudiera ser unido a Dios. En esta perspectiva, la relación con Dios, el modo de rezar, celebrar es determinado por la razón, dejando de lado toda la dimensión corpórea y los elementos de la naturaleza. La Eucaristía, por ejemplo, se convierte en primer lugar, en memorial del sacrificio de Cristo y un instrumento de la gracia para nutrir el *alma*. La dimensión del cosmos desaparece de nuestra liturgia, así como la dimensión corpórea.

No podemos olvidar, que es a través de nuestro cuerpo que nosotros, los seres humanos nos reconocemos integrados en otros cuerpos y energías, de modo particular, en todas las formas de vida. Y la espiritualidad se refleja en este proceso de integración cósmica.

Con el avance de la modernidad, operase, a lo largo de los siglos, una mirada de un cosmocentrismo o teocentrismo exacerbado.

Esta visión antropocéntrica rompe con la noción de comunidad cósmica, que apunta hacia una vida de armonía y solidaridad entre varón y mujer y todos los demás seres existentes, en función de las relaciones de interdependencia presentes en la totalidad: todos los seres poseen el mismo origen y el mismo destino.

Al colocar el ser humano como el centro de los acontecimientos globales, siendo el criterio y el señor de la naturaleza, a partir de una interpretación errónea del

cuidado confiado al ser humano³, el propio Dios va siendo relegado a un espacio secundario.

La lógica de la racionalidad antropocéntrica lleva al hombre y la mujer a asumir una posición de poder y de la explotación en relación a la naturaleza que siempre ocurrirá en su exclusivo beneficio. Es una cultura construida a partir del paradigma del poder y de dominación del hombre y mujer dotados de la razón sobre la naturaleza y sobre todos los demás hombres y mujeres considerados como pertenecientes a la naturaleza, como es el caso de las sociedades indígenas tradicionales.

Esta visión mutiló la identidad del hombre/mujer, porque en vez de considerar la persona humana como parte de la creación con la misión de cuidar, proteger, referir, relacionar el ser humano con la creación y con el propio Creador, se ha considerado superior.

Mas la “superioridad” de los seres humanos en relación al resto de las criaturas, no consiste en la razón que ellas poseen, mas en su capacidad de colocarse en relación al punto de crear eventos de comunión a partir de los cuales, los seres individuales se liberan de la tentación de centralizarse sobre sí mismos y son referidos a Dios.

Tejiendo los hilos

. . . de la fe, de la esperanza y del amor

La fe cristiana camina lado a lado con la esperanza y el amor. Creemos que Dios creó el mundo por amor y no lo abandonó en el acto de la creación, por tanto existe una esperanza para su subsistencia.

Profesando que la creación no nos pertenece, mas pertenece a Dios, aceptamos que la creación cuando es colocada en relación con Dios, como algo que le pertenece, pasa por un proceso de liberación de sus límites para tornarse en una realidad portadora de vida, por tanto de esperanza.

Sostenemos que cuando el hombre/mujer realiza su

misión de unir la criatura a su Creador estamos colaborando con Jesús en su creación mediante la acción del Espíritu Santo. Así la creación adquiere, en cualquier modo una sacralidad que nos es inherente a su naturaleza, mas es “adquirida” por medio del ejercicio de la imagen de Dios de la parte del hombre/mujer.

Este es un dogma de fe y como tal creemos que comporte un *ethos*, del cual el mundo tanto necesita. Un *ethos* y no solo una ética. No un programa, mas una actitud, una espiritualidad y no una mentalidad.

Un camino espiritual basado en la fe, en la esperanza y en el amor nos ayuda a entender que nuestra misión de cuidar y de preservar la casa común es participación en la misión del Creador. Y al mismo tiempo sostiene el hombre y la mujer, de un lado como *parte* del mundo y del otro como punto de *unión* entre el mundo y Dios para que el mismo, sea transfigurado y regenerado.

Esta espiritualidad puede ayudar a eliminar la dicotomía entre natural y sobrenatural, considerando naturaleza y creación como una única realidad que viene de Dios y a Él es ofrecida. Un proceso en el cual el propio Dios deja de ser considerado “distante” de la naturaleza y en la persona del Hijo “arma su tienda entre nosotros” (Jn 1, 14). Es la persona de Jesús la esperanza del mundo. Esperanza que tanto el hombre y la mujer cuanto el cosmos encuentren en la *comunió*n con Dios Trino a su integralidad.

. . . de la paz

Un camino espiritual que puede ser significativo en el cuidado de la casa común es aquel que se enraíza en la paz: *shalom* para el Antiguo Testamento y *eiréne* para el Nuevo Testamento. Ambos se refieren al bienestar personal y social de cada persona.

El Antiguo Testamento usa la expresión *shalom*, para expresar una realidad que es don de Dios, una dádiva, que tiene que ver con vida plena, íntegra. Es expresión de la misericordia, de la justicia y de la fide-

dad de Dios a su alianza. Es parte integrante de la bendición de Dios.

Es una dádiva, que transforma en bendición a quien la recibe. Quien recibe *shalom* debe ser bendición para las otras personas, estableciendo relaciones de dignidad y justicia entre las personas y entre la persona y Dios. Es un don dinámico, transformador, por eso capaz de ser incisivo en la transformación o construcción de una cultura de paz.

En el Nuevo Testamento, *eiréne* está ligada al don global y definitivo hecho por Dios a la humanidad por medio de su Hijo Jesucristo. Jesús es el Señor de la paz y aquel que dona paz: “. . . mi hija va en paz y está sanada de ese mal” (Mc 5,34). “Tu fe te salvó, vete en paz” (Lc 7,50).

La paz es un gran tema que encierra toda la vida de Jesús, del anuncio de los ángeles en Belén (Lc 2,14) a la entrada final en Jerusalén (Lc 19, 38). Paz es la oferta de Jesús a los enfermos (Mc 5, 24), a los pecadores (Lc 7, 50), a los discípulos después de la Resurrección (Lc 24, 36; Jn 20: 19, 21, 26), como salvación y reconciliación plena con Dios (Rom 5, 10; 2 Cor 5, 18; Col 1, 20–22) y entre las personas (Ef 2, 14–16). Es “su” paz, “no como aquella que da el mundo” (Jn 14, 27): es la paz “en Él” (Jn 16, 33). Es una invitación calurosa para acoger la persona de Jesús “y reine en vuestros corazones la paz de Cristo” (Col 3, 15); “entonces la paz de Dios, que excede toda comprensión, guardará vuestros corazones y pensamientos, en Cristo Jesús” (Flp 4, 7).

El camino indicado por Jesús para llegar a la paz pasa absolutamente por la no violencia, por la transformación de la relaciones de poder, para asumir la lógica del hacerse siervo (Lc 22, 24–27), del lavado de los pies a los hermanos y hermanas (Jn 13, 13). . . . Es la lógica de Cristo crucificado (cf. 1 Cor 1, 23–24).

La paz *Shalom/eiréne* está en oposición a toda propuesta que crea y sostiene mecanismos de muerte, generados a partir de procesos de dominación,

explotación, exclusión, etc.

Por eso, una espiritualidad que ahonda sus raíces en la experiencia de la paz, es capaz de promover y sustentar una cultura de paz porque, habrá de iluminar las causas de los conflictos, de aquel que divide y separa, construye procesos culturales que ayudarán a restablecer aquel orden de cosas que el Hijo de Dios ha venido a establecer con su Sangre.

. . . de las relaciones

La espiritualidad ecológica/cósmica asume cada vez más un lugar importante en nuestras vidas, porque nos ayuda a pensar y a vivir la vida como una red de relaciones, como un gran ecosistema donde Dios se hace presente como fuente de vida y de comunión.

Es el Espíritu Creador que hace que la diversidad se torne comunión y despierta nuestras conciencias para un cuidado responsable de la casa común, no solamente de la especie humana, mas de todos los seres vivos. Por eso, los gemidos de la creación⁴ encontrarán un espacio en nuestros corazones porque apuntan hacia nuestra coresponsabilidad creacional.

Es la fecundidad del Espíritu, que hace desarrollar la vida nueva y un nuevo estilo de vida dinámico, inclusivo y relacional que nos ayuda a ir más allá de las relaciones unilaterales, para establecer relaciones de reciprocidad e interdependencia en cuyo centro está el Creador en alianza con sus creaturas.

Concluyendo

Concluyo haciendo mis palabras, las palabras de Leonardo Boff cuando afirma:

Si Dios es comunión y relación, entonces todo en el universo vive en relación y todo está en comunión con todo, en todos los puntos y en todos los momentos . . . Todo emerge como sacramento de la Santísima Trinidad. En un lenguaje directo,

fundado más en la vivencia de la Fe del que en las doctrinas, podríamos expresar así la Santísima Trinidad: el Dios que está a la cima de nosotros y es nuestra Fuente originaria, al que llamamos Padre. El Dios que está a nuestro lado y se muestra como hermano, al que llamamos Hijo. Y el Dios que mora en **nosotros** y se revela como entusiasmo, al que llamamos Espíritu Santo. Ellos, son un solo Dios-comunión-y-amor.

Sonia Matos es una Adoratriz de la Sangre de Cristo del Brasil. Actualmente sirve como consejera general de las Adoratrices en Roma.

Nuestro compromiso y responsabilidad misionera a la luz de la espiritualidad de la sangre

Barry Fischer, C.PP.S.

Jueves, 14 de enero 2010

Introducción

Cuando me pidieron que preparara una charla para este Simposio lo pensé dos veces antes de aceptar . . . ¡con temor y temblor! En el curso de los años he aludido muchas veces en conferencias a la importancia de que reflexionáramos sobre la salvaguardia de la naturaleza desde la perspectiva de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Pero nunca había dado una charla sobre este tema. En este caso, he aceptado la invitación como un desafío a crecer personalmente en comprensión y compromiso en cuanto Misionero de la Preciosa Sangre.

La reflexión y el estudio que supuso la preparación de este tema tuvieron lugar en el imponente escenario de belleza de Austria, donde vivo actualmente y donde abunda el encanto natural. Vivimos rodeados de montañas majestuosas, terrenos ondulados, fértiles granjas y flores. En Baviera (Alemania meridional), Austria, Liechtenstein y Suiza, parece que las flores fueran una parte integrante de la cultura. Por todas partes pueden verse espléndidos jardines, y flores ornamentales

colocadas en las ventanas y los balcones de las casas, que la gente cuida con un esmero particular y contribuyen a acrecentar la belleza natural. Se dice que San Francisco de Asís quería que cada convento tuviera su jardín con algún cantero siempre florido para que en todo momento las personas se sintieran invitadas a alabar a Dios.

Pero la gran variedad de viajes que tuve que realizar como Moderador General me hizo conocer también las zonas áridas de Tanzania central, donde a veces la gente tiene que cavar la tierra con sus manos para encontrar agua. También he estado en La Oroya donde las montañas son peladas y de un color grisáceo enfermizo como consecuencia de muchos años de grave contaminación.

Todo esto nos permite constatar las diferencias que existen entre los que tienen y los que no tienen, entre aquéllos que nadan en la abundancia de los recursos naturales y de las bellezas de la creación de Dios y aquéllos que no saben siquiera lo que es el agua potable, como yo mismo pude comprobar cuando trabajaba en Guatemala, donde todavía hoy la disentería sigue siendo la causa primera de la muerte de niños y adultos.

No pretendo ser experto en ecología o cuestiones ambientales, ni es mi intención entrar en las cuestiones técnicas involucradas en este tema importante. Los políticos, especialistas y técnicos pueden presentar los hechos y las estadísticas, y compartir sus experiencias de primera mano.

Yo me limitaré a reflexionar sobre nuestro compromiso y responsabilidad misionera en el marco de nuestra espiritualidad, centrándome especialmente en la sangre de la alianza y de la reconciliación y como comunidades eucarísticas.

El llamado de la Preciosa Sangre

La vivencia de nuestro compromiso de la alianza

Uno de los temas fundamentales de la espiritualidad de la Sangre de Cristo es el de la alianza. Las relaciones de la **alianza** definieron el mundo en el que vivió

el pueblo israelita. El vínculo de la alianza entre Dios y su pueblo se transformó en el símbolo de las relaciones auténticas. La justicia bíblica exige fidelidad a todas nuestras relaciones de alianza: con Dios, con los seres humanos, y con la tierra.

El año jubilar prescrito en el Antiguo Testamento (cf. Levítico 25, 23–55) era un tiempo especialmente dedicado a celebrar la presencia y soberanía de Dios sobre todas las cosas. Profundamente arraigado en el compromiso de la alianza, era un tiempo consagrado a restablecer la red de las relaciones humanas y restaurar la comunidad. Un tiempo de reconciliación, en el que se corregían los desequilibrios sociales de la sociedad agrícola y urbana. Los esclavos eran liberados y se cancelaban las deudas pecuniarias. Las tierras debían quedar en barbecho, y las que habían sido enajenadas debían devolverse a sus respectivos dueños.

En la sociedad hebrea los bienes materiales solían acumularse en las manos de unos pocos, y a causa de este desequilibrio las personas se veían obligadas a venderse para sobrevivir, al menos materialmente. La ley del año jubilar denunciaba esta injusticia social y trataba de corregir el mal de la acumulación de las fuentes de producción y de bienestar por parte de unos pocos privilegiados, situación denunciada por los profetas.

En el mismo capítulo del Levítico se hace referencia a una función importante en la estructura social de la sociedad hebrea: la del Goel. Su trascendencia y significado se entienden en el contexto de la alianza. En la sociedad hebrea el clan era un factor de unidad y de defensa de las personas y familias. Una de las expresiones más hermosas de la unidad familiar y de las obligaciones recíprocas se encuentra en la **ley del Goel**. En caso de enfermedad, plagas, malas cosechas u otros desastres, las familias y los individuos recibían ayuda del Goel. Él era el protector y defensor del clan, en un momento de la historia en el que la familia había dejado

de ser el lugar de acogida y participación y se había convertido en objeto de exclusión y marginación del más débil. El Goel sería el hermano, el tío, el cuñado u otro consanguíneo. Para los israelitas, defender el clan era lo mismo que defender la Alianza.

El concepto de Goel terminó aplicándose a los reyes en el servicio de su pueblo y a Yahvé. Leemos en Jeremías 50,34:

Así dice Yahvé Sebaot: Oprimidos estaban los hijos de Israel y los hijos de Judá a una. Todos sus cautivadores los retenían, se negaban a soltarlos. Su Redentor esforzado, Yahvé Sebaot se llama. Él tomará la defensa de su causa hasta hacer retemblar la tierra y estremecerse a los habitantes de Babilonia.

El fundamento religioso de estas leyes sociales se encuentra en la idea de que, según la orden divina, los bienes materiales se dan a todos por igual. La tierra, en particular, se reconoce como propiedad de Dios. Es un bien inalienable que nadie puede quitar, debido especialmente a que fue confiada a los israelitas como consecuencia de la alianza.

Jesús como Goel

Con el pasar del tiempo el concepto de Goel se proyectó a la noción hebraica del Mesías, que vendría para defender y rescatar a los pobres y desfavorecidos y liberar al pueblo. Así fue visto **Jesús**. Uno de los títulos más antiguos que utilizaron los cristianos para interpretar el servicio que Jesús prestó a su pueblo fue el de **defensor (Goel)**, o sea, salvador, redentor, liberador, abogado, pariente cercano, hermano mayor. Él era el pariente cercano que vino a ayudar a sus hermanos y hermanas a vivir nuevamente en armonía. Vino para restaurar la vida comunitaria tal como Dios la quería cuando llamó a los esclavos de Egipto y formó con ellos el pueblo de la alianza. En este contexto entendemos la

opción de Jesús por los pobres y marginados y su predicción del Reino de Dios en el que no debía haber excluidos y todos eran invitados a sentarse a la mesa del banquete de la vida.

Jesús se presenta como el gran Goel de los pobres y necesitados. Invita a todos sus discípulos a continuar esta misión promoviendo la comunión de la mesa, de la que nadie está excluido.

Nuestro mundo se ha apartado totalmente de la noción de la alianza bíblica. Vivimos en una sociedad de creciente individualismo. A medida que la economía de mercado va ganando terreno en todo el mundo, los valores familiares tradicionales ceden el paso a la carrera individualista y egoísta por adquirir más y más riquezas y posesiones materiales. Y se resienten, por consiguiente, los valores de la familia, del compartir, de la hospitalidad y de la comunidad. Se está gestando un sistema nuevo de interrelación, que pasa a través de los ídolos del consumismo y de los bienes materiales. Cuando la gente adora estos falsos dioses, se rompen los vínculos que nos unen en comunidad. En este tipo de sociedad, algunas personas y naciones se vuelven cada vez más ricas, mientras la mayoría se hace cada vez más pobre y marginada. Y nuestra tierra es cruelmente saqueada y sus recursos naturales derrochados y agotados insensatamente debido a la codicia y a la avidez insaciable de bienes materiales. Parece que la norma fuera la del *Carpe diem* (vive el presente), sin pensar en las generaciones futuras y en sus necesidades básicas. “Come, bebe y diviértete hoy; mañana será otro día”.

Se repite la situación del Antiguo Testamento. ¿Quién será la voz de los que no tienen voz? ¿Quién defenderá a los miembros más débiles de la sociedad? ¿Quiénes alzarán su voz para protestar contra las injusticias y desigualdades de la sociedad de hoy? ¿Quién defenderá los derechos de los excluidos? ¿Quién sensibilizará a la gente sobre la situación apremiante que viven los pobres y desfavorecidos? Resuena en nuestros oídos

la pregunta del evangelio, “¿soy yo el custodio de mi hermano o hermana?” A la que podríamos añadir esta otra: “¿Soy yo acaso el custodio de mi tierra?” Nuestra respuesta no puede ser otra que un rotundo y definitivo, “¡SÍ, LO SOMOS!”

Administración fiel

Sabemos que estamos íntimamente unidos a toda la creación. A ella pertenecemos. Reconocemos nuestra interrelación con ella. Dios creó la tierra y nos confió su cuidado. Nosotros hemos descuidado gravemente esta importante responsabilidad. Ahora tenemos que asumirla, e instaurar una relación más adecuada con nuestro ambiente, de suerte que todos los seres humanos tengan la oportunidad de vivir en dignidad.

El compromiso de la Iglesia por la salvaguardia de la naturaleza comenzó a surgir durante el papado de Juan Pablo II. Pero es al Papa Benedicto XVI al que algunos están dando ahora el apelativo de “el Papa ecológico”, debido a que cada vez más se está haciendo el portavoz de las cuestiones ecológicas y ambientales.

En la *Caritas in Veritate* (“La caridad en la verdad”), el Papa Benedicto escribe: “*El ambiente natural es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad*” (# 48). Y nos invita a la solidaridad cuando dice,

Hoy el gran don de la Creación de Dios está expuesto a graves peligros y a estilos de vida que pueden degradarlo. La contaminación ambiental está haciendo particularmente insostenible la vida de los pobres del mundo . . . Tenemos que comprometernos a hacernos cargo de la Creación y a compartir sus recursos en solidaridad.

Y no solamente dedica palabras a este tema, sino que realiza actos concretos para llevarlas a la práctica.

Un ejemplo es el hecho de haber reemplazado las tejas de cemento del auditorio Pablo VI con 2.400 paneles solares que convierten la luz solar en aproximadamente 300.000 kilovatios hora de energía cada año, equivalentes a las necesidades de alrededor de cien familias. Las células generan energía suficiente para iluminar, calentar, y refrescar la sala que tiene capacidad para 6.000 personas. Otro “proyecto verde” actualmente bajo examen es el de la instalación de molinetes de viento así como de plantas para el tratamiento de aguas residuales. Son casos en los que, para el Santo Padre, del dicho al hecho no hay gran trecho.

Como personas que viven y trabajan bajo el estandarte de la Sangre de Cristo, nosotros estamos llamados a testimoniar, promover y defender la *fidelidad* a todas las relaciones y responsabilidades que derivan de nuestra alianza con Dios en Cristo. Como agentes de reconciliación nos esforzamos por entablar relaciones apropiadas con Dios, entre nosotros y con toda la creación. Podríamos describir nuestra misión como la de “¡guardianes y custodios de la alianza!” Las otras criaturas del planeta nos son familiares, radicalmente relacionadas con nosotros ante Dios en una comunidad tierra.

La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la Creación, que debe hacer valer en público. En ese sentido, debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la Creación que pertenecen a todos. Debe, sobre todo, proteger a la humanidad contra la autodestrucción. Hace falta lo que podría llamarse una ecología humana bien entendida . . . El sistema ecológico se basa en el respeto de un plan que afecta tanto a la salud de la sociedad como a sus buenas relaciones con la naturaleza. Una vez más, cito al Papa Benedicto:

Antes de que sea demasiado tarde, es preciso tomar medidas valientes, que puedan restablecer una fuerte alianza entre el hombre y la tierra. Es necesario un ‘sí’ decisivo a la tutela de la

creación y un compromiso fuerte para invertir las tendencias que pueden llevar a situaciones de degradación irreversible (Homilía pronunciada en Loreto, Italia, el 2 de septiembre de 2007).

El grito de la Sangre

Hablamos con frecuencia del “grito de la sangre”, una expresión que se ha convertido en una forma aceptada de relacionar nuestra espiritualidad con las realidades de todos los días. Lo que quisiera ahora es poner el acento en el hecho de que no se trata sólo del grito de los pobres y necesitados, que Jesús asumió al ser elevado en la cruz, sino también del grito de la madre tierra (la “Pachamama”). Un grito que Juan Pablo II nos exhortó a hacer propio en *Evangelium vitae*, #25, donde invita con fuerza a todos los cristianos a que en la construcción de una “cultura de la vida” y de una civilización de justicia y amor hagamos oír la sangre de las víctimas de hoy y respondamos a ella con solidaridad compasiva. El “grito de la sangre” es un llamamiento que nos llega hasta el alma con el mensaje de lo que Dios espera de nosotros: una justicia que refleje la fidelidad misma de Dios y su atención especial a los desamparados y desesperados. En cuanto personas marcadas por la sangre de Cristo, nosotros somos particularmente sensibles a este grito y al llamamiento del Santo Padre.

Como escribe un autor:

Nosotros los cristianos seremos la voz de los que no la tienen, de todas las criaturas de la naturaleza que no tienen voz en el capítulo de los asuntos humanos. Escucharemos los llantos quejumbrosos de las grandes ballenas y oiremos el gemido de las selvas pluviales, y seremos sus defensores en las plazas de los pueblos y en los palacios del poder, por la gracia de Dios. Escucharemos el llanto amargo de los niños pequeños que viven en las montañas de basura

de este mundo y que visten ropa lavada en arroyos desbordantes de venenos letales y que a veces beben de esas mismas aguas. (H. Paul Santmire, *Nature Reborn: The Ecological and Cosmic Promise of Christian Theology* [La naturaleza renacida: la promesa ecológica y cósmica de la teología cristiana]. Minneapolis: Fortress Press, 2000, 119–120).

Nuestro compromiso con los pobres y por el bienestar de nuestro planeta deben marchar juntos como dos dimensiones interrelacionadas de la única vocación cristiana. La conversión ecológica no se opone a la opción por los pobres sino que está íntimamente involucrada en ella. En la *Caritas in Veritate* el Papa Benedicto XVI asevera que:

Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales, así como la degradación ambiental, a su vez, provoca insatisfacción en las relaciones sociales. La naturaleza, especialmente en nuestra época, está tan integrada en la dinámica social y cultural que prácticamente ya no constituye una variable independiente (#51).

El Papa insiste en que la degradación ambiental hace que la vida de los pobres se vuelva especialmente insostenible. Cuando se dilapidan los recursos naturales y se saquea el medio ambiente son los pobres los que resultan afectados de forma desproporcionada . . . Y también ellos son las primeras víctimas y los que más sufren los desastres naturales (piénsese en la catástrofe causada por el huracán Katrina en Nueva Orleans) porque muchas veces carecen de la posibilidad de escapar de los lugares de mayor riesgo, y no cuentan con los recursos necesarios para las obras de reconstrucción.

En su Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* el Santo Padre Benedicto XVI trata en varios

números sobre la relación intrínseca entre la Eucaristía y la misión. Afirma:

Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona.

Y en el #90:

No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (#89).

Recordamos que la misión de Cristo fue la de “darnos vida abundante” y no sólo a algunos sino a todos. El concepto de “destinación universal de los bienes” significa que el mundo ha sido creado para el bien de todos los seres humanos. Como los “Goel”, tenemos que promover constantemente el uso y la destinación apropiados de los bienes del mundo, de suerte que todos puedan encontrar un lugar en la mesa de la abundancia.

Reconciliando todas las cosas

El dominio concedido por el Creador al hombre y la mujer (cf. Génesis 1, 27–31) no era un poder absoluto para “usar y abusar,” o para disponer de las cosas en forma arbitraria. Como “administradores de la alianza” se nos ha confiado la misión de proteger, defender, y promover el cuidado de la naturaleza y nuestra relación con ella (cf. Génesis 2,15). A causa de nuestra negligencia y falta de responsabilidad, se ha roto la armonía perfecta entre la humanidad y el resto de la creación.

Al reflexionar sobre la sangre de la reconciliación,

muchas veces hablamos de la necesidad de sanar las heridas que hemos recibido durante nuestra vida o las que hemos causado a otros. Estas heridas son purificadas y sanadas en la sangre de Cristo que las tomó sobre sí para sanarlas y redimir las. En esta perspectiva y desde el punto de vista de nuestra misión de ser personas de reconciliación en todas sus dimensiones, reconocemos también

que hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable (Benedicto XVI en Australia, “Ceremonia de acogida”, 17 de julio de 2008).

El uso y abuso de la tierra no se limita a zonas pequeñas y aisladas, ni es algo que ocurre sólo ahora. Una de las teorías propuestas para explicar el colapso de la civilización altamente desarrollada de los Mayas, que abarcaba parte de lo que es ahora México y América Central, es la de la sobreexplotación de los recursos naturales, en particular de la selva tropical, un desastre provocado por el hombre que, por lo menos, ha contribuido seguramente a la decadencia y desaparición de la cultura.

Todos estamos familiarizados con las imágenes de la Isla de Pascua, situada a 2000 millas al oeste de Chile, en medio del Océano Pacífico. Según los científicos, originariamente la isla era un paraíso subtropical cubierto de árboles y albergaba innumerables especies de animales, pero la deforestación destruyó prácticamente todo el ecosistema, convirtiéndola en una zona desolada.

Muchas veces he dicho que para ser fieles a nuestra vocación era necesario no solamente escuchar el grito de la sangre y responder al grito que descubrimos en ella, sino también ser obedientes a ese grito/llamado. El Papa Benedicto alude a “esta obediencia a la voz de la tierra (las leyes íntimas de la creación) . . . que nos habla y que debemos escuchar si queremos sobrevivir y descifrar el

mensaje de la tierra”.

San Pablo escribía a los Romanos: *“Pues expectante, la creación, desea vivamente la revelación de los hijos de Dios”*. (8, 19) Y a los Colosenses: *“Pues Dios tuvo a bien reconciliar por él y para él todas las cosas, las de la tierra y las de los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”*. (1,19–20, 23) En la visión de Pablo, todo el cosmos es bueno, un don de Dios, y, a pesar de la rebelión de los poderes que lo habitan, ha sido reconciliado con su creador y ha nacido una nueva creación, que ahora debe implementarse. Nosotros hemos sido llamados a participar en ese proceso de reconciliación y nacimiento.

La Eucaristía y el cuidado de la Creación

La Eucaristía es un elemento central de la espiritualidad de la sangre. Es la fuente de la que fluye y se nutre. Sentados a la misma mesa es cómo celebramos nuestra condición de pueblo de la alianza. Es allí donde se restablecen nuestras relaciones con Dios y entre nosotros. Pero muchas veces queda afuera una relación crucial e importante. Reorientamos nuestra vida hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia los otros, pero a menudo omitimos restablecer nuestra relación con la naturaleza. En “Worshipping in Relationship with Nature” (Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza) (www.webofcreation.org) David Rhoads recuerda que si nos desvinculamos del resto de la naturaleza, no viviendo en armonía con el resto de la creación de la que somos parte integrante, y pecando contra el mundo natural del que hemos surgido, estamos desubicados. Si Dios creó el mundo como un lugar con el cual la vida humana está íntimamente interrelacionada tenemos que hacer que todo el mundo natural sea parte integrante de nuestra experiencia de culto.

Cada misa crea un evento de comunión e interconexión. Cada Eucaristía tiene un carácter cósmico en el que los celebrantes encuentran la Palabra **que eleva**

toda la creación. La creación es un don precioso que Dios ha puesto en nuestras manos. A causa de la sacralidad de todo lo que Dios ha hecho, el cuidado de la creación es una forma de culto. Cuando rendimos ese culto, presentamos nuestra realidad quebrantada y el mundo herido ante el Dios misericordioso que renueva y resucita.

Jesucristo recapitula no sólo la raza humana sino toda la creación. El Hijo de Dios se encarnó *para restaurar toda la creación, en un acto supremo de alabanza* . . . *Éste es el mysterium fidei que se realiza en la Eucaristía: el mundo que salió de las manos de Dios el Creador vuelve ahora al Creador redimido por Cristo* (EdE 8).

En octubre de 2005 participé en el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía. Era uno de los diez Superiores Generales elegidos para representar a la vida religiosa, una presencia simbólica en medio de los 240 obispos reunidos de todas partes del mundo. Una parte del trabajo realizado durante esas tres semanas se hizo en grupos. A mí me tocó la suerte de estar en uno de los grupos de habla hispana, al lado del Arzobispo de Huancayo, **Mons. Pedro Barreto, S.J.**, que cuando hizo su presentación de seis minutos en el Sínodo relacionó la Eucaristía con el cuidado de la creación.

Dijo:

La Eucaristía, siendo la cumbre a la cual tiende toda la creación, es también la respuesta a la preocupación del mundo contemporáneo por el equilibrio ecológico. Como 'fruto de la tierra', el pan y el vino representan la creación que nos es confiada por nuestro Creador. Por ello la Eucaristía tiene una relación directa con la vida y la esperanza de la humanidad y debe ser una preocupación constante de la Iglesia y señal de autenticidad Eucarística. No sólo las personas humanas, sino la creación entera...espera la

recapitulación de todas las cosas, también las de la tierra, en Cristo.

Más adelante, continuó diciendo:

La Eucaristía nos compromete a trabajar para que el pan y el vino sean fruto 'de la tierra fértil, pura e incontaminada'. La fe en Cristo resucitado hace que la Eucaristía sea 'un proyecto de solidaridad' para compartir los bienes con los más pobres' y vivir la espiritualidad eucarística en la Iglesia.

En la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis*, el Papa Benedicto escribe:

Para desarrollar una profunda espiritualidad eucarística que pueda influir también de manera significativa en el campo social, se requiere que el pueblo cristiano tenga conciencia de que, al dar gracias por medio de la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la creación, aspirando así a la santificación del mundo y trabajando intensamente para tal fin . . . La Eucaristía misma proyecta una luz intensa sobre la historia humana y sobre todo el cosmos. En esta perspectiva sacramental aprendemos, día a día, que todo acontecimiento eclesial tiene carácter de signo, mediante el cual Dios se comunica a sí mismo y nos interpela. De esta manera, la forma eucarística de la vida puede favorecer verdaderamente un auténtico cambio de mentalidad en el modo de ver la historia y el mundo. La liturgia misma nos educa para todo esto cuando, durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote dirige a Dios una oración de bendición y de petición sobre el pan y el vino, «fruto de la tierra», «de la vid» y del «trabajo del hombre». Con estas palabras, además de incluir en la ofrenda a Dios toda la actividad y el esfuerzo

humano, el rito nos lleva a considerar la tierra como creación de Dios, que produce todo lo necesario para nuestro sustento. La creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar indiferentemente siguiendo el instinto humano. Más bien forma parte del plan bondadoso de Dios, por el que todos nosotros estamos llamados a ser hijos e hijas en el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo (cf. Ef 1,4–12). La fundada preocupación por las condiciones ecológicas en que se halla la creación en muchas partes del mundo encuentra motivos de consuelo en la perspectiva de la esperanza cristiana, que nos compromete a actuar responsablemente en defensa de la creación. En efecto, en la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la relación profunda entre la creación y la «nueva creación», inaugurada con la resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (cf. Col 2,12 s.), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, «ataviada como una novia que se adorna para su esposo» (Aparecida, 21, 2).

Algunas sugerencias prácticas

Después de haber indicado las bases teológicas de nuestro compromiso en materia de administración de la naturaleza, haciendo hincapié especialmente en sus raíces que se encuentran en la espiritualidad de la alianza y la reconciliación, ahora sugeriré algunas formas prácticas en las que podemos vivir el compromiso de cuidar la casa de Dios.

La Eucaristía

Comienzo con la celebración de la Eucaristía, que es tan central para nuestra fe cristiana y para la espiritualidad de la Sangre de Cristo.

Existe una relación entre nuestro cuidado de la creación y nuestro culto. El problema consiste en vivir conscientemente esa conexión, y en encontrar formas litúrgicas que la expresen. El culto puede ser un momento en el que tomamos mayor conciencia del mundo que nos rodea, aumentamos el aprecio por la sacralidad de la creación, y profundizamos nuestro deseo de tratarla con dignidad y respeto.

Celebrar la Eucaristía es identificarnos con Cristo en el corazón del mundo y comprometernos a responder al grito de la creación que, herida, reclama su dignidad.

Celebrar las dimensiones ecológicas en la Eucaristía

David Rhoads, en un artículo titulado “Worshipping in Relationship with Nature” (“Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza”) ofrece muchas sugerencias prácticas para incorporar el cuidado de la creación en nuestras celebraciones: a través de los himnos que usamos; del rito penitencial, en el que podemos incorporar nuestras faltas contra la creación; del uso de la escritura y de la predicación; de las oraciones de petición, en las que podemos expresar nuestras inquietudes y deseos en relación con la creación; y de las oraciones y los salmos de acción de gracias, por no mencionar más que algunas de las formas en las que podemos manifestar nuestras inquietudes y esperanzas. Una vez más, se trata de ayudar a la gente a relacionar lo que está celebrando en la iglesia con la vida y con la creación, y de inducirla al compromiso de ser buenos administradores.

Tiempos litúrgicos

El autor se refiere, asimismo, a cómo los diferentes tiempos del año litúrgico pueden considerarse desde la

perspectiva del cuidado de la creación:

Adviento: junto con toda la creación, también nosotros gemimos en espera de la redención y restauración. Adviento es un tiempo de arrepentimiento en preparación para una nueva era. Las lecturas de Isaías recuerdan el mito idílico como símbolo del Reino de Dios en la nueva creación que anhelamos, en la que predominarán la justicia y la misericordia, y en la que la tierra y nuestra relación con ella recuperarán el equilibrio.

La Navidad: celebra el misterio de Dios que se hace una sola cosa con la familia humana para salvar a toda la creación de la ruptura del pecado y de la muerte. Es un momento para reflexionar sobre nuestra unidad, no sólo con Dios y con los otros, sino con la creación misma.

Epifanía: tiempo en el que celebramos la manifestación y la gloria de Dios en el orden natural de la vida.

Cuaresma: es el tiempo en el que deploramos las pérdidas sufridas por nuestro medio ambiente y reflexionamos sobre los sacrificios que podemos hacer para dejar de pecar contra la creación.

En **Pascua:** celebramos la resurrección de la vida humana y vislumbramos la restauración/regeneración de toda vida.

Y **Pentecostés:** un tiempo para reflexionar sobre la sabiduría que necesitamos y las medidas que podemos adoptar para vivir una vida en la que toda la creación humana y no humana pueda prosperar armónicamente. Todos estos temas pueden representarse visiblemente a través de la decoración de nuestros lugares de culto, estandartes y leyendas que nos recuerden durante el año el compromiso de ser buenos administradores.

Estos elementos pueden expresarse asimismo en los momentos de oración para ocasiones particulares. El autor concluye su reflexión con estas palabras:

Por inmersión y por ósmosis, el contacto semanal con la naturaleza a través de las pal-

abras, los símbolos, las acciones rituales y la presencia de la naturaleza misma producirá un efecto saludable en la comunidad de culto. Mediante la inmersión semanal, y hasta diaria, puede ocurrir una transformación que lleve a la gente a considerar su relación integral con toda la creación de Dios y le permita venir a un lugar de una gratitud nueva y renovada por la naturaleza y de un sentido de responsabilidad por el cuidado de la creación como parte de nuestra vocación como humanos y como pueblo de Dios.

Peticiones de perdón

Cuando comenzamos la Eucaristía podemos incluir, en nuestras oraciones de perdón, nuestros pecados de complicidad u omisión con respecto a nuestra administración de la creación. Aquí quisiera citar una parte de la charla que di en el primer simposio sobre la Reconciliación en esta misma aula hace diez años. Siento la necesidad de hacerlo porque no tenemos las manos limpias y nos falta mucho para convertirnos. Al celebrar esta semana nuestra “Misa sobre el Mundo”, tenemos que comenzar pidiendo perdón . . .

Por nuestra complicidad: por nuestro silencio, y por hacer oídos sordos ante el grito de la Madre Tierra, explotada y abusada, violada en su belleza y recursos naturales;

Por nuestra ceguera: porque estamos más interesados en construir monumentos a nosotros mismos y en proteger nuestras instituciones que en cuidar la tierra, casa de todos;

Perdón porque muchas veces el temor nos ha pa-ralizado y nos ha impedido responder: temor de perder nuestros privilegios, nuestras posiciones de honor, nuestros bienhechores y especialmente nuestras seguridades, que podrían correr peligro si adoptáramos una posición más profética con los que están pagando el precio de nuestra violación de la tierra, a través de la

pérdida de sus tierras y la destrucción de sus ecosistemas;

Perdón por nuestra indiferencia al ver cómo se destruye la naturaleza y se abusa de ella, y cómo se despoja a los indígenas de sus tierras: convirtiéndonos de esa manera en cómplices de su pérdida de identidad, y testigos silenciosos de su extinción.

Y, por último, pedimos perdón por no ser fieles a nuestra razón de ser: ¡la de aplicar los méritos de la Preciosa Sangre! Perdón porque no hemos sabido ser instrumentos eficaces de salvación tomando contacto con la vida real de las personas; porque somos espiritualistas, desencarnados, refugiados en el ámbito de lo sacro, como si un ser humano no fuera sagrado, templo vivo de Dios, como si la sangre que corre por sus venas no fuera preciosa, y como si entre nosotros y la naturaleza no hubiera relación alguna.

Como individuos y como instituciones, como Familias de la Preciosa Sangre y como Iglesia, es indudable que tenemos que hacer un “mea culpa”. Y no una sola vez, sino todos los días.

El Ofertorio

Ninguna parte de la celebración eucarística constituye para nosotros un desafío tan grande como el Ofertorio y la Presentación de los dones de pan y vino.

En su libro *Eucharist*, Robert Barron se refiere a la dimensión cósmica de la misa. Recuerda que el pecado no es simplemente un problema personal e interpersonal, sino que compromete la integridad de todo el orden creado.

*La salvación, realizada por medio de Israel y de Jesús y actualizada en la misa, tiene que ver con la sanación del mundo. Esta dimensión se ve especialmente **en los dones del pan y el vino** presentados en el ofertorio. Hablar del pan es hablar, implícitamente, del suelo, la semilla, el grano, y la luz del sol que recorrió 90 millones de*

millas; hablar del vino es hablar, indirectamente, de la viña, la tierra, los nutrientes, las nubes y tormentas, y las lluvias. Mencionar la tierra y el sol es aludir al sistema solar del que forman parte, e invocar el sistema solar es asumir la galaxia de la que constituye una porción, y referirnos a la galaxia es aludir a las realidades insondables que condicionan la estructura del universo mensurable. Por lo tanto, cuando se presentan estos dones es como si se colocara sobre el altar toda la creación ante el Señor (p.57).

En el Ofertorio desafiamos el modelo económico y político dominante basado en las fuerzas del mercado y en un consumo insaciable. Aceptamos que los recursos de la tierra son limitados, que las pautas consumistas actuales del Occidente no pueden ser seguidas por la comunidad humana más amplia ni por las generaciones futuras, y que producen la muerte y destrucción de otras especies en nuestra comunidad de vida planetaria.

El Ofertorio supone opciones personales y políticas a favor de fuentes de energía renovables, de formas alternativas de transporte, de la conservación y reutilización del agua, del diseño de edificios que economizan energía, de la protección de los hábitat, de la limitación de los conglomerados urbanos, y de los intentos por revitalizar y embellecer nuestras ciudades.

En su artículo “*Eucharist and Ecology*” (Eucaristía y Ecología) David Edwards afirma:

La Eucaristía es el símbolo y el sacramento del Cristo resucitado, que es el principio de la transfiguración de todas las creaturas en Dios. Al comer y beber en esta mesa participamos del Cristo resucitado (1 Cor. 10:16–17) . . . Y lo que se hace presente es Cristo en su poder de resurrección, no sólo como promesa sino también como primicia de transformación de todas las

cosas.

El autor considera, asimismo, que éste es el contexto en el que podemos interpretar para hoy la oración de Teilhard de Chardin en su ***Misa sobre el Mundo***.

Todo lo que va a aumentar en el mundo, en el transcurso de este día; todo lo que va a disminuir—todo lo que va a morir, también—he aquí, Señor, lo que trato de concentrar en mí para ofrecértelo; he aquí la materia de mi sacrificio, el único sacrificio que a ti te gusta.

Repite sobre toda vida que va a germinar, a crecer, a florecer y a madurar en este día: “éste es mi cuerpo”. Y sobre toda muerte que se prepara a roer, a ajar, a cortar, ordena (¡Misterio de fe por excelencia!): “ésta es mi sangre”.

Margaret Scott, en un libro inspirado llamado ***The Eucharist and Social Justice*** (*Eucaristía y Justicia social*) tiene un capítulo muy esclarecedor sobre el Ofertorio intitulado “Fruit of the Earth and Work of Human Hands” (capítulo 4, Fruto de la tierra y del trabajo del hombre), en el que escribe:

Los dones eucarísticos suponen mucho más que meramente pan y vino. Hablan de toda la creación material y de toda la existencia humana. Llevan la Eucaristía al corazón de la realidad humana y a la totalidad del cosmos. Al mismo tiempo, inician una conversación sobre el tema de la tierra: los que la poseen y los desposeídos de ella, los obligados a abandonar la tierra que los alimentó, y los cultivos producidos en tierras ajenas. Entablan un diálogo sobre el trabajo humano y la esclavitud que hoy afecta a millones de hombres, mujeres y, particularmente, niños.

Las palabras clave del Ofertorio—creación, pan, vino, tierra, el trabajo del hombre—nos hablan de alimento y bebida, hambre y sed, trabajo y remuneración;

de los que tienen y los que no tienen, los ricos y los pobres.

Ella afirma que debido a que la Eucaristía está encarnada en nuestras vidas y arraigada en nuestro suelo, esas palabras

colocan a los pobres con sus luchas y las violaciones de la tierra en el centro de la celebración eucarística . . . , que tiene que ver con la vida en todas sus dimensiones. Una gran parte de nuestra historia humana en la tierra—continúa diciendo—se entrelaza con la historia del pan y del vino. El pan y el vino nos hablan de la historia del trabajo humano, hecha de esfuerzos y luchas, de fatiga, lágrimas y sudor. Fatiga y sudor integrados en la Eucaristía y transformados por la acción del Espíritu de Dios para convertirse en pan de vida (p. 52–53).

La historia del pan y del vino es una historia de injusticia pero también de esperanza y solidaridad. Recuerda a todos los que trabajaron en el proceso de producción del pan y del vino que ofrecemos en el altar.

En la Eucaristía ofrecemos a Dios todas las actividades y esfuerzos humanos, uniéndolos a la obra redentora de Cristo. *En el Ofertorio se encuentra codificado un comentario sobre el mundo del trabajo y sobre todas las cuestiones candentes que lo rodean* (explotación, opresión, condiciones laborales abusivas, desempleados y subempleados). En el Ofertorio resuena el eco del grito de la tierra y del grito de los pobres.

Y la Eucaristía nos recuerda que Dios nos ha confiado el mundo material como un don, que pertenece a toda la humanidad, y que los recursos de la tierra pertenecen a todos. El Ofertorio nos invita a ampliar nuestras perspectivas y nuestra manera de entender la Eucaristía, para abrazar su dimensión cósmica.

Me refiero al ofertorio de Teilhard de Chardin en el ***Himno al Universo*** cuando coloca el universo entero

sobre la patena y en el cáliz, diciendo:

Ya que una vez más, Señor, . . . no tengo ni pan,
ni vino, ni altar, te ofreceré sobre el altar de la
tierra entera el trabajo y la pena del mundo . . .
Derramaré en mi cáliz la savia de todos los fru-
tos que hoy serán molidos (p. 19).

En la presentación de los dones en el gran templo de la creación somos todos sacerdotes que damos gracias a Dios y lo alabamos por todos sus dones. El Ofertorio nos hace responsables de la supervivencia de la tierra y nutre en nosotros una profunda sensibilidad ecológica y una espiritualidad de la interrelación que abraza la totalidad del cosmos. Vivido de esta manera, el Ofertorio es un anuncio profético y una reivindicación.

La Plegaria eucarística y el gran “Amén”!

Nuestras plegarias eucarísticas de todos los días manifiestan la íntima relación radical que existe entre la acción de Dios en la creación y en la redención.

En la segunda plegaria eucarística leemos: *“Por Él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas; tú nos lo enviaste para que, hecho hombre por obra del Espíritu Santo y nacido de María, la Virgen, fuera nuestro Salvador y Redentor”*. En la tercera plegaria eucarística: *“Y con razón te alaban todas tus creaturas”*. Cuarta plegaria eucarística: *“Y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre”*.

Y en la gran doxología al final de la plegaria eucarística, junto con toda la creación ofrecemos a Dios Padre omnipotente todo honor y toda gloria por Cristo, con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo.

Renovando nuestro compromiso de ser administradores fieles, Goel. *Viviendo nuestro “Amén” como comunidades eucarísticas.*

A través de otras celebraciones litúrgicas

Oremos y reflexionemos sobre el deber de cuidar la

creación de Dios y de proteger a los pobres y vulnerables. En las liturgias y celebraciones parroquiales integremos temas relativos al cuidado de la creación. Consideremos la posibilidad de una misa especial para suscitar la admiración por la creación y la vocación al cuidado de todas las creaturas de Dios. Acordémonos de incluir las necesidades de los pobres que serán los que más sufrirán los efectos del cambio climático y la degradación ambiental.

Al terminar la charla pasaré un video corto creado por un grupo de estudiantes de teología de la Catholic Theological Union de Chicago. Nuestro seminarista C.P.P.S., Joe Grilliot, fue uno de los creadores de este “vía crucis ecológico”. Creo que es un ejemplo excelente de cómo podemos crear conciencia sobre nuestras responsabilidades ecológicas mediante formas de oración y devociones tradicionales.

A través de la educación y de la concientización

Cuando hablamos de nuestro compromiso por la defensa de la naturaleza, uno de los caminos a seguir es el de enseñar y promover lo que se ha dado en llamar “el secreto más escondido de la fe católica, a saber: la **doctrina social de la Iglesia**”. En general, hemos hecho poco para darla a conocer entre los católicos. Esto lo experimenté yo de primera mano cuando era rector del colegio San Gaspar en Santiago de Chile. Cuando me di cuenta de la ignorancia que reinaba sobre este tema en muchos padres e incluso maestros, por no decir los alumnos, decidí incorporar como materia obligatoria en el programa de la secundaria para todos nuestros alumnos un curso sobre la “Doctrina Social de la Iglesia”. Esto significaba introducir una materia nueva y contratar docentes especializados. Algunos de los padres reaccionaron muy fuertemente contra esta decisión. Pero yo me mantuve firme, y les dije que si no querían que sus hijos o hijas participaran en el curso podían sentirse

libres de dejar el colegio e ir a otra parte.

Creo que tenemos que velar por que la Doctrina Social de la Iglesia se enseñe en nuestros programas parroquiales, especialmente a los jóvenes que se preparan para la Confirmación. El Magisterio está tomando esto en serio, como lo demuestra la publicación del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (2004), que, dicho sea de paso, dedica todo un capítulo a las cuestiones ambientales.

Para ilustrar a la gente sobre el cambio climático y sus efectos, y para que los católicos conozcan sus responsabilidades al respecto, citemos las enseñanzas del Papa Benedicto XVI, la doctrina social de la Iglesia, y artículos especializados.

A través de nuestro estilo de vida

Ya en su Encíclica *Centesimus Annus* el Papa Juan Pablo II había criticado ese “estilo de vida que se presume como mejor, cuando en realidad está orientado al tener y no al ser”, y había alentado al mismo tiempo los esfuerzos orientados a implantar “estilos de vida, a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones” (# 36).

En su reciente encíclica *Caritas in Veritate*, sobre la dimensión social de la fe, el Papa Benedicto XVI pide “una reforma de los estilos de vida y la reeducación de las opciones de consumo, como parte de una ‘alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios’” (cf # 50–51). Tenemos que refrenar nuestro consumo y consumismo y adoptar estilos de vida basados en la autolimitación y moderación.

La conversión a un sentido de familiaridad y responsabilidad para con las creaturas del planeta, y para con la tierra, la atmósfera, los mares y los ríos que las sostienen, puede ser una experiencia gozosa y liberado-

ra. La participación en la lucha por un mundo más justo y ecológicamente sostenible puede ser plenificante y significativa, una experiencia de comunión con otros seres humanos y con el mundo natural.

De esta manera reproduciríamos la figura del Goel, en cuanto administradores fieles de la tierra que Dios nos ha dado para que todos gozáramos de ella. Pero sería también una inmersión en el misterio pascual, ya que recogeremos resultados satisfactorios pero experimentaremos también contratiempos y desalientos al enfrentarnos con el poder de las fuerzas económicas y políticas interesadas en rendimientos máximos a corto plazo sin reparar en las consecuencias ecológicas y sociales.

Una de las opciones que todos podemos hacer tiene que ver con lo que comemos y cómo comemos. Un jesuita, Joseph A. Tetlow, afirma en su libro *Making Choices in Christ* (Opciones en nombre de Cristo)

que ninguno que sea consciente del hambre que sufren otros puede comer como un glotón. Al igual que con todos los dones de Dios, también en el comer y el beber tenemos que tener una disciplina, para servir a Dios y no ser esclavos del paladar. Tenemos que nutrirnos con sentido de responsabilidad, y tomar una decisión sobre lo que vamos a comer y en qué cantidad.

Tenemos que hacer algo para cambiar las opciones y comportamientos que contribuyen al cambio climático.

Promoviendo una administración fiel de la naturaleza

Las palabras de Juan Pablo II en *Evangelium Vitae* continúan resonando en nuestros corazones: “¡Haced oír la sangre de Abel!”

Esto lo hacemos apoyando las iniciativas locales, nacionales e internacionales destinadas al cuidado de la

creación y de los pobres. Colaboremos con otros grupos, denominaciones, etc. en estos esfuerzos.

Defendamos los principios y prioridades católicos en los debates y las decisiones acerca del cambio climático, especialmente cuando repercuten en los pobres y vulnerables. Trabajemos en coordinación con otros. Utilicemos la internet y los sitios web.

Nuestra participación puede marcar la diferencia. Juntos podemos dar muestras de una administración verdadera y una solidaridad genuina mediante un compromiso por el bien común y por aliviar la carga que sobrellevan las personas pobres y vulnerables. Honramos al Creador ocupándonos de la creación.

(Dan Misleh, “*A Commitment to the Catholic Climate Covenant*” (Coalición Católica sobre el Cambio Climático). En *Church Magazine*, verano de 2009, Nueva York. 16–19).

Observaciones finales

Hacia una nueva forma de ascética

En el Sínodo, el Arzobispo Pedro Barreto afirmó también que estamos llamados a una “conversión ecológica”. Y añadió:

La convicción de la Iglesia es que ‘la tecnología que contamina, también puede descontaminar; la producción que acumula, también puede distribuir equitativamente, a condición de que prevalezca la ética del respeto a la vida, a la dignidad del hombre y a los derechos de las generaciones humanas presentes y futuras.

El Papa Benedicto nos invita a un examen serio de nuestro estilo de vida, en una sociedad propensa al hedonismo y el consumismo, e indiferente a sus peligrosas consecuencias. Lo que hace falta es un cambio de mentalidad efectivo que pueda inducir a la adopción de

nuevos estilos de vida

a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones (JP II, *Centesimus Annus*).

En una reunión con sacerdotes y religiosos celebrada en la diócesis de Bressanone, Italia, el 6 de agosto de 2008, el Santo Padre respondió a una pregunta sobre asuntos ecológicos. En una parte de su respuesta afirmó: El cuidado de la tierra no es sólo una cuestión de políticas, sino de estilos de vida. El Papa insistió en la necesidad de cambiar no solamente las leyes y prácticas comerciales, sino los **estilos de vida**. “No se trata, dijo Benedicto, sólo de descubrir técnicas que puedan prevenir los daños ambientales, aunque es importante encontrar otras fuentes de energía . . .”. “Todo esto no sería suficiente si nosotros mismos no descubriéramos un nuevo estilo de vida, **una disciplina que supone, en parte, una serie de renunci**as”. En esto, continuó diciendo el Papa, los cristianos deberían dar el ejemplo. Deberían, a través de la **sencillez de sus vidas**, dar prueba de que creen en lo que dicen, y de que es posible ser felices y realizarse plenamente mediante una vida respetuosa de la dinámica interna de la creación.

También Brennan Hill afirma que el compromiso ecológico supone la **negación de sí mismo**. Escribe:

Las preocupaciones ambientales arrojan nueva luz sobre el tema de la auténtica negación de sí mismo. No cabe duda de que todos tendremos que vivir de manera más sencilla si queremos compartir los recursos, reponerlos y repartirlos con los necesitados. La nueva ascética vuelve a los alimentos naturales, que son nutritivos y sanos, y deja de lado los elaborados y las ‘comidas preparadas’ que perjudican a la salud y der-

rochan en excesivo embalaje. Esta espiritualidad recupera la práctica de hacerse uno mismo las cosas, y de no descartarlas cuando se rompen sino de repararlas, remendarlas, y acabarlas. Esta forma de negación de sí mismo exige un desprendimiento de dispositivos electrónicos, objetos de moda, y artículos de lujo. Es consciente de la necesidad del ejercicio físico y de un cuidado serio de la salud [en Christian Faith and the Environment (La fe cristiana y el ambiente), 249].

Contemplación

Estamos llamados a una **presencia contemplativa** con la que abrimos nuestros ojos y corazones a la maravilla de todo lo que existe. “¡Dame ojos para ver y oídos para oír!” Una presencia que a veces nos hace llorar por las violaciones que sufre la tierra y por nuestra complicidad en la devastación y pobreza globales. La contemplación nos insta a la acción. Como dice Benedicto XVI, “Escucha y atiende con el oído de tu corazón”. Sí, escucha y atiende . . . antes de que sea demasiado tarde.

Con todo, nosotros creemos realmente en la transformación y la conversión. Creemos en el poder redentor del espíritu de Dios. La Sangre de Cristo nos llama a ser profetas “de ese nuevo orden de cosas que Cristo vino a establecer con su Preciosa Sangre”, para usar las palabras de Sta. María De Mattias. Con objeto de dar un testimonio creíble de ese orden nuevo tenemos que emprender un camino de conversión, ya que la Sangre redentora nos purifica de todo lo que nos impide vivir fielmente en el vínculo que profesamos y que nos reconcilia. El Dios de la alianza nos asegura el alimento para el camino. Cuando nos reunimos en torno a la mesa eucarística para partir el pan y beber del mismo cáliz, fortalecemos el vínculo de nuestra alianza con Dios, entre nosotros y con toda la creación. Renovamos el compromiso recíproco y aceptamos con alegría la misión de

ser “Goel”, guardianes y defensores de la alianza, promoviendo una comunidad auténtica y los vínculos de la alianza en una sociedad fragmentada en un mundo tantas veces violado y saqueado de sus recursos.

El Dios de las Escrituras es un Dios de Alianza que escuchó claramente el grito de los pobres y oprimidos y el grito de la tierra explotada. Movido a compasión y llamado a la solidaridad por el grito de su sangre, Dios dio su última y amorosa respuesta en la persona de Jesús, Redentor y Goel.

Reflexionando, durante las Vísperas del 24 de julio en la Catedral de Aosta en el norte de Italia, sobre la epístola de Pablo a los Romanos en la que el apóstol escribe que un día el mundo se transformará en una especie de culto viviente, el Santo Padre dijo:

Es la gran visión que después tuvo también Teilhard de Chardin: al final tendremos una auténtica liturgia cósmica, en la que el cosmos se convierta en hostia viva. Roguemos al Señor que nos ayude a ser sacerdotes en este sentido, para contribuir a la transformación del mundo, a la adoración de Dios, empezando por nosotros mismos.

Barry Fischer, miembro de la Provincia de Cincinnati de los Misioneros de la Preciosa Sangre, sirvió como moderador general de la congregación y ha escrito y hablado en extenso sobre la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Actualmente dirige el Centro Internacional de Espiritualidad de la Preciosa Sangre en Salzburgo, Austria.

La espiritualidad de la sangre: Nuestro compromiso actual

Megan McKenna

Viernes, 15 de enero 2010

¿Dónde comenzar? Tal vez lo mejor es comenzar al principio. Regresemos al libro de Génesis (los orígenes) adonde la historia nos dice que todo comenzó. Nuestras historias explican quiénes somos, cómo hemos llegado aquí, por qué estamos aquí, y nos preguntan qué vamos a hacer ahora. Aunque tenemos muchas historias sobre la creación, tendemos a concentrarnos en una o dos de ellas, y tendemos a olvidar que son solamente historias, en vez de hechos, y que ciertamente no representan las cosas como se supone que son, o como van a permanecer. Nuestras historias nos permiten experimentar el conocimiento y la sabiduría que nos han precedido. Cuando contamos nuestras historias, es como si nos sucedieran a nosotros mismos. La regla primordial en la narración de historias es la siguiente: todas las historias son verdaderas, y algunas realmente ocurrieron—y cuando el narrador dice, “Erase una vez”, esa historia es como si nos ocurriera a cada uno de nosotros, nos ocurre a todos. Nosotros conocemos la primera historia porque la oímos cada año al comienzo de la Vigilia de Pascua:

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe y las tinieblas cubrían los abismos. Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Y Dios dijo: “Que haya luz”, y hubo luz. Dios vio que la luz era buena y la separó de las tinieblas. Dios llamó a la luz “día” y a las tinieblas “noche”. Y atardeció y amaneció, el día primero (Gn 1: 1-3).

Esta es la primera historia; aunque desde el punto de vista histórico es en realidad una historia bastante reciente, probablemente del siglo ocho antes de Jesucristo. Fue escrita por los sacerdotes cuando los judíos volvieron a su tierra; cuando lo que quedaba del pueblo de Israel regresó de su largo exilio de esclavitud en Babilonia. La ciudad de Jerusalén había sido destruida, el templo había sido quemado, los líderes, los sacerdotes y los ricos habían sido asesinados, y el pueblo había sido llevado a marcha forzada a Babilonia como esclavos. Cuando el rey Ciro les permitió a los judíos regresar a su tierra, muchos se quedaron en Babilonia porque habían prosperado al correr de los años. Pero unos pocos regresaron—a una tierra quemada, arrasada, con los campos de cultivo abandonados y llenos de malezas, donde no quedaba nada—ni el templo ni la gran ciudad. Ellos tenían que comenzar todo de nuevo. Por eso la historia es sobre su nueva creación y sobre lo bueno que es todo lo que crea su Dios, que es el Dios de la vida, siembre fiel, y que también los crea a ellos mismos—varones y hembras, seres humanos que son muy buenos. Conocemos la descripción de lo que significa ser creados, de ser seres humanos.

Y dijo Dios, “Hagamos al *adama* ‘hombre’ a nuestra imagen y semejanza. Que mande a los peces del mar y a las aves del cielo, a las bestias, a las fieras salvajes y a los reptiles que se arrastran por el suelo”. Y creó Dios al *adama* ‘hombre’ a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón

y hembra los creó . . . y Dios los bendijo (Gn 1: 26–27).

Hay una conexión entre la palabra *Adán* y la palabra *muy*: ambas tienen las mismas letras en hebreo, solamente arregladas en orden diferente. Adán/los seres humanos son muy buenos, capaces de deleitar a Dios inmensamente. Fuimos creados por la buena voluntad y gran placer de Dios ¡Y eso dice algo sobre Dios! Y se nos cuenta que al final del sexto día, Dios vio todo lo que había creado, y Dios vio que era muy bueno.

Y luego vino el séptimo día, el día que es santo y consagrado al Señor. ¿Por qué? Porque Dios cesó su trabajo y bendijo ese día y lo declaró santo, tal como Dios había hecho todas las cosas por su Palabra y las había bendecido. Y Dios contempla su obra, la aprecia, se deleita en ella, para que pueda seguir extendiéndose, creciendo, madurando, diferenciándose, separándose ¡y siendo buena! Y esto es lo que debemos llegar a ser, a imagen de Dios: los que paramos de trabajar, que apreciamos la tierra y sus criaturas, que nos deleitamos en ella y la dejamos descansar, tal como Dios descansa, como nosotros descansamos. (La contemplación es una mirada larga y amorosa a la realidad, solos y con otros—y con frecuencia, es también una mirada larga y amorosa a una realidad que es difícil de contemplar).

Esta es una historia teológica y litúrgica que nos recuerda lo que fuimos creados para llegar a ser. Y hay otra historia, que encontramos en los capítulos dos y tres. La primera historia es sobre cómo los cielos y la tierra fueron creados; y esta segunda historia es sobre cómo la tierra y los cielos llegaron a existir, y es una historia de “¿por qué funciona esto así?”—¿Por qué los seres humanos/terrestres son agricultores? ¿Por qué es tan importante el agua? ¿Por qué dejan los hombres a sus padres y se unen a las mujeres? ¿Por qué son los hombres y las mujeres tan diferentes de los animales y al mismo tiempo tan profundamente iguales entre sí y tan

íntimos los unos con las otras? El ser terrestre, hecho de agua, barro y del aliento mismo de Dios (aire), es colocado en un jardín para cuidarlo, protegerlo y cultivarlo; y se le dice que si come del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, entonces ciertamente morirá un día.

El ser terrestre (varón) busca a alguien como él y no puede encontrar a nadie en la creación. Dios crea una hembra de un hueso del varón y del aliento mismo de Dios, y construye a la mujer (como uno construye un barco o un arca) y se la presenta al hombre: ambos son seres terrestres. Y se nos dice al final del capítulo que los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza. Esto significa que los dos todavía no son seres humanos. Los seres humanos son diferentes del resto de la creación por varias razones. En primer lugar, ellos son hechos a imagen y semejanza de Dios (mientras que todo lo demás revela algo sobre Dios). Ellos reciben libre albedrío: son capaces de tomar decisiones y luego vivir con las consecuencias. Ellos pueden decidir si quieren ser como Dios o no. Y aquí es donde sigue la historia—estos dos seres terrestres son iguales, pero no son seres humanos, porque no tienen conciencia de si mismos como personas individuales. No tienen conciencia del otro como diferente. No han elegido nada todavía. Este tercer capítulo no es otra historia, sino que la continuación de cómo llegamos a ser seres humanos.

La historia continúa: La orden le fue dada al hombre terrestre, pero obviamente él la transmite a la mujer; pero la orden ha cambiado. ¿Quién la cambió—Adán? Ahora la orden dice que: “No pueden siquiera tocar, y menos comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, bajo pena de muerte”. Y luego, la mujer terrestre oye que: “No, no morirán . . . se les abrirán a ustedes los ojos y serán como dioses y conocerán el bien y el mal”. Aunque ya hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, para llegar a ser seres humanos debemos conocer el bien y el mal. La mujer ve varias cosas: el fruto del árbol es apetitoso, agradable a la vista y, lo más

importante de todo: “deseable para obtener sabiduría”. ¡La sabiduría es el don de ver como Dios ve! Así, por razón del alimento, de la belleza, y de la sabiduría, ella toma el fruto y lo come, y lo comparte con Adán y él lo come. Y “entonces se les abrieron los ojos y se dieron cuenta que estaban desnudos” (Gn 3:4–7).

Y es aquí también donde la historia viene a ser contada, y además interpretada de forma que contradice todo lo que ha sido narrado sobre el Dios Creador y sobre la tierra/cielo/criaturas y seres humanos en los primeros capítulos de la Biblia. En vez de ver esto como lo que nos hace llegar a ser seres humanos, y de que esta es una historia que trata de explicar la razón del sufrimiento en el mundo (por qué las mujeres sufren y mueren al dar a luz; por qué los hombres trabajan duro sobre la tierra, y la tierra que fue dada como un jardín ahora resiste la labor del hombre; por qué los hombres dominan a las mujeres; y finalmente por qué mueren los seres humanos), la descripción al final de este capítulo contradice todo lo que es bueno—lo que es muy bueno.

¿Cuál es la esencia del ser humano? Es ser humano y necesitar alimento. Es ser humano y apreciar la belleza (como Dios). Y es ser creado a imagen y semejanza de Dios, buscando, deseando y tratando de alcanzar la sabiduría. Esta es la primera opción—que sobrepasa un límite, y el precio de ser humano, plenamente humano, es también morir. Hasta este punto, el hombre y la mujer terrestres no son humanos. Ahora, se les han abierto los ojos y ellos son seres humanos. Ellos ven como Dios ve. Ellos saben lo que es bueno y lo que es malo. Ellos se ven a si mismos y al otro como separados. (El separarse es parte de la primera historia—y luego darse nombres—ahora tenemos a Adán y a Eva, la madre de todo viviente).

Esta historia precede al judaísmo por cientos de años; es una historia antigua entrelazada en el texto para hablar sobre la realidad actual, aunque la realidad presentada al principio es verdadera también: todo lo

que ha sido creado es bueno. Pero la realidad es que sólo Dios vive eternamente. Ser humano, aunque creado a imagen y semejanza de Dios, implica buscar la sabiduría, conocer a Dios y ser conocido por Dios, y también significa morir. Esta es una consecuencia del libre albedrío. Pero si los seres terrestres no hubieran elegido, ellos nunca habrían llegado a ser seres humanos. Y es aquí, donde la primera historia es frecuentemente ignorada o dejada de lado, y donde la segunda historia es dividida en dos partes y es llamada “la caída del hombre”, en vez de la historia de cómo llegamos a ser seres humanos. Y las interpretaciones de la historia empiezan a contradecir la historia original.

Nos referimos a ésta como la historia del primer pecado, del pecado original de la raza humana—la mujer lo cometió, sedujo al hombre y toda la raza humana “cayó en pecado”. Sin embargo, la palabra “pecado” nunca es usada. Esta historia trata sobre llegar a conocer el bien y el mal, sobre vivir y morir en la imagen y semejanza de Dios, y sobre la esencia de lo que nos hace ser humanos—tratar de alcanzar la sabiduría. (El resto de la Biblia es sobre dónde encontrar dicha sabiduría—y frecuentemente se relaciona a historias, salmos y lugares de árboles). ¿Qué hay sobre el pecado—cuál es el “pecado original”? La historia del primer pecado original se encuentra en el capítulo siguiente—el capítulo cuatro. Los seres humanos viven en el mundo real y no en un lugar ideal/mágico y simbólico como un jardín. Adán y Eva han tenido dos hijos: Caín y Abel (y obviamente tuvieron hijas también—porque Caín tendrá una esposa, etc.). Los dos hijos han ofrecido sacrificios (han entregado a Dios lo que era máspreciado para ellos) y Dios ha tomado ambas ofrendas; pero la ofrenda de Abel ha obtenido mayor favor de Dios. Y Caín se enfurece. Esto es lo que dice Génesis:

Caín se enfureció y andaba cabizbajo. Y el Señor dijo a Caín: “¿Por qué te enfureces y andas

cabizbajo? Si tú obras bien, seguro que andarás con la cabeza alta. En cambio, si haces mal, el pecado está agazapado a la puerta. El te acecha como fiera, pero tú debes dominarlo” (Gn 4: 4b-7).

Pero Caín rehúsa escuchar la Palabra de Dios en su corazón y en cambio va y mata a su hermano Abel. ¡El primer pecado es *fratricidio*! Dios es Dios de vida, y la vida—la sangre—pertenece solamente a Dios. Tener conciencia del bien y del mal, como seres humanos, y optar por el mal es pecado. Y desde este punto en adelante, el resto de estos primeros capítulos de Génesis son la historia de asesinatos/muertes/la repetición del pecado original—en vez de la búsqueda de alimento, belleza y sabiduría. Sin haber tomado el fruto, sin haber roto los límites, los primeros seres terrestres no habrían llegado a ser seres humanos. Pero el pecado consiste en asesinato; específicamente, hermano matando a hermano, y la sangre de Abel grita desde la tierra.

Desde el principio, el primer mandamiento ha sido: “No se hagan daño unos a otros”, y esto se extiende a “No dañen a la tierra”; pero la matanza ha comenzado. (En los diez mandamientos, los primeros tres son sobre Dios, el cuarto es sobre la familia y el quinto es el primer mandamiento que incluye a todos los seres humanos: “No matarás”).

Nuestro Dios es Dios de vida y por lo tanto, todas las interpretaciones de la Biblia, la Palabra de Dios, deben ser sobre la vida y no la muerte. Toda vida creada por Dios es buena y sólo Dios puede tomar una vida. Toda sangre pertenece a Dios (la sangre es vida). Hay una historia judía de los siglos once-doce antes de Cristo, que dice:

Quando Dios creó a Adán, lo llevó a recorrer todo el Jardín del Edén y le dijo: “¡Mira mis obras! ¡Ve qué hermosas y excelentes que son! Todo lo que he creado, lo he creado para ti. Ten

cuidado de no dañar ni destruir MI mundo, porque si lo haces, no habrá nadie que lo pueda reparar después de ti” (*Eccles Rabbah* 7: 13).

El Edén es una ficción—un jardín, para expresarnos la intención de Dios. Y ahora vivimos y hemos vivido en este mundo real. Somos hechos a imagen y semejanza de Dios, el Creador, que ve que todas las cosas son buenas y muy buenas, y que está resuelto a compartir el jardín/mundo, y a protegerlo, cuidarlo, conservarlo. Somos hechos a imagen y semejanza del Dios de vida, de toda la vida, y sólo Dios puede tomar una vida: nosotros no tenemos ese derecho. El relato que continúa en Génesis hasta Noé es la historia de los seres humanos matándose unos a otros.

Con Noé y el arca se intenta una nueva creación, un nuevo comienzo. Noé trae a todos los animales, aves, etc., dentro del arca, y los preserva y los lleva hacia el futuro. Esto es lo que nosotros también debemos hacer—sin importar cuán terrible llegue a ser el mundo. Pero la historia judía también cuenta sobre Namah, la mujer de Noé. Ella recogió todas las hierbas, flores, yerbas del campo, alimento, semillas de árboles, etc., y convirtió parte del arca en un invernadero. ¿De qué otra forma habría de ser nuevamente sembrada y plantada la tierra para volver a convertirla en un jardín: lugar de alimento, de belleza y de encontrar sabiduría? Las alianzas que siguieron—hasta la Nueva Alianza con Jesús, el Hijo bien amado/servidor de Dios Padre y en el poder del Espíritu—son sobre renovar la vida, sobre recordar y honrar, respetar la vida. Esto es realmente adorar a Dios.

Los profetas llegan cuando la alianza ha sido rota/quiebrantada. Y los profetas tienen los mismos tres intereses que tiene Dios: Al profeta le interesa lo que constituye la verdadera adoración de Dios, el cuidado por los pobres, y la venida del reino de paz y justicia de Dios. Esto ha sido así desde el principio. Los *anawim*, los

pobres, son el criterio para ver si el pueblo de Dios está siendo fiel o no a la alianza; y cuando los pobres no están siendo cuidados, protegidos y ofrecidos vida, entonces vienen los profetas: a denunciar, a llamar a la renuncia del pecado. Y si el pueblo y sus líderes se arrepienten, los profetas anuncian que la fidelidad y la bondad de Dios es renovada para ellos otra vez.

Y llegamos a la nueva alianza de Dios con nosotros en Jesucristo. Hace sólo una semana que oímos la historia del bautismo de Jesús. Esta es también la historia de nuestro bautismo. La novedad empieza con el bautismo, con la vida resucitada. Nos levantamos de las aguas, y nos paramos sobre la tierra, con nuestras cabezas altas. ¡Y el Espíritu de Dios viene sobre nosotros y Dios Padre nos dice que fuimos creados para deleitar a Dios! Nosotros somos lugares de residencia del Espíritu. Tenemos la misma relación e intimidad con Dios Padre que tiene Jesús, con Jesús, como siervo e hijo (estas palabras son casi intercambiables en las escrituras griegas), por el poder del Espíritu. La Trinidad nos abraza y ahora vivimos en la alianza de toda la tierra, del cielo y el agua, y de los seres humanos unidos, y reunidos nuevamente con Dios. La reconciliación significa caminar juntos otra vez.

Y hoy vamos a oír en el evangelio de Lucas, por qué Jesús fue bautizado—y desde luego, por qué nosotros somos bautizados en esta nueva alianza. Es la lectura de la liturgia final hoy. Escuchémosla y tomemos sus palabras en serio.

Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu, y su fama corrió por toda la región. Enseñaba en las sinagogas de los judíos y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías; desenrolló el libro, y encontró el pasaje donde está escrito: ‘El

Espíritu de Dios está sobre mí, porque él me ha ungido, para traer la Buena Nueva a los pobres. Me ha enviado a anunciar a los cautivos su libertad, y la vista a los ciegos. A poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor'. Jesús entonces enrolló el libro, lo devolvió al ayudante, y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Empezó a decirles: 'Hoy, en su presencia, se cumplen estas profecías que acaban de escuchar' (Lc 4: 14-21).

Esta es la encarnación de Dios en medio de nosotros. Este es el Cuerpo y la Sangre de Jesús, de pie frente a su comunidad, su familia, amigos, discípulos y el mundo, y proclamando por qué él se hizo carne y sangre; por qué él se hizo ser humano; por qué él fue bautizado, y por qué nosotros somos bautizados; y qué nos hace ser verdaderos seres humanos, en la nueva alianza que Dios ha hecho con nosotros en Jesucristo. Dios es ahora el Dios de vida cada vez más abundante para todos, pero especialmente para aquéllos cuyas vidas no tienen gran importancia para los demás: los pobres y los oprimidos, los prisioneros, los cautivos y todos los que mueren sin tener una oportunidad real de vida. Esta es la sabiduría de Dios que los seres humanos tratan de alcanzar; esto es lo que proporciona plenitud de vida.

Hay cinco razones por las cuales somos bautizados y según las cuales hemos de vivir como seres humanos. Y estas razones son consecuentes, una sigue después de la otra—como uno, dos, tres, cuatro, cinco. Es difícil hacer la tercera cosa, sin haber aprendido a practicar la primera y la segunda previamente.

Primero: la buena nueva a los pobres—alimento, agua pura, albergue, ropa, medicina y cuidado médico, dignidad, trabajo, educación; estar libres del temor, tener seguridad, estar libres de la violencia, tener libertad de asamblea, para practicar cada uno su propia religión, para emigrar, para tomar refugio en otro país.

Aquí es donde esto empieza: la vida cada vez más abundante para todos.

La segunda práctica y forma de vida: liberar a los prisioneros, dar libertad a los cautivos, significa ofrecer a aquellos en prisiones y en la oscuridad de la desesperación una nueva oportunidad de vida—es decir, perdón y reconciliación—¿cuántas veces? ¿siete? No, siete veces setenta y siete. Es decir, paremos de contar y empecemos a practicar: ¡este es un modo de vida!

Tercero: dar nueva vista a los ciegos, significa dar una nueva perspectiva, nueva sabiduría, a los que se consideran religiosos pero que no practican la religión en relación a los demás. En el Nuevo Testamento, los ciegos son los que tienen el corazón endurecido, y que no escuchan la Palabra y rehúsan cambiar.

Cuarto: debemos liberar a los oprimidos. Los oprimidos son los pobres, que viven en miseria humana, y sobre los cuales yacen las cargas de persecución, violencia, represión, odio, etc.

Y finalmente, este será un año de gracia de nuestro Dios. Originalmente, este era el año sabático, practicado cada siete años. Luego había el año del jubileo, practicado cada siete veces siete años, durante los años 49 y 50. Este año está descrito en el Código Santo del Éxodo y otros libros de la Biblia. Consistía en las prácticas, a continuación, que toda la comunidad, todo el pueblo de Dios, hacían juntos:

1. Todas las deudas eran canceladas.
2. Toda la tierra era tomada y redistribuida igualmente para toda la gente (para que ellos pudieran al menos vivir y comer),
3. Todos los prisioneros eran sacados de las cárceles, y los que habían sido vendidos a esclavitud (como muchos niños lo eran para que sus familias pudieran conservar sus tierras) eran puestos en libertad.
4. Todos los extranjeros capturados como esclavos y en las guerras, eran invitados a vivir en la

tierra; se les ofrecía semilla y un lugar, o dinero para volver a su propia tierra.

5. La tierra misma había de permanecer en barbecho, para descansar—sin plantar, ni cosechar los cultivos, ni los árboles, matorrales, etc. Todos compartían la cosecha del año anterior y recordaban la bondad de Dios, y que toda la tierra le pertenece a Dios.

Es interesante notar que el estudio del tiempo de Jesús y de sus palabras en la sinagoga revela que ese no era ni un año sabático ni tampoco un año de jubileo—ni siquiera era cercano a uno de esos años de gracia. Lo que Jesús dice es que para sus discípulos y para los que creen en él—*¡cada año es un año sabático!* Esta es la forma en que vivirá su comunidad. Tal como leemos en los Actos de los Apóstoles y en la Didaché: “Miren como se aman esos cristianos unos a otros—no hay pobres entre ellos”. Esta es la regla de vida para los bautizados.

Aquí es donde comenzamos. Cada año comenzamos aquí de nuevo cuando recordamos nuestro propio bautismo. ¿Pero cómo hacemos esto? ¿Y por qué queremos hacer esto en relación a todos los demás—para los pobres en primer lugar, y luego para y con la tierra y todas sus criaturas y recursos naturales? Quisiera contarle dos historias para ayudarnos a ver cómo hacemos esto. Las dos son historias sobre sangre—la sangre de nuestros cuerpos, la sangre de vida, la Sangre de la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo. La primera regla en la narración de historias es que todas las historias son verdaderas y que algunas de ellas realmente ocurrieron. ¡Estas dos historias realmente ocurrieron! Y cuando yo empiece a contarles esta historia y les diga: “Erase una vez”. . . les va a ocurrir a todos ustedes—a nosotros. La primera historia me la contó una mujer, y luego la oí en forma similar de varias otras personas, dentro de unas pocas semanas. Es una experiencia común.

Erase una vez, una mujer que había tenido cirugía. Ella estuvo inconsciente por mucho tiempo, y luego

empezó a recobrar su conocimiento lentamente, después de horas y horas. La mujer había perdido mucha sangre, en una cirugía que había sido peligrosa, a riesgo de su vida. Lo primero que ella sintió fue frío. Tenía mucho frío. No era un frío que la hiciera temblar, sino que un frío más profundo. Era un frío penetrante y aturdidor, de la cabeza a los pies, que era casi doloroso. Ella ansiaba el calor. Ella recordaba vagamente que era verano y que estaba sudando cuando llegó al hospital. Ahora ella sentía como si estuviera envuelta en hielo. Simplemente yacía en la cama, sin poder moverse, responder, reaccionar, ni hacer nada.

Y luego, la mujer sintió que algo entraba lentamente en su brazo. Había sentido como unos pinchazos, pero ahora algo sucedía. Se dio cuenta que era sangre—una transfusión de sangre que entraba en su cuerpo muy lentamente, de gota en gota, en sus venas. Ahora ella podía sentir el calor lentamente penetrando sus pies y extendiéndose a cada parte de su cuerpo. Fue algo, dijo ella, como salir del mar y subir a la luz, al aire, y volver a la vida nuevamente. Y luego ella abrió los ojos—¡y no había nadie ahí! Pero ella vio la bolsa, casi vacía, de la sangre de otra persona. Miró el reloj ¡y se dio cuenta que estaba *viva*! ¡Había sobrevivido! Y se preguntó: ¿de quién debe ser esta sangre que me ha traído de vuelta a la vida? Más tarde ella supo que había recibido un litro y medio de sangre después de su operación. Y no tenía idea de quién podía ser la sangre que la había ayudado, que la había calentado y le había dado vida nuevamente. Ella me contó esto muchas semanas después de tener su operación. Me dijo que cuando salía a caminar, ella miraba a las personas en la calle y pensaba: “¡Qué no daría yo por saber quién compartió su vida, su sangre conmigo! ¡La sangre de alguien corre en mis venas! No hay forma en que yo pueda agradecer y pagarle a esa persona. La única forma en que puedo responder es ir a dar sangre yo misma cada vez que pueda”.

Esta es nuestra nueva alianza, la alianza de la Sangre de Jesús en la Eucaristía—Sangre dada,

derramada en su vida y en su muerte, y compartida con nosotros en su resurrección, don de la Eucaristía, de la Palabra, y del Espíritu. Nosotros recibimos la Palabra de Dios, las Escrituras, y las masticamos, las compartimos, y las tratamos de asimilar en nuestro cuerpo y sangre, y de ponerlas en práctica en nuestras vidas. Y sabemos que esta sabiduría debe ser alimentada—y por lo tanto celebramos comiendo y bebiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Hemos sido bautizados en el Cuerpo de Cristo en el agua, y esa agua está unida al vino de nuestra adoración. Sabemos que necesitamos el pan y el vino, transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para cumplir nuestras promesas bautismales y ser fieles a la nueva alianza. Y cuando celebramos, consumiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ¡nos convertimos en lo que comemos! Salimos por la puerta de la iglesia como el pan de justicia, el pan de paz, el pan de esperanza y el vino de salvación; el vino de alegría, el vino de libertad para todos en el mundo y *para* el mundo.

Cuando vivimos la Palabra de Dios y encarnamos esa Palabra en nuestros cuerpos y vidas, nosotros damos transfusiones a la gente del mundo, a los pobres y a todos lo que tienen hambre. Nuestras vidas, en alianza con Jesús, en el poder del Espíritu para la gloria de nuestro Padre, deben llegar a ser transfusiones de sangre para revivir al mundo, a toda la creación y a los seres humanos.

Buscamos sabiduría y vida abundante para todos; tratamos de traer vida para compartirla con los demás y cumplir nuestras promesas bautismales. Venimos a ser amigos de la tierra y de unos con otros, porque Dios ha venido a ser nuestro amigo en el Cuerpo y Sangre de Jesús, en la encarnación. En el evangelio de Juan, Jesús dice: “Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando”.

Yo les he dicho todas estas cosas para que participen en mi alegría y sean plenamente felices.
Ahora les doy mi mandamiento: Ámense unos a

otros, como yo los amo a ustedes. No hay amor más grande que este: dar la vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando . . . Les digo: amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre. Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogí a ustedes y los he puesto para que produzcan fruto y ese fruto permanezca. Entonces todo lo que pidan al Padre en mi nombre, se lo dará. Yo les ordeno esto: que se amen unos a otros (Jn 15: 11–17).

Esta es la espiritualidad de la Sangre. Nos hace amigos de Dios, amigos de la tierra, y amigos unos de otros. Por eso debemos vivir y asegurarnos que la tierra sea renovada y reparada, liberada de su esclavitud y aliviada de su carga, junto con los más pobres de todos los seres humanos.

Antes de terminar, tal vez podemos considerar algunos puntos de lo que debemos comenzar ahora, inmediatamente. Estas son cosas que podemos recordar y poner en práctica ahora mismo.

1. El destino de la tierra está vinculado estrechamente con el destino de la mujer. Las mujeres y los niños son los que sufren; ellos son los más afectados con las cargas de la pobreza y de la destrucción de la tierra. La forma en que tratamos a la tierra revela la forma en que las mujeres son tratadas, a nivel mundial. Las mujeres no cometieron el primer pecado—el primer pecado fue *fratricidio*, hermano matando a hermano. ¿Cómo sería nuestro mundo si esto fuera enseñado, y la responsabilidad asumida correctamente, en vez de culpar a las mujeres por una historia donde ellas, en realidad revelan la esencia de ser humanos—tratar de alcanzar alimento, belleza y especialmente sabiduría?

2. Esta igualdad entre hombres y mujeres debe empezar en la Iglesia. La Iglesia (las estructuras institucionales, no necesariamente el Cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios) no puede tener impacto o influencia sobre la tierra, el mundo, los recursos etc., en forma significativa, mientras dice una cosa y luego no la practica. Jesús dice, también en el evangelio de Juan en la última cena: “Tengo muchas cosas más que decirles, pero ustedes no pueden entenderlas ahora. Pero cuando él venga, el Espíritu de la Verdad, los introducirá a la verdad total” (Jn 16: 12–13ff). Yo creo que el momento es *ahora*; no sólo somos capaces de entender las cosas ahora, sino que es esencial que escuchemos la sabiduría de las mujeres.
3. El corazón de un cuerpo humano late un millón de veces al día, y hay unos 170.000 kilómetros de vasos sanguíneos en el cuerpo humano. Esto es equivalente a los ríos de la tierra, porque el agua en el suelo es la sangre de la tierra y es lo que sostiene la vida. Tenemos que empezar a mirar, reclamar, limpiar y purificar las aguas, tal como efectuamos transfusiones de sangre para salvar a seres humanos de la muerte.
4. La tierra es el cuerpo de Dios, el primer libro del Apocalipsis. Debemos reverenciar la tierra tal como reverenciamos los libros de los Evangelios, el pan y vino que se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo, los pobres y los más débiles de nuestros hermanos y hermanas. La forma en que tratamos a la tierra es como tratamos a los pobres, a unos y a otros, y a Dios.
5. La educación es fundamental—para las mujeres, para todos los niños, y para los adultos que son refugiados, emigrantes, miembros de minorías, víctimas del cambio de clima, del colonialismo, de la globalización, de la

militarización. Lo que necesitamos es una “globalización de la compasión”, además de un cambio en la economía mundial. Se necesita educación específicamente en las áreas de atención básica de salud, producción local de alimentos, alfabetización, organización, auto-estima y protección contra la violencia.

6. Las prioridades de la Iglesia, del ministerio, deben volver a ser las prioridades de Jesucristo: alimentar a las muchedumbres; curarlos—que significa tocarlos, incluirlos, acogerlos, perdonarlos; enseñarles la Buena Nueva—esperanza y entablar amistad con ellos, caminar con ellos—como Dios camina con nosotros en Jesús y en el Espíritu. El compartir “una vida cada vez más abundante” debe tener prioridad sobre la doctrina, sobre los cambios en el lenguaje y en la liturgia, y sobre las actitudes de condena y de tratar a los demás con prepotencia. Todo el que tenga autoridad en la Iglesia debe en efecto ser un servidor, y un servidor de los servidores de Dios.
7. Debemos ser la presencia de la resurrección en el mundo, para que todos puedan vernos y saber que la Buena Nueva a los pobres es una realidad (no solamente algo que mencionamos en nuestra evangelización/predicación, etc.), y para demostrar cómo se ve el reino de Dios en el presente: no debe haber pobres entre nosotros—sólo los hijos bien amados de Dios, los amigos de Dios, el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el mundo. Y debemos considerar al mundo como el sacramento del Espíritu—Dios que continúa revelando su presencia y verdad a todos. Debemos aprender a celebrar este mundo, en vez de condenarlo y de referirnos constantemente al mundo venidero más allá de la muerte.

ORACIÓN: O Dios de amor, ayúdanos a reparar el daño que hemos hecho; a aprender el Génesis; a proteger lo que está en peligro ¡inclusive las personas! a detener la extinción; a reparar la tierra. Ayúdanos a establecer una alianza nuevamente con todo lo que tú has hecho: cielo, tierra, agua, criaturas; y a vivir para que las generaciones que vengan después de nosotros—hasta la séptima generación—puedan conocerte como Creador y Guardián de todas las cosas, y conocer a tu Hijo bien amado como el Cuerpo y Sangre, comida y bebida de la vida cada vez más abundante, y a tu Espíritu como el aliento de vida que aún está dentro de nosotros.

Amén, amén.

Que todo el pueblo diga: Amén.

Megan McKenna es una escritora, teóloga, autora espiritual, y conferencista que ha publicado varios libros. Su libro más reciente, This Will Be Remembered of Her (Esto es lo que recordarán de ella), recibió un premio de la Asociación de la Prensa Católica en 2001.

The Spirituality of the Blood and Our Mission in Defense of Our Common House

Dionicio Alberca, C.P.P.S.

Monday, January 11, 2010

Introduction

This symposium developed from and is a continuation of the symposium that was held in Lima on February 1–5, 1999, entitled *Reconciliation by the Blood of Christ in Times of Violence, in a Multicultural World*. Its aim is to contribute to the dialogue about care for our earth and to the commitment to defend our common house, the earth (the *Pachamama*, in Kechua), where all of us live.

We hope to sound a wake-up call: that we are all responsible for promoting and defending life, life that is being threatened and violated in so many ways. To aid us in this struggle for survival we have a formidable and relevant resource, the spirituality of the Precious Blood of Christ, a source of life, of communion, of a new covenant, of reconciliation, of the cross and of the Eucharist.

I hope to offer an overview of the topics that will be presented at this symposium. Other speakers will speak more specifically on the themes that have gathered us here.

To provide a context for this topic, it is relevant to begin by looking at the current condition of our common house, the earth. We must ask ourselves, at this moment, What are the pains of childbirth, the suffering, the groaning of creation (cf. Rom 8: 22)? Then we will examine and illuminate our current situation from the perspective of Precious Blood spirituality. We hope to contrast the ecological reality with the Gospel of the Blood. This contrast will then help us make a commitment to a common course of action.

In the spirituality of the Blood we must discover the motivation for a commitment to caring for creation. How do we spread this message that we are responsible for the care of all creation? How do we educate ourselves and others to use the gifts of creation responsibly? How do we deepen our respect for the diverse forms of life (biodiversity) that God has created for all?

These are only some of the questions and challenges which call for our response. The central question is this: *Are we taking seriously our responsibility to care for our environment?* Our troubled earth is a sign of the times, a cry of the blood to which we must respond. It demands from us a new sensibility, a new way to deepen our relationship with God, with others, with ourselves and with creation.

What is Happening with our Common House?

The world today, which we now see as a global village, is marked by many ecological and environmental crises. Our earth is sick, and is constantly threatened by human beings.

One sign of this sickness is the contamination of the environment. We are experiencing pollution of our air (an effect of global warming, acid rain, etc.) and chemical contamination of the water supply by industrial waste and raw sewage. The struggle for a safe water supply can lead to conflict and even wars: a third of the

world's population does not have access to a safe and reliable source of drinking water. "Water is being treated as though it were merchandise that could be traded by companies, and has been transformed into a good for which powerful nations compete. A major example of this situation is the Amazon" (*Aparecida*, 84), a region shared by various Latin American countries.

Another very serious problem is the abusive exploitation of the ecosystem by humans, bringing on climate change. As an example, we can look to the deforestation that benefits big industrial projects but ends up altering the climatic balance in brutal and uncontrolled ways,¹ contaminating the environment with all kinds of organic and chemical waste. We are also aware of industries that extract resources without any control or concern for the harmful effects to the surrounding areas. The result is the disappearance of forests, the contamination of the water supply, and the emergence of immense deserts (cf. *Aparecida*, 473).

The issue of housing is also a very serious problem and one that is treated with much resistance and in a restricted way, given its complexity. At the moment there are more than six billion human beings inhabiting our common house. The index of growth is high and worrisome; our natural resources are limited, and they are not equally shared. As more and more formerly productive land turns to desert, there are fewer acres for the cultivation of food, which increases the need to use chemical products to encourage the plant growth we need to satisfy the hunger of the human masses.²

Just as serious is the problem of biofuels. These are a clean energy in use but not in their production. Manufacturing biofuel results in nine times more contamination than traditional fuels. It may also lead to the sole production of certain limited crops, therefore putting an end to biodiversity. What will happen to those Latin American countries that are now rich in biodiversity? The production of biofuels also requires water,

bringing with it an almost inevitable threat of more conflict over the water supply. To restore the health of our world, it would be more effective to support reforestation efforts than to pursue increased production of biofuels. Many governments and companies want to change how we produce energy, but they don't want to change the way we consume energy. This creates a great challenge: do we produce calories in the form of petroleum and gasoline or calories in the form of potatoes, vegetables and meat for human beings?

However, in a populous environment, the biggest problem is the global injustice that denies people their basic rights: the right to food and potable water, the right to a life with dignity. As a consequence, the ecological problems we see are always related to the poverty of most of the world's population.³ We have to see the destruction of nature not from the perspective of the rich, nor from that of companies that gain from contaminating the earth and its environment, but from the eyes of the poor, for they are the first and most affected and the least responsible for the degradation of the earth.

The irreversible deterioration of our planet is due to a model of devastating economic development,⁴ carried out by transnational companies, financial institutions and governments. It is an economic model that awards privileges to those with a limitless desire for wealth, with no regard for the people, their towns, and a rational respect for nature (*Aparecida*, 473). Consequently, they are accused—and with good reason—of the sins of *biocide* (destruction of life) and *geocide* (destruction of the earth).⁵

This model of development employs an evil logic that manipulates the social classes and subjects people to the interests of a few rich and powerful countries that despoil the wealth of other nations, without any sense of solidarity with the rest of humanity or with coming generations.⁶ What is alarming is that “in the decisions about the wealth of biodiversity and nature, the

traditional populations have been practically excluded” (*Aparecida*, 84). It is for this reason that

the devastation of forests and of biodiversity by means of pillaging involves the moral responsibility of those who promote it because they are jeopardizing the lives of millions of people, and particularly the milieu of peasants and indigenous, they endanger the lives of millions of people, along with the habitat of the farmers and indigenous, who are pushed out toward hillside lands and into large cities where they live overcrowded in the encircling rings of poverty (*Aparecida*, 473).

The questions we ask ourselves are the following: What sort of progress and development is it that promotes activities that destroy the forests, erode fertile soil, flood the lowlands, block the continental shelf and coastal waters with contaminated silt, and impoverish the people? What sort of progress and development is it that promotes exploitative mining and fills the earth with scars and dumps toxic waste into the rivers, the fertile fields, and the seas? What kind of progress is it that induces farmers to grow crops to be exported, instead of crops that supply the food needs of the people? What kind of progress is it that pushes to the limit the destruction of wetlands where marvelous forests of mangrove that can feed entire populations with basic food and fuel, constructing instead farms for seafood that will only satisfy the appetite of those already well fed? What kind of progress and development is it that offers places of employment in industries so contaminated that, with their current activities, are poisoning natural resources for future generations?⁷

Human beings are guilty for the disappearance of species of living beings. We live in a consumerist society and as a consequence we experience the dirt of consuming. The world today fears the loss of its life. Water is

becoming scarce. The world is sick. The contamination of water, of land, of air and, therefore, of human beings, constitutes a grave threat to life.

The prophet Hosea describes this situation very well:

Hear the word of the Lord, O people of Israel; for the Lord has a controversy with the inhabitants of the land. There is no faithfulness or kindness, and no knowledge of God in the land; there is swearing, lying, killing, stealing, and committing adultery; they break all bounds and murder follows murder. Therefore the land mourns, and all who dwell in it languish, and also the beasts of the field, and the birds of the air; and even the fish of the sea are taken away (Hos 4: 1–3).

God is going to judge the inhabitants of the earth. They have forgotten God and have forgotten the earth: it is full of crimes and violence, it is in conflict. The earth is becoming victim to the sin of humankind.

In the same sense, the prophet Isaiah says:

The earth shall be utterly laid waste and utterly despoiled; for the Lord has spoken this word. The earth mourns and withers, the world languishes and withers; the heavens languish together with the earth. The earth lies polluted under its inhabitants; for they have transgressed the laws, violated the statutes, broken the everlasting covenant. Therefore a curse devours the earth, and its inhabitants suffer for their guilt; therefore the inhabitants of the earth are scorched, and few men are left (Is 24: 3–6).

It is clear that we see little evidence of conscience in the contamination of our environment and the pillaging of our natural resources. We cannot deny that we lack an “ecological culture.”

The current state of “de-creation,” (*descreación*) of chaos, of darkness and of death, poses a question for us and demands a responsible answer. The spirituality of the Blood is a great resource that we have in our search for solutions.

An Answer to the Cries of our Common House: The Spirituality of the Blood

We can respond to our earth’s needs with the five dimensions of the spirituality of Christ’s Blood:

1. The Blood of life
2. The Blood of the covenant
3. The Blood of the cross
4. The Blood of reconciliation
5. The Blood present in the Eucharist

Blood of Life

It is important to remember that in Scripture, “the life of every living body is its blood” (Lv 17: 14), and it belongs exclusively to God.⁸ In this sense, blood is a sign of a liberator God (Ex 12: 21–23), creator and giver of life (Ps 104 [105]). In the New Testament, Jesus is the Gospel of life: “I came so that they might have life and have it more abundantly” (Jn 10: 10; cf. 1 Jn. 1: 2). Christ’s Blood is the offering of his life (Heb 10: 5–10) for the salvation of all people and all creation.⁹

The blood of life is completely inclusive, global and universal. It is not only an expression of human life, but also of all forms of life that are part of God’s creation. Blood is *biodiversity*, an expression of the diverse manifestations of life. Human beings are not the only creatures of the creative plan of God. We are not the only living beings on earth. We are, however, the ones who cause the most damage to God’s creation.

Let us remember that we are invited by the blood of life to be aware that life—our own as well as the life that is present in creation—is given to us as a gift and does

not belong to us. We are called to live in solidarity with all that has been created.¹⁰ Life is a gift from God; it is sacred and untouchable and has a value that is not negotiable.

According to Genesis 1: 26–27, man and woman are created in the image of God. God wants to reveal himself to human beings as one who created everything out of love and wisdom, and who continues his creative action through people. In creating us, God gave us a great dignity, but that also carries with it a great responsibility. We are not the owners of creation; we are not the owners of the life that God created. Creation does not serve our will so that we can do with it whatever we want or desire. It is not at our disposition like “a heap of waste spread at random,” but as the Creator’s gift and expression of his love.¹¹

We are called then to manage all creation with responsibility before God and before other creatures. We are responsible to care for and promote life in all its forms. This means that we must learn how to live alongside other creatures, sharing the space of common life with all.¹² Human beings are a very small part of creation. We are not superior to it, but rather are a part of it.¹³

We are called to be “gardeners” of creation, just as Genesis tells us: “The Lord then took the man and settled him in the garden of Eden, to cultivate and care for it” (Gn 2: 15). The word *abad* in Hebrew means to work the earth and to serve. The word *shamar* means to take care, to protect and to completely conserve all that is given to us.¹⁴ This biblical passage clearly expresses the human being’s bond with the earth when affirming that the human being, Adam, is formed from the earth, *adamah*, (Gn 2: 7). We are part of this great connection of life that is nature. From this set of circumstances is derived our vocation “to cultivate and care for the garden of Eden” (Gn. 2: 15), that is to say, all of God’s creation.¹⁵

The Blood of the Covenant

In the Old Testament, the blood of the covenant contains and expresses God's solidarity, communion, inclusion and true connection (cf. Ex 24: 4–7; cf. Heb 9: 18–21) to the earth and to all forms of life that were created by God (cf. Gn 9: 11–17), as well as God's hope for a better future (cf. Jer 31: 17). God makes a covenant with all humanity: the men and women of the present and of the future, but also with all creation and all forms of life that exist on the earth:

I set my bow in the clouds to serve as a sign of the covenant between me and the earth . . . As the bow appears in the clouds, I will see it and recall the everlasting covenant that I have established between God and all living beings—all mortal creatures that are on earth (Gn 9: 16).

This covenant foresees and anticipates the promise (cf. Jer 31: 31–34) of the new and eternal covenant, sealed with the Precious Blood of Jesus Christ (cf. Lk 22: 20; cf. Heb 9: 24–28). The new and eternal covenant constitutes God's project of universal fraternity, where no form of life is excluded. Our motivation, then, is the covenant, new and eternal, in which we are introduced to Christ's Blood, poured out on the cross.

The Blood of the Cross

On the one hand, the Blood of the cross is an expression of persecution, of violence, of pain and of the death of Jesus, the Son of God, innocent victim, crucified unjustly. In this way the Blood of the cross becomes cry, denunciation, the unmasking of violence and of injustice.

On the other hand, the Blood of the cross is the place in which God's love is given to the world in order to give it life. God the Father was present at the death of his Son. In giving his beloved Son to us, the Father shows us

the importance that creation and we human beings have for him. In this way, the pain of humanity and of all of creation was assumed by the passion and cross of Christ. God takes on the pain of humanity and of creation in order to redeem them. Everything that affects creation and human beings affects God. This is the eloquent solidarity of God with all forms of life created by God.

Thus the Blood of the cross places us at the limits between life and death (cf. Ex 12: 7, 13). Obviously it puts us on the side of life. It puts us where the earth is being threatened, wounded, pillaged, contaminated, made desolate. In this sense, the Blood of the cross is strength, courage, resistance and fidelity in the care of creation. The Blood of the cross makes us capable of feeling and perceiving the pain of creation. If everything that affects creation affects God, then it should affect us as well.

The Blood of the cross unmask and places in evidence the sufferings inflicted on God's creation. But it also signifies the pain and suffering of the poor, of the indigenous and of farm workers who are stripped of their lands, who suffer contamination and exclusion. It is also a sign of the pain and suffering of all those men and women who defend and care for God's creation, who denounce those who pillage and are enemies of that creation.

The Blood of the cross involves renunciations and a balanced use of the goods of creation. It means living with a discipline, renouncing many things that are not indispensable. It liberates us from consumerist waste and the unlimited exploitation of the resources that God has created for all.

The Blood of the cross is the Blood of ransom (1 Pt 1: 18–20). Jesus gives his life as ransom for all forms of life created by God. Earth and its poor need to be ransomed. The Blood of the cross of Christ takes the position of the *go'el*.¹⁶ Jesus has come to give his life as ransom for the benefit of the many, that is to say, of all (cf.

Mk 10: 45). Among “the many” are creation and all forms of life created by God.

The Blood of Reconciliation

When we speak of reconciliation we are speaking of relationships (cf. Eph 2: 11–20). The human being in the Bible is seen as a being in relationships: a filial relationship with God, a relationship of equality and fraternity with other people, a relationship with one’s self (in a climate of freedom and inner harmony), and a just and respectful relationship with creation. This is God’s dream for humanity. When people live with these four relationships in harmony, life is a paradise.

Because of the original sin (*el pecado de ser humano*) the four relationships were ruptured. The man and woman *severed their relationship with God* as they rejected their position as children of God in the desire to become gods. God was no longer the father, but was transformed into a rival.

The *relationship with others was ruptured*. The desire to be as God leads human beings to sever their relationships as equals with their brothers and sisters. Instead, those relationships are replaced with inequality and dominance, rivalry and competition. As human beings subject others to do their will, they impose on them, reject and exclude them. They act in superiority and arrogance.

The *relationship with God’s creation, with nature*, was also broken. In their desire to be like God, the man and woman do with nature whatever they want. No longer lords of creation, humans become tyrants and despots, pillaging creation. Thus, the just, respectful and reciprocal relationship with creation becomes an unjust, disrespectful, tyrannical, exploitative, enslaving, irresponsible and destructive relationship with creation.

Humans forget that they are part of creation. God created us in God’s image and likeness, but God also made us similar to other creatures with whom we share

a genetic patrimony. There is not one single chemical element in humans that cannot be found elsewhere in the cosmos. Earth comes first; human beings are derived from earth. Humans have invented a contrary image, in which human beings are primary while the earth and its integrated functioning can only be secondary.¹⁷

In original sin, the man and woman *severed their relationships with themselves*. In their desire to be god-like they lost their freedom and identity. Their desire to be God led them to want to be what they are not, becoming slaves to themselves, losing their inner harmony and order, their innocence and identity. A life that was once paradise becomes chaos and disorder, struggle and death.

Creation and the environment must be reconciled because they are being attacked, mistreated, wounded, damaged and enslaved by us, the human race. We are returning to chaos, disorder, darkness and death because of our sin (Gn 1: 2). The words of St. Paul are very true today:

Creation was made subject to futility, not of its own accord but because of the one who subjected it, in hope that creation itself would be set free from slavery to corruption and share in the glorious freedom of the children of God. We know that all creation is groaning in labor pains even until now (Rom 8: 20–22).

In the process of reconciliation there is an aggressor, who inflicts suffering, and a victim, who is attacked and mistreated. We can apply this understanding to the relationship of humanity with creation. In this environment, the aggressor is the human being and the victim is creation and the environment, created by God for all.

The Blood of reconciliation is the work of God in Christ. “God was reconciling the world to himself in Christ, not counting their trespasses against them and entrusting to us the message of reconciliation” (2 Cor 5:

LA MISIÓN EN DEFENSA DE NUESTRA CASA COMÚN

OUR MISSION IN DEFENSE OF THE EARTH COMMUNITY



LIMA, PERÚ 2010



Arriba, P. José Deardorff, C.P.P.S., a la izquierda, preside la Eucaristía con Monseñor Bruno Musarò, nuncio apostólico en el Perú, durante el simposio. Abajo, bailarines folklóricos bailan para los participantes.

Above, Fr. Joseph Deardorff, C.P.P.S., center left, and Archbishop Bruno Musarò, apostolic nuncio to Perú, preside at liturgy during the symposium. Below, traditional dancers perform for the participants.



Abajo, los participantes llevan las banderas de un simposio verdaderamente internacional. Abajo a la izquierda, un grupo pequeño en diálogo. Abajo a la derecha, P. Dionicio Alberca, C.P.P.S., se dirige a la asamblea.

Above, participants carry flags representing a truly international symposium. Below left, a small group in discussion. Below right, Fr. Dionicio Alberca, C.P.P.S., addresses the assembly.



Arriba, el obispo Erwin Kräutler, C.P.P.S., preside la Eucaristía con los sacerdotes C.P.P.S. Felix Mushobozi y Magnus Tegete. Abajo, vestidos y bailes tradicionales ofrecen un sabor de la cultura Peruana.



Above, Bishop Erwin Kräutler, C.P.P.S., presides at Eucharist with C.P.P.S. Frs. Felix Mushobozi and Magnus Tegete. Below, traditional dress and dance give a taste of Peruvian culture.



Arriba, "Somos hoy constructores de una Nueva Creación." Al centro, se comparte la comida. Abajo, se celebra el cumpleaños del P. José Deardorff, a la destra, con P. Barry Fischer, a la izquierda.

Above, "Today we are builders of a New Creation." Center, sharing a meal. Below, marking Fr. Joseph Deardorff's (far right) birthday, with Fr. Barry Fischer (far left).

19). Reconciliation is a new creation (cf. 2 Cor 5: 17) and implies the construction of new, authentic and just relationships with creation. We must pass from using and abusing to the rational and just use of the good things that God created for us.

This is a question of establishing a balanced relationship with creation, conserving the diverse species of life. To do that it is necessary to create a healthy relationship between humans and creation, the environment and natural resources. From the Blood of reconciliation we can work to make all creation a new creation; we can contribute to the new order that the Son of Man came to establish through his Precious Blood. It is not any order, because there are forms of order that repress and threaten life: they are darkness and death. Rather, it is the order that God desires; it is a space where life in all its forms can be generated and unfold with freedom.¹⁸

The Blood of the Eucharist: Cosmic and Ecological Sacrament

In the Eucharist, the bread is not only bread, nor is the wine only wine, but rather they are fruit of a series of *necessary mediations* and of *social relationships*.¹⁹ The bread and wine put us in communion with all creation, with humanity and its history. The bread and wine become a sacrament of the presence of the risen Jesus in the world, all incorporated within him. It is not creation that incorporates the Risen One, but the Risen One who incorporates creation with his presence. The Acts of the Apostles tells us: “in him we live, move and have our being” (Acts 17: 28). Our personal and social history as well as all of creation is taken on by the Risen One.

Jesus is the image of the invisible God, the first-born of creation. For in him were created all things in heaven and on earth, the visible and the invisible . . . all things were created through him and for him. He is before all things, and in

him all things hold together (Col 1: 15–17).

The Blood of the Eucharist is an expression and transformation of the world. We hear in the prayer for the presentation of the gifts at Mass that through God's goodness we have bread and wine to offer, which earth has given and which is the work of human hands. They become our spiritual food and drink. Whence do we get this Eucharistic bread and wine? Bread and wine are fruit of the earth. They come from the cosmos, from God's creation. The Eucharist has its earthly origins in the cosmic elements that are the earth, the seeds, the fruits, the water, the air, the sun. Without these cosmic elements there is no Eucharist. If we pillage creation and contaminate the environment, there will be no Eucharist.

On the other hand, the bread and wine are the fruit of the work of men and women of the farm and of the city. The Eucharistic Blood has to do with the life, happiness and hope but also the sweat and suffering of the workers; it has to do with the accumulation of resources and the injustices that are committed against them and against creation itself. The wine that becomes Christ's Blood is sometimes an expression of the pain and suffering of workers; but it is also an expression of the pain and suffering we find in the destruction of creation. According to the spirituality of the Blood, it is sometimes more of a cup of suffering than a cup of blessing.²⁰

We affirm that the bread and wine are the primary matter of the Eucharist that is the sacrament of God's creation, and of communion with it. The Eucharist is also a sacrament of the life and work of so many men and women and of children and day laborers who give their lives, their sweat, their sufferings, their joys and hopes, so that the world can have the Body and Blood of Christ, which is for all the food and drink of salvation. The Eucharist is related to ecology, to the care of the earth and water, from which comes forth bread and wine

for the life of all human beings.

In the Eucharist, Jesus wants to change the world when we offer it to him, but he also wants to change us when we offer and commit ourselves to him. In the Eucharist we are transformed and “transubstantiated” in order to transform the world for all, according to the design of God, creator of life for all men and women.

The Blood Calls and Sends us to Care for Creation

In our introduction we stated that ecology presents a new and pressing sign of the times that we must recognize, that we must hear and to which we must respond and, therefore, constitutes a new field of mission for us, for our Church. We must dedicate ourselves, body and soul, to care for creation. It should be at the heart of the mission of our congregations and communities. We need to have a preferential option for creation. The primary need that exists in the world is to ensure that life is possible on the planet not only for us but for the next generations, and especially for the poorest, who suffer the most consequences from environmental deterioration.²¹

We urgently need a paradigm shift. We have to pass from exacerbated *anthropocentrism* to *cosmocentrism*. Anthropocentrism is the paradigm of our modern world and is the cause of the current ecological disaster. With it, humans become convinced that they are at the center of the universe; the earth is under the dominion of humanity, and that gives them the right to do with creation whatever they desire.²² Anthropocentrism affirms that the earth and its abundance is a resource to be dominated and exploited in favor of human beings. This way of thinking needs a total revision.

We must start thinking of the earth as the common house of all living beings and of God himself, and we all have some responsibility to care for it.²³ We are called to change our arrogant outlook to a loving outlook: to commit to an “ecological conversion” in our attitudes and

behavior toward the earth. The spirituality of the Blood will lead us to provide for a “re-greening” of creation. It must be the Good News of liberation and abundance for all of creation.

To find a “green” spirituality we must go beyond an extreme anthropocentrism that places the human being, not God, at the center of the universe. If we go back to the roots of the ecological crisis, we find that Christianity and other religions share a large part of responsibility for it. Many times religion has been complicit in the indiscriminate exploitation and contamination of the earth. Christianity is in part responsible not only because it misinterpreted God’s command in Genesis 1: 28, “Be fruitful and multiply, and fill the earth and subdue it,” but also because it has proposed a dualistic spirituality, which seeks to save the spiritual dimension to the detriment and contempt for the material and historical dimension.

We need to create an ecological conscience and culture to make the world habitable for ourselves and for future generations. Evangelization, education, pastoral work: the whole practice and mission of the Church, must be guided toward this urgent goal. We must change individual and domestic behaviors.

It is also important that as citizens and communities we support those programs and actions that defend the environment, human rights and fair trade. This position must go hand-in-hand with the formation of a serious intention to denounce the policies that are contrary to the good of our earth. In education, we are challenged to teach children and adolescents a lifestyle that resists consumerism. We must teach them to respect creation, and encourage in them a lifestyle that is moderate, just, honest and religious.²⁴ We must teach them to love creation and to feel a part of it.

Ecology requires that we be in right relationship with each other. This relationship implies cleanliness, order, respect, justice, communion with others, with cre-

ation and the environment. We should educate and evangelize in order to reestablish the order and harmony that God desires. We should worry not only about human ecology, but also about cosmic and social ecology. Our ecology leads us to be concerned for others, especially the poor and excluded. The cry of the earth is related to the cry of the poor and oppressed.²⁵ A spirituality of the Blood, in order to be ecological, should take into account the daily lives of the poor, excluded and marginalized; it should promote their effective integration into our common house and all its possible relationships. The spirituality of the Blood is covenant, inclusion, reconciliation, truth, justice, equality, solidarity and communion.

Defending the planet, from the perspective of the spirituality of the Blood, implies responsibility and a reciprocal relationship with creation and with the present and coming generations. We must leave them an inhabitable world that can sustain life. It is not fair or just to leave them a polluted, degraded, contaminated and plundered creation. It is our responsibility to leave them a world that is clean and healthy so that those in the future can live well. Our mission is to sow life for future generations.

To look for an alternative model of development that is integral and shared in common, based on an ethic that includes the responsibility for an authentic, natural and human ecology that is based on the gospel of justice, solidarity and the universal destination of goods, and that transcends the utilitarian and individualistic logic that doesn't subject the economic and technological powers to ethical approaches (*Aparecida*, 474c).

It is evident that we cannot allow life to disappear. We cannot allow diverse species to become extinct. We must look for a balance in the use of the resources of cre-

ation, living a life that is moderate that will be a witness to an irrefutably anti-consumerist way of life.²⁶ Thus, for example, the anchovy, a Peruvian fish, should be consumed in a balanced way. If we eat too many, they will become extinct and disappear forever. In the same way, if we eat all the guinea pigs, an important part of a traditional Peruvian diet, and do not maintain an ecological balance, they too will become extinct. It is fundamental and urgent, therefore, that we “respect the intrinsic balance of creation itself.”²⁷ This must be our watchword today.

Conclusion

In conclusion, the spirituality of the Blood obliges us to reflect on God. What image of God do we have, and what image do we proclaim? It obliges us to reflect on human beings as well. What image of human beings do we project? It invites us to reflect on the world and nature: are they simply objects to be manipulated? We must reflect on society. What kind of society does God want for us? Ecological change requires social change. We cannot separate ecology and humanity. We need to rethink the Church: a Church committed to what and with whom? Lastly, we need to reflect on the mission of our congregations and Christian communities.

We must learn to experience God in creation. Earth cannot be profaned. God dwells in the earth. It is a sacrament of God, it speaks to us of God. In order to hear God in creation, we must create a spiritual experience: to learn to sense and perceive the pain of creation. All that affects creation affects God. Thus everything that affects creation should also affect us. To be the image and likeness of God means a task, a responsibility and an inescapable commitment to care for God's creation by us human beings. We share with God a concern and a task: that the earth does not return to chaos and disorder but rather that it arrives at its fullness.

Planet earth, life in its diverse forms, and the poor

and excluded all need to be saved by Christ's Blood, the Blood of the Lamb of God who takes away the sin of the world (cf. Jn 1: 29–35). To answer the cry of the earth and the cry of the poor is fundamental for missionary disciples of Jesus Christ. With the Blood of the sacrificed and resurrected Lamb, a new heaven and a new earth have begun (Rv 21: 1). In other words, a new creation and a new social order have begun with the Precious Blood of Jesus Christ.

The book of Revelation speaks to us:

Then I saw a new heaven and a new earth. The former heaven and the former earth had passed away, and the sea was no more. I also saw the holy city, a new Jerusalem, coming down out of heaven from God . . . Behold, God's dwelling is with the human race. He will dwell with them and they will be his people and God himself will always be with them (as their God). He will wipe every tear from their eyes, and there shall be no more death or mourning, wailing or pain, (for) the old order has passed away (Rv 21: 1–4).

Dionicio Alberca, C.P.P.S., is a Missionary of the Precious Blood in Perú, currently ministering at San Francisco Borja Parish in Lima. He has served as director of the Peruvian Mission and has been involved in spiritual direction and retreats.

Evangelization and the Missionary Community of the Precious Blood of Christ

Erwin Kräutler, C.PP.S.

Tuesday, January 12, 2010

Humankind asks the missionary community that “has received the mission of announcing the reign of Christ and of God” (*Lumen Gentium* 6): What does it mean to announce this reign for the great problems that threaten humanity? What is the contribution of the missionary community in solving those problems? We, members of the communities of the Blood of Christ, ask ourselves: What are these problems and what solution can we offer to the world, to humanity and, especially, to the poor? Do the problems have a solution? How can we transform our proposal into secular language, so that the twenty-first century can understand it as its own, as urgent, rooted in its contexts and, at the same time, open to the transcendent, from whence “the goodness and loving kindness of God our Savior appeared” (Ti 3: 4).

Around the end of the second century, an illustrious pagan named Diognetus asked the Christian community: “Who is this God and what is the Good News in which Christians place such confidence? What is your proposal, Christians, disciples and missionaries, for a world

which has no more proposals that are valid for everyone? What is your plan? What is your secret?" The unknown author of the catechetical *Letter to Diognetus* responded:

[Christians] do not live in cities of their own; they do not use a peculiar form of speech . . . They live in their own countries, but only as aliens. They have a share in everything as citizens, and endure everything as foreigners. Every foreign land is their fatherland, and yet for them every fatherland is a foreign land . . . Christians dwell in the world, but do not belong to the world . . . yet [Christians] preserve the world (*Letter to Diognetus*, ch. 5).

What does it mean to "preserve the world?" Certainly it means to watch over life in the world. All those who have their lives threatened must bear on their shoulders the fight for justice of the resurrection and trust in that God who became incarnate in this world, so that it might have "life in abundance" (Jn 10: 10).

What is the universal mission of the Church? What is our contribution, members of the communities of the Blood of Christ?

When we speak of *mission* in the Church today, we distinguish—in view of those who carry out the mission and those to whom it is directed. Mission can mean:

1. Witness in the world
2. Missionary pastoral ministry
3. New evangelization
4. Evangelization
5. Ecumenism
6. Interreligious dialogue
7. Mission *ad gentes*
8. Mission *inter gentes*
9. Mission to the marginal (*allá-fronteras*)

All of these missionary activities together make up *the mission of the Church in the world*. They are the little stones that make up the mosaic of the universal

mission of the Church. Our mission is directed to all cultures, nations and social classes.

We could ask: Isn't that theme extremely broad? Does that breadth not lead us to forget our specific problems? Where is our Catholic identity, where the option for the poor, the defense of indigenous peoples? Where is the local church with its basic ecclesial communities? Where are the ministries, the laity, and ecumenical and interreligious dialogue?

At this moment it seems that I must show that the ecclesial riddles (*los rompecabezas eclesiales*) have their relevance. As Pope Benedict has said in his encyclical *Spe Salvi*:

The Kingdom of God is a gift, and precisely because of this, it is great and beautiful, and constitutes the response to our hope. And we cannot—to use the classical expression—‘merit’ heaven through our works. Heaven is always more than we could merit, just as being loved is never something ‘merited,’ but always a gift. However, even when we are fully aware that heaven far exceeds what we can merit, it will always be true that our behavior is not indifferent before God and therefore is not indifferent for the unfolding of history (*Spe Salvi*, 35).

The unmerited nature of heaven involves the grace of God, as gift, and our action as duty and response. The *General Directives for Evangelizing Activity of the Church in Brazil* of 2008 notes that the sensitivity of the missionary disciples to the specific questions of the particular reality of our churches

... does not exempt turning one's attention from the great questions which touch on all humanity. In a globalized world, in which actions and their consequences go beyond borders, it is impossible to close one's eyes to those aspects that involve ... in a special way those affected

by poverty, by marginalization, by violence and by persecution (par. 207).

The love of God and of neighbor are inseparable. It seems to me that my task is to weave that thread that takes into account a human world and missionary responsibility that is expanding, as is the cosmos itself.¹

Our Responsibility

The discussion of “missionary nature” arises within the Church, which affirms the necessity and permanent continuity of the missionary paradigm. After *Aparecida*, the Church again calls the baptized to take up their discipleship with a sense of urgency (*Aparecida*, 289, 368, 518). This missionary mobilization should not be considered something extraordinary, nor as the prerogative of one or the other local church or of certain pastoral fields or specific movements. Vatican II declares that the missionary nature forms part of her normal state and the reason for being Church: “The pilgrim Church is missionary by her very nature, since it is from the mission of the Son and the mission of the Holy Spirit that she draws her origin, in accordance with the decree of God the Father” (*Ad Gentes*, 2).

Since the Council, the Latin American magisterium has taken up this affirmation on various occasions (cf. *Santo Domingo*, 12, *Aparecida*, 347). The *Aparecida* conference, in the third part of its final text, dedicated to pastoral action, sketches a Church that lives “in a state of mission” (*Aparecida*, 213). In addition, the document *General Directives for the Evangelizing Activity of the Church in Brazil* 2008–2010 places in its central part the dream of missionary discipleship “in a Church in permanent state of mission” (cf. pars. 47–101).

What is meant by “missionary nature?” The understanding of the term “nature” has a long history, and here we understand it to mean that which is essential. Through their faith, Christians understand the world as

a divine creation that runs through (*atraviesa*) a natural order marked by rationality and meaning. Faith alerts us that the world, nature and humanity are wrapped in a “rupture” or “break” from its original rationality. They are marked by sin that no longer permits us, without the clarifications of revelation, to consider “nature” (*la naturaleza*) simply as good, rational and ethical.

The many affirmations of the “missionary nature” of the Church in recent documents do not allow the conclusion that this nature has been forgotten. It has been obscured, in various epochs and regions of the world, by the proximity of the Church to power. Power, whether it be an expression of colonial, imperial, dictatorial or even democratic regimes, has tried to transform mission into an ideology and to neutralize the presence of the Church with the poor, whose very existence indicts the violation of their rights and culture by the respective regimes.

According to Christian faith, its missionary origin and nature were revealed by Jesus Christ. Mission has its *origin* in the mission of the triune God (“the mission of God”) and its *aim* is the salvation of humankind: “That they may have life and have it in abundance” (Jn 10: 10). That mission is extended by the sending of the disciples by the risen Jesus in the Holy Spirit: “As you [Father] sent me into the world, I also have sent them into the world” (Jn 17: 18).

The identity of the historical Jesus with the risen Jesus is marked by the wounds in his hands and in the side opened by the lance. The Risen One “showed [the disciples] his hands and his side, and the disciples rejoice at having seen the Lord” (Jn 20: 20). Jesus of Nazareth, the one “sent from the Father” (Jn 20: 21), “assumed our entire human nature” (*Ad Gentes*, 3). The missionary nature of the Church finds its identity in that original sending of God and in the assuming of a human nature. The identity of Jesus before and after the resurrection points to the identity of the mission of the disciples and the missionary nature of the Church

which, according to Saint Paul, has as its kerygmatic nucleus the scandal and foolishness of Christ crucified (1 Cor 1: 23). Signs of poverty (*pobres señales*) mark the journey of the missionary community: emptiness, openness, division, interruption, the way, the cross, the Blood and the sacred host. The manger and the tomb are empty, the door of the cenacle is open, the genealogy of Jesus is interrupted by the Holy Spirit. The Church is servant, pilgrim, guest, instrument, sign.

Our Encounter

The pilgrim and missionary Church was founded on the feast of Pentecost, feast of the Law and of Sinai for the Jews and, for Christians, feast of the New Commandment, that is to say of a new ethics and practice. In this feast the disciples, men and women, were sent on mission in the unity of the Holy Spirit.

Starting with Pentecost, the Church community learned that its task is to form, call together and send servants of the kingdom and witnesses of the resurrection. The disciples were no longer captives of Jerusalem, of the Temple, or of Jewish tradition.

Then something unexpected happened: the destruction of Jerusalem by the Romans, in the year 70 C.E. Pentecost, the destruction of Jerusalem and the expulsion of Christians from the city mark the beginning of the universal mission of the Church, which from that time no longer has its own homeland or culture.

In the Holy Spirit the missionary community is sent to gather all the peoples and cultures into a great "net" (cf. Jn 21: 11) of solidarity, diversity and unity. From the sending forth are born Petrine communities that seek to put into context the utopia of the first day of the new creation. Mission is born from the communities. Mission is the heart of the Church. That heart has two movements, sending and gathering: sending to the periphery of the world and gathering from the richness of the periphery

for the liberation of the center. Under the sign of the reign of God, it proposes a world without periphery, without center.

But for whom is the missionary community intended? What is that “world?” Who is that “humanity” today, in the year 2010?

Our missionary optimism does not escape the reality of suffering and of the poor, victims of the five great crises of our planet earth, which are:

1. the crisis of the economic model,
2. the social crisis,
3. the ecological crisis,
4. the cultural crisis and
5. the democratic crisis.

The central problems of humanity that emerge from these multiple and connected crises, at this beginning of the twenty-first century, are the following:

a) The *economic polarization* of world society, in a cruel situation in which the person who is more human does not win, but rather the one who produces more cheaply. Growth and expansion turn into magic words, supported by technologies that are more and more sophisticated at supplanting workers.

b) The one who produces more cheaply is the one who subjects him/herself to conditions of arduous labor, which the machine and the computer have not managed to resolve. A pitiful wage accompanies hard work that is of short duration, without guarantee of social rights, of the education of children or of housing. The privileged target audience of the missionary *kerygma* are the poor, the poorly employed and the unemployed, the immigrants, and those who die before their time because they have no health system to care for them.

c) Irrational exploration is not only of concern to our brother/sister worker, indigenous or immigrant, but also to our sister *nature*. The devastation of our forests and biodiversity through a selfish predatory attitude,

involves the moral responsibility of those who promote it because they are jeopardizing the life of millions of people, and particularly the milieu of peasants and indigenous, who are pushed out toward hillside lands and into large cities where they live overcrowded in the encircling rings of poverty (*Aparecida*, 473).

d) The *cultural crisis* manifests itself on the one hand as a crisis of meaning and on the other, as *fundamentalism* with its ramifications in the great religions and in philosophical and political ideologies. The dissolution of the meaning of human history into a mere natural history and the affirmation that the only meaning is the *denial of the recognition* of the other and of different thought represent a permanent potential for war and violence.

e) After the waging of wars to plant democracy, today *liberal democracy* finds itself in a profound structural crisis in the confusion of powers (executive, legislative and judicial) and of ethics. Liberal democracy does not permit the satisfactory participation of the people, especially of the poor and the excluded. Those who hold economic power manage to reduce the state to a minimum, a state that does not interfere with their interests and that favors the elites. It is a state that does not manage to control the accumulation of capital in the hands of a few, nor control corruption nor the communications media that spread the ideology of "cost-benefit" as if it were the first commandment of a genuine ethical code.

f) *Justice* in our countries has been converted into a formal justice, slow and expensive, often enacted far from the places where injustices occur. It is a system of justice that often does not allow the poor, who are unfamiliar with legal procedures and who cannot afford to pay competent lawyers, to obtain their basic rights.

Our Commitment

The victims of the logic of expropriation and exclusion are not seeking technical solutions, but rather participation in the development of the proper missionary action of the Church, which could become an attempt at wider transformations. They ask us for signs of justice and reasons for hope. Our task as disciple-missionaries is to be pilgrim prophets who denounce and announce, who live by other values (sharing, solidarity, gratitude) and seek to point to another possible world, which for us would be born of the womb of the reign of God. Our dreams, our vision of the world and our hope have an impact on the whole world, because by means of that—dream, vision, hope—we are able, as the *Letter to Diognetus* puts it, to “preserve the world.” To strengthen our shoulders to take up this task, we must attend to our identity. There are four pillars that can help us to preserve the world of our missionary nature. We live that nature with a universal perspective, in the plural unity of the Holy Spirit, in gratitude and in hope *of* and *with* the poor.

A Universal Perspective

How does one translate the articles of faith, the signs of justice, the images of hope and the practices of solidarity for the interlocutors of the modern world? The context of mission has its theological foundation in the nearness of God throughout the span of the entire history of salvation and in following Jesus, who by virtue of the incarnation drew near to humanity (*Gaudium et Spes*, 22). The God of the history of Judeo-Christian salvation history is a God that is near God’s people. As Saint Irenaeus says, God is near each human person by means of his extended hands, which are the Son and the Holy Spirit.² The historical and contextual mediation of the project of God makes of history and context a sacrament of God’s presence. Mission inserted into the heart of history and of culture of each people “is an imperative

of following Jesus and is necessary to restore the disfigured face of the world" (*Santo Domingo*, 1992, 13b). The analogy between the incarnation of Jesus of Nazareth and the contextual nearness created for missiological reflection led to a debate regarding the paradigm of inculturation. With inculturation, the Church becomes "a more transparent sign" and "a more suitable instrument" (*Redemptoris Missio*, 52) for proclaiming the Gospel, not as an alternative to cultures but rather as their deepest fulfillment.

The aim of inculturation is liberation, and liberation in turn is necessary for inculturation. The paradigm of liberation, non-exclusion, therefore seeks the participation of all and the universality of justice, solidarity and love. The forces of liberation gain depth with rootedness in the context (*con su arraigamiento contextual*). The universality of the horizon of the causes of the kingdom can be understood as an alternative to the great discourses and projects that emerge from economic globalization (competition, cost-benefit, consumerism). The horizon of the kingdom is the articulate of multiple life projects that brings together a universal responsibility for humanity and for planet earth. The proclamation and universal practice of greater love and the proclamation of the kingdom as liberation "from slavery to corruption" (Rom 8: 21; cf. *Lumen Gentium*, 9), to be against the system, is for everyone.

Unity in Diversity

Vatican II allowed, by means of new topics such as local church, contextualization, insertion (inculturation), and dialogue, rethinking many assumptions about the universality of the Church. The unity of the mission is a unity in diversity of the Holy Spirit. The multiple responses of cultures are not an accident of the journey, but must be interpreted positively as participation in the creation of the world. And, in that world, peoples and individuals always defend their identity in contrast to

otherness.

Cultural pluralism has its unfolding in religious pluralism. The explicit awareness of religious liberty of Vatican II, by means of the declaration *Dignitatis Humanae*, is one of the presuppositions of mission. In the majority of churches and among the majority of the faithful there is a consensus that religious otherness is irreducible. And that otherness beckons us to interreligious dialogue. Dialogue, as an instrument of understanding, respect and peacefully living together, within any kind of pluralism, has "always a character of witness, from the greatest respect for the person and for the identity of the interlocutor" (*Puebla*, 1114).

Building unity means to bring down the "walls of separation" (cf. Eph 2: 14). "To announce the Good News to the poor" means to knock down one of the many walls of separation that society permitted to be built, not only between countries, but also within each state and each person. In telling the parable of the Good Samaritan (Lk 10: 25 ff.), Jesus, responding to the question about what is necessary to obtain eternal life, demolishes not only the ethnic wall between Samaritans and Jews, between mixed race and pure Jews, the clerical wall between priests and lay people, but also the wall between marginalized sect and official religion, between the just and sinners, between discourse and praxis, between truth and love.

Bringing down walls that are marked by the "corruption of sin," means to recover the image of God in the faces of human beings and free communication among those who are equal and different. In that process which links together the order of redemption to the order of creation, the historical and post-resurrection Jesus places himself at the side of the Samaritan, of the immigrant, of the leper, of the poor, of the other and of the sinner. Beginning with his ascension, he builds unity out of a humanity disabled in its contexts and in the boundaries of its worlds. Before the "suffering appear-

ances of Christ" in the appearances of humanity in "a situation of extreme poverty" (*Puebla*, 31 ff.), where the emptying of the incarnation and redemption assumes its historical and saving significance, all walls fall. It is good to remember that Jesus was not a bricklayer. He did not build walls. He was a carpenter, he built doors and windows.

Gratuitousness

In the competitive and excluding world, where everything is valued solely by its market price, mission is linked to the defeat of the kingdom of necessity (cost-benefit) and the recovery of an alternative space and non-market project of gratuitousness. The missionary community trusts in the attraction of its freely given witness. Its "marketing" affords propaganda and arms. Gratuitous spaces inherent to Christianity are spaces of resistance to the territorial spaces created by profit-making. Profit-making breaks down unity and privatizes. The market is not for all.

At Aparecida, the Church called itself the "house of the poor" (*Aparecida*, 524). Its space is an alternative, it is shaped by the gratuitousness of the cross of Jesus of Nazareth and of the paschal experience of his disciples. This gratuitousness of the cross is not the preface of the history of liberation and emancipation, but of its permanent axis: "love that is complete giving, as a solution for conflict, must be the 'radical' cultural axis of a new society" (*Aparecida*, 543). "In the generosity of missionaries the generosity of God is made manifest, in the gratuitousness of the apostles appears the gratuitousness of the Gospel" (*Aparecida*, 31).

The Church, "the house of the poor," is a poor Church. From the poor it receives the gift of gratuitousness and the nearness of the Holy Spirit, who is the "Father of the Poor" (Sequence of Pentecost) and the "protagonist of mission" (*Redemptoris Missio*, 21b).

In the processes of justice, the Church is not the

judge between the parties, but is “advocate of justice for the poor” (*Aparecida*, 395, 533). She is partial. She defends one party of the process. That is her “pneumatological” mission, to be “consoler,” “intercessor” and “advocate”: to introduce and represent the “Spirit of truth” (Jn 14: 17) who comes from the Father and gives witness before the “father of lies,” who disturbs the social order. The Holy Spirit is the Spirit of truth, not on account of some certain doctrine, a perfect law or a superior morality, but because in the Spirit occurs truth in the generation of life: in the practice of the new commandment and of greater justice in favor of the poor.

Since Vatican II, the Catholic Church set a guiding course for missionary activity that clarifies the deepest dimension of its missionary nature: the preferential option for the poor. That option is preferential because it must “permeate all our pastoral structures and priorities” (*Aparecida*, 396). The missionary nature has its origin in the *mission of God*, that is in the mission of the Incarnate Word, “who emptied himself and assumed the condition of a slave” (Phil 2: 7), and of the Holy Spirit, sent to the poor: “Everything having to do with Christ has to do with the poor, and everything connected to the poor cries out to Jesus Christ” (*Aparecida*, 393). In the Holy Spirit, the son of the carpenter was confirmed as the “beloved Son” on the occasion of his baptism in the Jordan. By the Spirit Jesus was led “into the desert, to prepare himself for his mission” (cf. Mk 1: 12 f; *Aparecida*, 149). In the Spirit Jesus was anointed Messiah “to bring good news to the poor” (Lk 4: 18). After his resurrection, Jesus sent the disciples to preach in the power of the Spirit, the Good News of the kingdom (cf. *Aparecida*, 276). All sending forth in mission comes from the Holy Spirit.

Forty-two years ago Pope Paul VI, who tried to transform the documents of Vatican II into pastoral reality, declared at the opening of the Second General

Conference of Bishops of Latin America in Medellín:

The Church has before her the vocation of the poverty of Christ . . . The indigence of the Church, with the decorous simplicity of its forms, is a witness of gospel fidelity; it is the condition, sometimes indispensable, for giving credit to its proper mission . . . it represents an exercise that strengthens the power of the mission of the apostle.

The structure of that Church of the poor is Trinitarian. The Church, "People of God," "Body of the Lord" and "Temple of the Holy Spirit" (*Lumen Gentium* 17), is born and reborn in the communities by the impetus of the Holy Spirit and "is built as the Church of God when it places in the center of its concerns not itself, but the kingdom that the Church announces as the liberation of all" (*General Directives for Evangelizing Activity of the Church in Brazil*, 1995, n. 64). In the Eucharistic memorial, the Christian community remembers the gratuitousness of salvation and makes real, in the memorial of the washing of feet, the reasons for her service, which is clothed in a logic that subverts relationships of domination (cf. Mk 10: 42 ff). To give thanks in the awareness of received liberation as gift and to serve in fulfillment of the new order ("among you let it be different!") are the organizing dimensions of her mission. The gift does not dispense human hard work and our efforts do not dispense grace: "Life is freely given by God, a gift and a task that we must safeguard . . ." (*Aparecida*, 464).

Gratuitousness impels us to institutional simplicity. Only light structures allow one to think about gratuitousness. Oppressive structures are very expensive. A Church on the way is a Church that is simple and transparent. To walk in the Spirit is to walk disarmed and lightly clothed. Authentic conversion and transformation produce simpler persons. Simplicity represents, moreover, a response to an ever more specialized com-

plexity in the world. "When I sent you without purse, bag or sandals, did you lack anything?" (Lk 22: 35).

Reasons for Our Hope

The discourses that dominate today affirm that there is no alternative to capitalism, that utopias no longer make sense and that history has arrived at its final point. They are discourses of self-salvation and despair directed against the poor. They generate pessimism and depression. Hope is born when the victims begin to talk, to act, to organize in their own interest. When disciple-missionaries make themselves present in the midst of the people they do not put themselves at center stage, they give up the advantages of their social class, they accompany the processes of organization, they help to drive out the sense of powerlessness and they try to transform alienating desires that hope for everything from the providence of God or from the promises of politicians into a historical hope.

Hope is a central message of biblical faith (cf. *Spe Salvi* 2). The message of the kingdom and of the resurrection of Jesus, which is the promise of definitive justice, is a promise to be fulfilled in the resurrection of the dead, when "all will live again in Christ" (1 Cor 15: 22). We believe in the Risen One and we announce his kingdom against a horizon of eschatological fullness, of "a new heaven and a new earth" (Rv 21: 1). The God I know is always the God who journeys ahead of us to meet us. He is the absolute future for humanity. Hope, which is the interior power of faith, permits trusting in the God who is always greater and in the future promised by him. By hope we are capable of understanding the "incognito" God, not as absence or abandonment, but as his way of being and as center of the world, in the faces of immigrants and refugees, of those who are far off and of those who live on the streets of the great cities, of farm workers and indigenous people without land and those

of African ancestry who fight for recognition in racist societies (cf. *Aparecida*, 58, 65, 72, 88ff, 402, 427, 439 454). The cry of those people reminds us daily of the presence of God and of human injustice, which dominates the world like a malignant cancer. God hears the cry of his people. He not only witnessed the suffering of his people, but also participated in that suffering. He is present in the cry of his people. God is the cry of the poor. God no longer suffers for us, but has compassion for us. And we can lay ourselves open to the suffering of others, because in them we experience the compassion of God.

Acknowledging God as the subject and author of the history of the mission relieves the burden of being missionary without taking away one's responsibility. He is the Good Shepherd of the disciple-missionaries. Thus, we must ask God not for this or that, but rather for the gift that is himself. Praying to God means praying for open ears, extended hands, a life of self-giving, and a prophetic voice that is never stilled.

God, who hears the cry of the poor, who is at the center of conflicts, sends us in mission. Prior to the sending is the gathering of the exodus. He calls us to come out of slavery. That slavery takes on multiple forms of servitude and submission. At the beginning of every form of servitude is the hijacking of the memory of the poor. The experience of the exodus and of the recovery of memory are fundamental for the missionary proclamation. Mission that proposes to announce good news to the poor must separate itself from the system that produces the suffering of the poor, and tries to break up the system and, in a positive way, recover the memory of the oppressed. God, who invites us to exodus, also puts an end to exile. Zechariah, ("The Lord is memory") the post-exilic prophet, promises to liberate "the captives of hope . . . from the cistern in which there is no water" (Zec 9: 11f.). The captives of hope will be irritants to a system based on exclusion, exploration and in the privileges of a few (cf. *Aparecida*, 62).

Whoever leaves his homeland, as did Abraham, or another land where one was enslaved, as did Moses, does not know where he is going. In the final instance hope is trust in God, it is utopia, a place that does not exist, an absolute promise. The first point of departure is in going out, in the exodus. Mission lives and proposes that exodus toward the direction of a new world that we welcome in the metaphor of the kingdom of God.

Hope gives us the reasons and the power to decide between a comfortable and complaisant present and the exodus toward a future that is unforeseeable and risky. Living in hope has its dangers and risks.

The systemic break does not depend on the Church but is feasible with the Church. Her significant acts—a sign of justice and an image of hope—run through all her daily tasks (formation, theology, catechesis, ministries, liturgies, pastoral care) and are connected to those areas that go beyond the ambit of the Church.

The Church, by means of her agents, is present in the diverse social movements that give credibility to the possibility of another world. Her mission is “to offer hope even in the worst of situations, because, if there is no hope for the poor, there will be no hope for anyone . . .” (*Aporecida*, 395).

We must come down to the level of people who are poor and wounded, in order to form leaders among them and in their struggles, where “Christ himself becomes pilgrim, and walks arisen among the poor” (*Aporecida*, 259).

The risen one is the one who was crucified. The cross does not belong to the prehistory of the struggles for liberation. It belongs to its permanent history. In that history we define steps, priorities and goals for “another possible world.”

Feeding the hope of the poor demands presence, vision and intervention of disciple-missionaries as social agents. The apostle Peter exhorts us to “always be ready to give reason for our hope . . . with mildness and

respect" (cf. 1 Pt 3: 15f.).

Yet we are not the ones who fashion something new, but this will not land at our feet without our participation. Nor can we predict the new world that we hope for. We take up with the poor, who are messengers of hope, the poverty of our knowledge with respect to the concrete form of the hoped for future. In any case, we know that the transformations that inspire hope begin:

with the **participation** of the poor-others
(*pobres-otros*) in the construction of this
world and of the Church,
with the **redistribution** of the goods accu-
mulated by the few,
with the **recognition** of the one who is dif-
ferent and
with **gratitude** lived by the missionary
community.

Acknowledging God as subject and author of the history of the mission relieves the burden of missionary activity, without exempting the Church of Latin America and the Caribbean from choosing among three possible courses of action:

To give in to fear and to bury all those tal-
ents that she has received (Mt 25: 14 ff.);
to insert herself in the capitalist system
and offer few reports;
or, to intervene with signs of justice in an
unjust world and scatter the seeds of the
kingdom.

The Church of *Aparecida* takes up this intervention and breaking up (*ruptura*) as service to the poor. She promised not only to be an advocate for the poor, but their house.

As "house of the poor," the Church will be the house of hope!

Erwin Kräutler, C.P.P.S., is the bishop of the prelacy of the Xingú in Brazil. A native of Austria, he has spent

nearly his entire priesthood in the Xingú and has been recognized for his courage in defending the rights of the indigenous people of the region and in seeking to protect the ecosystem of the Amazon region.

How Does our Spirituality Speak to the Present Reality?

Sonia Matos, ASC

Wednesday, January 13, 2010

We are here to reflect on the cries, sighs and challenges that come to us as we collaborate in preserving our common house. Our aim is to contribute to the transformation of our world into a home that is habitable, where life can encounter conditions essential for developing and growing strong.

We believe that spirituality is one of the fundamental elements necessary to preserve our common house. In this context, spirituality is part of the subsistence of the human race and of all creation.

Spirituality—life according to the Spirit—is crucial to the well-being of humanity and for the safety of the planet because it points to, illuminates and puts forward the heart of the matter: that all life is sustained in God and that God is present in everything.

As the psalmist writes:

When you hide your face, they are lost.
When you take away their breath, they perish
and return to the dust from which they came.

When you send forth your breath,
they are created, and you renew the face of the
earth (Ps 104: 27–30).

To live according to the Spirit—spirituality—means that one is open to the possibility of a change in lifestyle: to stop living motivated by the logic of domination, of accumulation of goods, of exploitation, of dissipation, of violence. It means to follow God's logic, the logic of love which becomes gift. The Spirit, who renews all things, creates relationships, establishes communion, creates unity in diversity, places in our hands care for life in all of its forms and dimensions.

Taking care of the common house as a defense and promotion of life implies a movement of decentralization and of centralization. There is the need to de-center ourselves from the human urge to dominate the earth and make use of her to satisfy our own needs. Then we need to center ourselves on the persons of the Trinity; in doing so we grow into a network of reciprocity and inclusion.

Until recently, it was thought that ethics alone would enforce the principles and rules of behavior to care for the common house, but we are now convinced that ethics alone are not capable of nurturing humankind's hope. A more profound motivation is needed, strong enough to build up a new culture with spirituality at its center, illuminating our ethical principles. Spirituality should reflect on, promote and sustain the content of culture.

Ethical formation can become more meaningful if, sustained by a cosmic spirituality, it gives rise to an *ethos* instead of a simple code of conduct. (*Ethos* is a Greek word meaning "a place to live," and could be translated or defined as "disposition," "character" or the "fundamental values of a person, people or movement." The word *ethikos* has the same root and means "theory of living." It is the root of the word *ethics*.)

We need a more profound and existential motivation that is able to touch the entire person and not only

reason or behavior. Reason and knowledge alone are not enough. There are other forces that, working together with the human intellect, can significantly decide the direction and destiny of the world.

Caring for the common house, beginning with the defense and promotion of life, as part of the Trinitarian mission, means to recognize that we are creatures and not the creator. Therefore, we must seek to live as the image of God as revealed to us by Jesus. This will help us be aware of the processes going on all through history that have disfigured and that continue to disfigure the image of God and that have justified the practices of exclusion and have determined a certain (defective) spirituality.

The Image of God

In this reflection we hope we can conceive of an image of God as relationship. This can lead us to just and inclusive relations. But the image of God can also be used to justify relations that are exclusive, dominant and rely on force. This happened with the image of God presented by the process of colonization, by rationalism, by the enlightenment, and by anthropocentrism. How many lives were cut short (*sesgadas*) in the name of God! How many persons were marginalized? We have only to think of the indigenous people, the slaves, women and nature itself!

A spirituality founded in the Trinity and in history cannot ignore the temptation to take the place of God. It should therefore contribute to ensuring that God might be God. (*Debe . . . colaborar para que Dios sea Dios*).

Colonization

We cannot ignore the process of colonization in Latin America that has influenced (and not only a little) our concept of the image of God. This is true not only in the past, but still today, especially as it relates to the care of the earth.

The image of God that was constructed and handed on from the time of colonization has a great deal to do with how we take care of the common house today. For that very reason, one of the cries we hear now—both on the part of some people as well as from the entire planet—is a result of actions that were based on a distorted, manipulated image of God and by a spirituality that created dysfunctional relationships.

The context of colonialism is characterized by the union of faith and political power. The practice of catechesis was part of a set of resources created to favor the effectiveness of the economic interests of a dominating society. The content of catechesis followed Christian doctrine, based on its dogmas, moral principles and spirituality. All were working in order to allow the grace of God to reign in the world. There was the belief that the world was from and of God; the pope and all kings had as their first mission the evangelization to advance the reign of God. In this sense it was necessary to announce the word of salvation to all who had no knowledge of God, to free them from the control of Satan.

The Christian vision of man and woman, of society and the cosmos, was not questioned because the state of equilibrium found support in the unity of faith. It was necessary to announce the word of God to all who still did not know it, to free people from the spirit of evil, and it was at the same time a social necessity. Thus, conversion by submission was the formula that was practiced and this brought faith and the interest of the empire to the colonized land. The relationship with indigenous people was defined by the necessities of the colonists and faith served as a social amalgam. For the colonizers it was necessary to convert the natural world in which the indigenous people were living into a world of reason.

The colonists (with the exception of some, notably Bartolomeo de las Casas, Antonio de Montesinos, Pedro de Córdoba, Padre Vieira and some others) were not able to perceive the presence of the living God within the

indigenous people and the slaves, because they saw the new continent through the lens of production and prejudice. They were not able to understand the depth of indigenous wisdom, the theological dimensions of their beliefs, their way of relating with nature and the advances of civilization of the native communities in villages.

Nature was seen as resource, as a means to accomplish an end. Likewise, man and woman were seen as the center of the world. The image and likeness of God becomes that of the *all powerful*.

At the beginning of the occupation, exploration and colonization of Brazil by the Portuguese, this was the perspective that permitted the destruction of nature and the indigenous people: they were not considered to have souls. Latin America as a whole always was marked as a geography of cultural and physical domination. With the rise of capitalism, the tendency of exploration and submission of the land was brought to its natural consequence. Natural goods became objects of conflict and humans were treated as objects.

In consequence the process of colonization, which deeply marked the states of Latin America in the period of colonization, continues to present itself with a new wardrobe but with the same mode of action: the colonization of the land, the rivers, the forests, the human person (above all the female body). This appears to be a colonization of life itself by means of a model of social, political, economic and scientific development that western society consecrated as the only model.

The final document of Aparecida conference, beyond alerting us to this danger, calls us to be responsible and indicates a spiritual way, a prophetic way:

In Latin America and the Caribbean, awareness is growing of nature as a free legacy that we receive to protect, as a precious space for shared human life and as careful responsibility of

human stewardship for the good of all. This legacy often proves to be weak and defenseless against economic and technological powers. Hence, as prophets of life we want to insist that the interests of economic groups that irrationally demolish sources of life are not to prevail in dealing with natural resources, at the cost of whole nations and of humankind itself (*Aparecida*, 471).

And further:

Today the natural wealth of Latin America and the Caribbean is being subjected to an irrational exploitation that is leaving ruin and even death in its wake, throughout our region. A great deal of responsibility in this entire process must be attributed to the current economic model which prizes unfettered pursuit of riches over the life of individual persons and peoples and rational respect for nature (*Aparecida*, 473).

As prophets of life we believe that to take care of the common house we must draw near once again to the God of life, of the fullness of life: "I have come that they may have life, and have it in abundance" (Jn 10: 10). This is about living a prophetic spirituality, which permits one to walk with Jesus on paths that are dangerous and uncertain, in order to promote life, life in abundance.

Rationalized and Made Anthropocentric

Beyond the process of colonization there are other factors, in some ways interconnected, that contribute to hiding the image of God revealed by Jesus Christ and that justify a practice of exclusion, discrimination and distancing from God. We speak here of exaggerated rationalism, the enlightenment and anthropocentrism, which isolate the person from other creatures and in many cases elevate humans to a superior position.

For many years we were influenced by the ethics of Aristotle, who taught that reason is the way to happiness. Descartes, following the Augustinian tradition, put the thinking subject at the center of all. (I think, therefore I am!) The enlightenment gave additional force to the view that the thinking, rational human being is all that counts in existence.

This vision went on to strengthen the idea that the image of God present in every person could be identified only in his or her rationality and that through reason the world could be united with God. The way of prayer and celebration was to be determined by rationality, setting aside all dimensions of the body and of the elements of the natural world. As an example, the Eucharist became simply a memory of the sacrifice of Christ and an instrument of grace to sustain the *soul*. The *cosmic dimension* disappears from our liturgy, as well as the dimension of the body.

We cannot forget that it is through our bodies that we as humans realize we are integrated in a special way with other bodies and energies, with all forms of life. Spirituality is reflected in this process of cosmic integration.

With the advance of modernity there occurs, throughout the centuries, a movement from cosmocentrism or an exaggerated theocentrism. The vision of anthropocentrism breaks with the notion of a cosmic community that leads to a life in harmony and solidarity between man/woman and all other beings according to interdependent relationships present in the whole: all beings have the same origin and the same destiny.

To put the human being at the center of all global events, to make the human being the criterion and lord of nature, comes from an erroneous interpretation of the care entrusted to human beings (Gn 1: 28) and God is relegated to a secondary place. The logic of an anthropocentric rationalism leads men and women to assume a position of power and exploitation in their relationship

with nature: nature exists exclusively for the benefit of human beings. It is a culture constructed according to a paradigm of power and of the domination of men and women, gifted with reason, over nature, and over people considered as belonging to nature, for example, members of traditional indigenous societies.

This view disfigured the identity of men and women. Instead of considering humans as part of creation and subject to the mission of caring for, protecting and relating the human person with creation and its Creator, it holds them up as superior.

The “superiority” of human beings to other creatures does not consist in the reason they possess. Rather, they are superior in their capacity for creating events of communion, through which individuals are freed from the temptation to be self-centered and are in relationship to God.

Weaving the Threads of Faith, Hope and Love

Christian faith walks side by side with hope and love. We believe that God created the world through love, and did not abandon in the act of creation. For that reason, there is hope for its continued existence.

When we profess that we are not owners of creation and instead that it belongs to God, we accept that creation, when it is in relationship with God, belongs to God and passes through a process in which it liberates itself from all limits in order to be a bearer of life and therefore of hope.

We believe that man and woman, realizing their mission of unifying creature with the Creator, are collaborating with Jesus in his creation by means of the activity of the Holy Spirit. Thus, creation acquires in a certain way a sacred status that is not part of its own nature but is acquired by means of the practice of men and women truly imaging God. This is a dogma of faith and thus we believe that it involves an *ethos* that is so necessary for the world. It is an *ethos*, not only an ethic.

It is not a program but an attitude, a spirituality and not a mentality.

A spiritual path based on faith, hope and love helps us to understand our mission of taking care of and preserving our common house as we participate in the mission of the Creator. At the same time this sustains man and woman as *part* of the world but also as a point of *union* between the world and God, so that the world itself might be transfigured and regenerated.

This spirituality can help us eliminate the dichotomy between the natural and supernatural, considering nature and creation as the only existing reality that comes from God and is offered to him. It is a process in which God no longer is considered distant from nature and who, in the person of the Son, “pitched his tent among us” (Jn 1: 14). The person of Jesus is the hope of the world: hope that man/woman and the entire cosmos will find their integrity in communion with the Triune God in God’s wholeness.

The Way of Peace

A spiritual way that can be significant in caring for the common house has its roots in peace: *shalom* in the Old Testament or *eirene* in the New Testament. Both are references to the personal and social wellness of every person. The Old Testament uses the expression *shalom* to indicate a reality that is a gift from God; it means integrated and abundant life. It is an expression of mercy, justice and fidelity of God in his bond or alliance. It is an integral part of the blessing of God. It is a gift that transforms into blessing all who receive it. Anyone who receives *shalom* has to be a blessing for other persons, establishing relationships of dignity and justice between people and between people and God. It is a dynamic gift, a gift that transforms and that can be inserted in the process of transformation or construction of a culture of peace.

In the New Testament *eirene* is connected to the global and definitive gift given by God to humanity in his Son, Jesus Christ. Jesus is the Lord of peace, the one who grants peace: “Daughter, your faith has healed you. Go in peace and be freed from your suffering” (Mk 5: 34). “Your faith has saved you; go in peace” (Lk 7: 50).

Peace is the great theme that surrounds the whole life of Jesus, from the annunciation of the angels in Bethlehem (Lk 2: 14) until the final entrance into Jerusalem (Lk 19: 38). Peace is the gift that Jesus offers to sick people (Mk 5: 24), to sinners (Lk 7: 50), to the disciples after the resurrection (Lk 24: 36). Peace is salvation and complete reconciliation with God (Rom 5: 10; 2 Cor 5: 18; Col 1: 20–22) and between persons (Eph 2: 14–16). It is his “peace, not like the peace the world gives” (Jn 14: 27); it is peace “in him” (Jn 16: 33). It is a cordial invitation to receive the person of Jesus “that the peace of Christ reign in your hearts” (Col 3: 15). “And the peace of God, which is beyond all understanding, will keep your hearts and your minds in Christ Jesus” (Phil 4: 7).

The way indicated by Jesus to reach peace passes through nonviolence (Mt 5: 21–22; 38–41, 44; 26: 51–52; Lk 23: 24), for the transformation of relationships of power, in order to take on the logic of making oneself servant (Lk 22: 24–27), washing the feet of one’s brothers and sisters (Jn 13: 13). It is the logic of the crucified Christ (1 Cor 1: 23–24).

Peace—*shalom*, *eirene*—is the opposite of all proposals that create and sustain mechanisms of death, created by means of domination, exploitation, exclusion and so forth. For this reason a spirituality that sinks its roots in the experience of peace is able to promote and sustain a culture of peace. This spirituality will need to shed light on the causes of conflicts, of that which divides and separates. It will have to construct cultural process that will help to reestablish that order of things that the Son of God has come to establish with his Blood.

A Spirituality of Relationships

An ecological/cosmic spirituality assumes more and more an important place in our lives. It helps us to think and live our lives in an expanding network of relationships, in a universal eco-system where God is present as the font of life and communion.

It is the Spirit Creator who changes diversity into communion and awakens our consciences to responsible care of the common house, care not only of the human species but for all living beings. That is why the groanings of creation (Rom 8: 18–23) will find room in our hearts, because they point to our responsibility as God's creatures.

The fruitfulness of the Spirit blossoms in new life and a new and dynamic style of life, which is inclusive and relational and helps us go beyond unilateral relationships to establish relationships of reciprocity and interdependence in whose center is the Creator in covenant with all his creatures.

Conclusion

I would like to conclude with the words of Leonardo Boff, who affirms:

If God is communion and relation then everything in the universe lives in relation with everything and all are in communion with all in all aspects and at all moments . . . Everything has its foundation in the sacrament of the Holy Trinity. In a direct way of speaking, which has its source in a practical life of faith and not in doctrines, we can say the Holy Trinity is like this: God is above us and we call our source of origin Father. God is at our side and lives as our brother. We call him Son. God is inside of us and reveals himself through enthusiasm. We call him Holy Spirit. He is one God-communion-love.

Sonia Matos, ASC, is an Adorer of the Blood of Christ from Brazil. She is currently serving as a general councilor of the Adorers in Rome.

Our Missionary Commitment and Responsibility in the Light of the Spirituality of the Blood

Barry Fischer, C.PP.S.

Thursday, January 14, 2010

Introduction

When asked to prepare a presentation for this symposium I gave serious thought to the invitation before accepting with fear and trepidation. Over the years, I have often mentioned in conferences that it is important that we develop our reflections on the care of nature from the perspective of Precious Blood spirituality. But I had never before developed a conference on the theme. I accepted the invitation as a challenge to grow in my own understanding and commitment as a Missionary of the Precious Blood.

My reflection and study as I prepared this theme was done amidst the awesome beauty of Austria where I presently live. Natural beauty abounds. We live surrounded by majestic mountains, rolling hills, rich farmlands and flowers everywhere! In Bavaria in Southern Germany, in Austria, Liechtenstein and Switzerland, flowers seem to be an integral part of the culture. Beautiful gardens, flower boxes on the windowsills and balconies of homes are tended to with loving care and

add to the natural beauty. It is said that St. Francis of Assisi wanted a particularly beautiful flowerbed planted in the garden of all his convents, so that at all times people would be moved by the sight of flowers to praise God.

But my extensive travels as moderator general also took me to the arid areas of central Tanzania where people at times have to dig with their hands in order to find water. And I have been to La Oroya, Peru, where the mountains are bare and colored a sickly grayish-white as the result of so many years of serious contamination.

All of this is a clear reminder of the differences which exist between the haves and the have-nots, between those who take for granted the abundance of natural resources and the beauty of God's creation, and those who from the day they were born were never even able to drink clear, uncontaminated water, as I witnessed in my time of ministry in Guatemala, where even today the first cause of death among children and adults is dysentery.

I do not pretend to be an expert on ecology or environmental issues and I do not intend to enter into the technical questions involved in this important topic. Politicians, specialists, and others with more knowledge and expertise can present the facts, the statistics, and share their first-hand experiences.

Rather, I will reflect on our commitment and missionary responsibility within the framework of our spirituality, especially focusing on the blood of the covenant and reconciliation and as Eucharistic communities.

The Call of the Precious Blood

Living our Covenant Commitment

One of the fundamental themes of the spirituality of the Blood of Christ is that of covenant. Covenant relationships defined the world in which the Israelite people lived. The covenant bond between God and a people became the symbol of proper relationships. Biblical

justice demands fidelity to all our covenant relationships: to God, to humans, and to the earth.

The jubilee year prescribed in the Old Testament (cf. Lv 25: 23–55) was a special time to celebrate God's presence and sovereignty over all things. Deeply rooted in the covenant commitment, it was a time for restoring the fabric of human relationships and for restoring community. It was a time of reconciliation. Social unbalances in the agricultural and urban society were corrected. Slaves were freed and monetary debts were canceled. The lands were to lay fallow and lands which were alienated were restored to their respective owners.

In Hebrew society material goods were often accumulated in the hands of the few and because of this unbalance, people were compelled to sell themselves in order to survive, at least physically. The law of the jubilee year denounced this social injustice and sought to correct the evil of accumulation of the sources of production and of wealth by the few privileged ones, a situation often denounced by the prophets.

In the same chapter of Leviticus we read of an important character in the social structure of Hebrew society: the *go'el*. His significance and meaning are understood within the context of the covenant. In Hebrew society the clan was a factor of unity and defense of peoples and families. One of the most beautiful expressions of the family unity and obligations toward one another is found in the *law of go'el*. In the case of illness, plagues, poor harvests or other disasters, families and individuals were helped by the *go'el*. He was the protector and defender of the clan, at a time in history when the family ceased to be a place of welcome and sharing, and became instead an object of exclusion and the marginalization of the weakest. The *go'el* would be brother, a paternal uncle, the brother-in-law, or some other blood relative. For the Israelites to defend the clan was the same as defending the covenant.

The concept of the *go'el* was eventually applied to the kings in the service of their people and to Yahweh. We read in Jer. 50: 34:

Thus says the Lord of hosts: Oppressed are the men of Israel, and with them the men of Judah; all their captors hold them fast and refuse to let them go. Strong is their avenger, whose name is the Lord of hosts; He will defend their cause with success, and give rest to the earth, but unrest to those who live in Babylon.

The religious foundation for these social laws is found in the concept that material goods, according to divine order, are given equally for all peoples. The land, in particular, is recognized as God's property. It is an inalienable good that no one can take away especially since it was entrusted to the Israelites as a result of the covenant.

Jesus as Go'el

As time passed this concept of *go'el* was projected into the Hebrew's notion of the Messiah as the one who would come to defend and to rescue the poor and down-trodden and to liberate the people. Eventually, Jesus is seen in this light. One of the oldest titles which the first Christians used to interpret the service which Jesus gave to His people, was that of *defender (go'el)*, that is, savior, redeemer, liberator, advocate, close relative, elder brother. He was the close relative who came to help his brothers and sisters so that they might live once again in harmony. He came to restore community living in the way that God intended it when he called the slaves from Egypt and formed them into a covenant people. Within this context we understand Jesus' option for the poor and the marginalized and his preaching of the reign of God in which no one was to be excluded and all were invited to sit at the banquet table of life. Clearly Jesus positions himself as the great *go'el* of the poor and needy.

He calls all of his disciples to continue this mission, promoting the communion of the table where no one is excluded.

Our world has strayed far from the notion of biblical covenant. We live in a society of rampart individualism. As the free market economy makes a firm foothold in societies around the world, the traditional family values often give way to the individualistic and egoistic race toward acquiring more and more riches and material possessions. Consequently, family, sharing, hospitality, and community all suffer. There is a new kind of bonding going on. It is the bonding to the false god of consumerism and material goods. When people worship these false gods, then the bonds that connect us to one another in community also break down. In this type of society, some people and nations become richer and richer, while the majority grow poorer and poorer and are increasingly marginalized. And our earth is mercilessly stripped bare and raped, her natural resources depleted senselessly due to greed and the lust for more and more material goods. *Carpe diem* seems to be the rule, without thinking of future generations and their basic needs. "Eat, drink and be merry; who cares about tomorrow?"

The situation of the Old Testament repeats itself. Who will be the voice of the voiceless? Who will defend the weakest members of society? Who will raise his or her voice to protest the injustices and inequalities of society today? Who will defend the rights of the excluded ones? Who will raise the consciousness of the people of the world toward the plight of the poor and the down-trodden? The question posed in Genesis, "Am I my brother's and sister's keeper?" rings in our ears. We might add to that question: "Am I my earth's keeper?" Our answer is a definitive and resounding, "Yes, I am!"

Good Stewardship

We know ourselves as intimately connected with all creation. We belong. We recognize our interconnectedness. God created the earth and entrusted its care to us.

We have seriously neglected this important responsibility. We now need to assume our responsibility and to restore a more proper relationship with our environment, so that all human beings have the opportunity to live in dignity.

The Church's commitment to address the issue of the care of nature began to emerge during the papacy of John Paul II. However, it is Pope Benedict XVI who is now being called by some "the green pope" as he becomes increasingly vocal about ecological and environmental issues.

In *Caritas in Veritate* (*Love in Truth*), Pope Benedict writes, "the environment is God's gift to everyone, and in our use of it, we have a responsibility toward the poor, toward future generations and toward humanity as a whole" (par. 48). And he calls us to solidarity when he says, "Today the great gift of God's creation is exposed to serious dangers and lifestyles which can degrade it. Environmental pollution is making particularly unsustainable the lives of the poor of the world . . . we must pledge ourselves to take care of creation and to share its resources in solidarity" (*Angelus*, August 27, 2006).

And not only does he speak about the issue, but he acts upon it in concrete ways. To give but one example: He has replaced the cement roof tiles of the Paul VI auditorium with 2,400 solar panels that convert sunlight into some 300,000 kilowatt-hours of power each year, which is equivalent to the needs of about one hundred families. The cells generate energy to light, heat, and cool the 6000 seat hall. Another green project presently under consideration is the installation of small wind-mills as well as water treatment plants to break down water-waste products. In this case, the Holy Father not only talks the talk, but walks the walk.

As persons who live and minister under the banner of the Blood of Christ, we are called to witness to, to promote and to defend fidelity to all the relationships and responsibilities that stem from our covenant with God in

Christ. As agents of reconciliation we struggle to build proper relationships with God, with one another, and with all of creation. We could describe our mission as that of being guardians and keepers of the covenant. We see other creatures of earth as our kin, as radically interconnected with us in one earth community of life before God.

The Church has a responsibility toward creation and she must assert this responsibility in the public sphere. In so doing, she must defend earth, water and air as gifts of creation that belong to everyone. She must above all protect humankind from self-destruction. There is need for what might be called a human ecology, correctly understood. The ecological system is based on respect for a plan that affects both the health of society and its good relationship with nature. Once again, I quote Pope Benedict: "Before it is too late, it is necessary to make courageous decisions that can recreate a strong alliance between humankind and the earth. A decisive yes is needed to protect creation and also a strong commitment to reverse those trends which risk leading to irreversibly degrading situations" (homily given in Loreto, Italy, September 2, 2007).

The Cry of the Blood

We often speak of "the cry of the blood." This has become an accepted way to connect our spirituality to everyday realities. Here I would just emphasize that this cry can be heard not only from the poor and needy whose cry was taken up by Jesus when he was elevated on the cross, but also in the cry of mother earth. It is a cry that Pope John Paul II exhorted us to make our own in *Evangelium Vitae* (par. 25). He makes a passionate plea for all Christians to make the blood of today's victims heard and to respond in compassionate solidarity as we build a "culture of life" and a civilization of justice and love. The cry of the blood is a soul-piercing appeal that conveys what God expects of us: a justice that reflects

God's own fidelity and special care for the helpless and hopeless. We, as peoples marked by the Blood of Christ, are particularly sensitive to this cry and to the appeal of the Holy Father.

As one author puts it,

We Christians will be a voice for the voiceless, for the sake of all creatures of nature who have no voice in human affairs. We will listen to the plaintive cries of the great whales and hear the groaning of the rain forests, and we will be their advocates in the village squares and in the courts of power, by the grace of God. All the more will we hear the bitter wailing of the little children who live on the trash mountains of this world and who wear clothes that have been washed in streams overflowing with heinous poisons and who sometimes drink these very waters (Santmire, *Nature Reborn*, pp. 119–120).

Our commitment to the poor and to the well-being of life on this planet must go together as two interrelated dimensions of the one Christian vocation. Ecological conversion is not opposed to, but intimately involved with conversion to the side of the poor. Pope Benedict XVI in *Caritas in Veritate* states that, "Every violation of solidarity and civic friendship harms the environment, just as environmental deterioration in turn upsets relations in society. Nature, especially in our time, is so integrated into the dynamics of society and culture that by now it hardly constitutes an independent variable" (#51). The Pope emphasizes that environmental degradation makes the lives of the poor especially unbearable. The poor are disproportionately affected when natural resources are squandered and the environment plundered. And the poor are often the first victims and those most affected by natural disasters (such as that caused by Hurricane Katrina in New Orleans) because they often lack the ability to get out of the path of the disas-

ter as well as the resources to build up afterward.

In his post-synodal apostolic exhortation, *Sacramentum Caritatis*, Pope Benedict XVI speaks in various sections about the intrinsic relationship between the Eucharist and mission. He states:

Precisely because of the mystery we celebrate, we must denounce situations contrary to human dignity, since Christ shed his blood for all, and at the same time affirm the inestimable value of each individual person.

We cannot remain passive before certain processes of globalization which not infrequently increase the gap between the rich and the poor worldwide. We must denounce those who squander the earth's riches, provoking inequalities that cry out to heaven (par. 89–90).

We recall that Christ's mission was one of "giving us abundant life" and not just for some, but for all. The concept of "universal destination of goods" means that the world and all its bounty has been created for the good of all human beings. As *go'els* we need to constantly promote the proper use of and destination of the world's goods, so that all can find a place at the table of bounty.

Reconciling All Things

The dominion granted to man and woman by the Creator (cf. Gn 1: 27–31) was not an absolute power to use and misuse, or to dispose of things as one pleases. As stewards of the covenant we have been entrusted with the mission to protect, defend, and promote the proper care of nature and our relationship with her (cf. Gn 2: 15). Because of our carelessness and lack of responsibility, the perfect harmony of humanity and the rest of creation was ruptured.

When reflecting on the blood of reconciliation, we often speak of the need to heal the wounds which we

have received during our life journey or the wounds which we have inflicted upon others. These wounds are purified and healed in the Blood of Christ who took upon himself our woundedness so as to heal and redeem. In this light and from the point of view of our mission to be persons of reconciliation in all its dimensions, we also recognize “the scars which mark the surface of our earth: erosion, deforestation, the squandering of the world’s mineral and ocean resources in order to fuel an insatiable consumption” (Pope Benedict XVI in Australia, Welcoming Celebration, July 17, 2008).

Such use and misuse of the land is not limited to small, isolated areas and it is not something which only happens now. Some scientists today would explain the collapse of the highly developed civilization of the Mayans, which extended over parts of what is now Mexico and Central America, as due to over-exploitation of natural resources, in particular of the rainforest, a human-created disaster that certainly at least contributed to the decline and eventual fall of the culture.

We are all familiar with images of Easter Island, 2000 miles west of Chile in the middle of the Pacific Ocean. According to scientists, originally the island was a subtropical paradise, covered with trees and home to innumerable species of animals, but deforestation destroyed practically the entire ecosystem, leaving it now a desolate area.

I have often spoken of our need to not only hear the cry of the blood and to respond to the call we discover therein, but also of the necessity to be obedient to that cry/call if we are to be faithful to our vocation. Pope Benedict speaks of “this obedience to the voice of the earth (the inner laws of creation) . . . that speaks to us and we must listen if we want to survive and decipher the message of the earth.” (Remarks at a gathering of priests, deacons and seminarians, Lorenzago di Cadore, Italy, July 26, 2007.)

St. Paul wrote to the Romans: “For creation waits with eager longing for the revealing of the children of

God" (8: 19). And in Colossians we read: "God reconciled all things whether in heaven or on earth by making peace through the Blood of the cross" (1: 19–20, 23). In Paul's vision, all the cosmos is good, God-given, and despite the rebellion of the powers within it, it has been reconciled to its maker and a new creation has been born, and must now be implemented. We are called to be partners in that process of reconciliation and birthing.

The Eucharist and Care of Creation

The Eucharist is central to living a spirituality of the Blood. It is the well-spring from which that spirituality is nurtured and flows. It is around the table of fellowship where we celebrate our condition as a covenant people. It is there that our relationships are restored with God and with one another. But often one crucial, important relationship is left out. We reorient our lives to God, self, and to others, but often we do not restore our relationship to nature. David Rhoads in a reflection on "Worshipping in Relationship with Nature" recalls that:

If we are out of sorts with the rest of nature, if we are displaced from harmony with the rest of creation of which we are such an integral part, if we are sinning against the natural world from which we ourselves have emerged, then we cannot fully find our bearings or our place. If God created the world as a place in relation to which human life is inextricably woven, then we need to make all of the natural world an integral part of our worshipping experience.

Every Mass creates an event of communion and connectedness. Every Eucharist has a cosmic character in which those celebrating encounter the Word in whom all creation is lifted up. Creation is a precious gift God has placed in our hands. Because of the sacredness of all which God has made, caring for creation is a form of wor-

ship. When we worship, we lay our broken beings and the wounded world before the merciful God who gives renewal in resurrection.

Jesus Christ recapitulates not only the human race, but the whole of creation. The Son of God became incarnate in order to restore all creation, in one supreme act of praise . . . Truly this is the *mysterium fidei* which is accomplished in the Eucharist: the world which came forth from the hands of God the Creator now returns back to the Creator redeemed by Christ (*Ecclesia de Eucharistia*, 8).

In October, 2005 I participated in the synod of bishops which treated the theme of the Eucharist. I was one of the ten superiors general elected to represent religious life. As such we were but a token presence among the 240 bishops from around the world. Some of our work during those three weeks was done in smaller working groups. I was happily placed in one of the Spanish-speaking groups. And in that group I sat next to the archbishop of Huancayo (Peru), Mons. Pedro Barreto, S.J. When he gave his six-minute presentation on the synod floor he related the Eucharist with the care of creation.

He said,

The Eucharist, being the summit to which all creation tends, is also the response to the concern of the contemporary world for ecological equilibrium. As 'fruit of the earth,' the bread and wine represent creation entrusted to us by our Creator. For this reason the Eucharist has a direct relationship with the life and hope of humanity and must be a constant concern of the Church and a sign of Eucharistic authenticity. Not only human persons, but the entire creation . . . hopes for the recapitulation of all things, even those of the earth, in Christ.

Further on he continued:

The Eucharist commits us to work so that the

bread and wine are fruit of the fertile earth, pure and uncontaminated. Faith in the risen Christ makes the Eucharist 'a project of solidarity' for sharing our goods with the poorest and living Eucharistic spirituality in the Church.

In the post-synodal apostolic exhortation *Sacramentum Caritatis*, Pope Benedict writes:

To develop a profound Eucharistic spirituality that is also capable of significantly affecting the fabric of society, the Christian people, in giving thanks to God through the Eucharist, should be conscious that they do so in the name of all creation, aspiring to the sanctification of the world and working intensely to that end. . . . This Eucharistic form of life can thus help foster a real change in the way we approach history and the world. The liturgy itself teaches us this, when, during the presentation of the gifts, the priest raises to God a prayer of blessing and petition over the bread and wine, 'fruit of the earth,' and 'work of human hands.' With these words, the rite not only includes in our offering to God all human efforts and activity, but also leads us to see the world as God's creation, which brings forth everything we need for our sustenance. The world is not some indifferent, raw material to be utilized simply as we see fit. Rather, it is part of God's good plan in which all of us are called to be sons and daughters in the one Son of God, Jesus Christ (cf. Eph 1: 4–12). The justified concern about threats to the environment present in so many parts of the world is reinforced by Christian hope, which commits us to working responsibly for the protection of creation. The relationship between the Eucharist and the cosmos helps us to see the unity of God's plan and to grasp the profound

relationship between creation and the ‘new creation’ inaugurated in the resurrection of Christ, the new Adam . . . Our Christian life, nourished by the Eucharist, gives us a glimpse of that new world—new heavens and a new earth—where the new Jerusalem comes down from heaven, from God, ‘prepared as a bride adorned for her husband’ (Rv 21: 2) (#92).

Some Practical Suggestions

After speaking of the theological foundations for our commitment to the stewardship of nature, especially emphasizing their roots in the spirituality of covenant and reconciliation, I will now suggest some practical ways that we can live our commitment to care for God’s house.

The Eucharist

I begin with the celebration of the Eucharist, which is so central to our Christian faith and to the spirituality of the Blood of Christ.

There is a relationship between our care of creation and our worship. The challenge is to be intentional in making the connections between our caring and our worship, and to find liturgical ways to express that relationship. Worship can be a time to increase our awareness of the world around us, to increase our appreciation of the sacredness of creation, and to deepen our desire to treat it with dignity and respect.

To celebrate the Eucharist is to identify oneself with Christ in the heart of the world and to commit oneself, to silence the cry of creation, wounded and claiming its dignity.

❖Celebrating the Ecological Dimensions of the Eucharist:

David Rhoads in an article on “Worshipping in

Relationship with Nature” gives many practical suggestions as to how to incorporate the care for creation in our worship services: through the hymns we use; in the penitential rite in which we can incorporate how we have sinned against creation; through the use of Scripture and in preaching; through prayers of petition in which our concerns and longings for creation to thrive are voiced; through prayers and psalms of thanksgiving, to mention some of the possible places where our concerns and hopes can be expressed. Once again, it is about helping the people to relate what they are celebrating in Church with life and creation and to bring them to a commitment to be good stewards.

❖ *Liturgical Seasons*

He likewise speaks of how the different seasons of the liturgical year can be seen in the light of the care of creation:

Advent: Creation itself groans along with us as we await redemption and the restoration of all of life (cf. Rom 8: 18–23). It is a time to repent in preparation for a new age. The Advent readings from Isaiah recall the idyllic myth as symbolic of the reign of God in the new creation for which we long, where justice and mercy will prevail, and where the earth and our relation to it will be restored to some kind of balance.

Christmas celebrates God becoming one with the human family to save all creation from the brokenness of sin and death. It is a time to consider our oneness, not just with God and with others, but with creation itself.

Epiphany during which we celebrate the manifestation and glory of God in the natural order of life.

Lent when we grieve the losses to our environment and reflect on the sacrifices we can make to stop our sins against creation.

Easter when we celebrate the resurrection of human life and envision the restoration/regeneration of all of life.

And, **Pentecost**—a time to reflect on the wisdom we need and the actions we can take to live a life in which all human and non-human creation can thrive together. And these themes can be visibly present as well through the decoration in our places of worship, banners, and sayings to remind us throughout the year of our commitment to be good stewards.

These elements can be expressed as well in special prayer services for particular occasions. He concludes his reflection thus:

By immersion and by osmosis, the weekly connection with nature through words and symbols and ritual actions and the presence of nature itself will work a salutary effect on the worshipping community. By weekly, indeed daily, immersion, a transformation can occur that leads people to see our integral connection with all God's creation and that enables people to come to a place of new and renewed gratitude for nature and a sense of responsibility to care for creation as part of our vocation as humans and as God's people.

❖*Petitions of Pardon*

As we begin the Eucharist we can include in our petitions of pardon, our sins of complicity and of omission with regard to our stewardship of creation. Here I would quote from the address I gave at the first symposium on reconciliation here in this same *aula*, ten years ago. I find it necessary to do so, because our hands are not clean and we have much conversion yet to accomplish. As we celebrate this week our "Mass on the World," we need to begin by asking pardon:

For our complicity: for our silence and for turning a deaf ear before the cry of Mother Earth, exploited and abused, raped of its beauty and natural resources;

For our blindness: because we are too busy in the construction of monuments to ourselves and in the protection of our institutions rather than caring for the earth, the house for all;

Pardon because fear has often paralyzed us and kept us from responding: fear of losing our privileges, our positions of honor, our benefactors and especially our security which could be endangered when taking a more prophetic stance with those who are paying the price of our rape of the earth, through loss of their land and the destruction of their ecosystems;

Pardon for our indifference as we watch nature being destroyed and abused, and as the indigenous are robbed of their lands, thus becoming accomplices to their loss of identity, and silent witnesses to their extinction.

And, finally, we ask pardon for not being faithful to our reason for being: to apply the merits of the Precious Blood! Pardon because we have not known how to be effective instruments of salvation which touch the very real lives of persons, because we have remained principally spiritualizers, disembodied, in the realm of the sacred, as if a human person were not holy, a living temple of God, as if the blood which runs through his or her veins were not precious, and as if there were no connection between ourselves and nature.

Yes, we have to make a *mea culpa*, as individuals and as institutions, as families of the Precious Blood and as Church. Not only once, but every day.

❖ *The Offertory*

Nowhere in our Eucharistic celebration are we more challenged than in the offertory and in the presentation

of the gifts of bread and wine.

Robert Barron in his book, *Eucharist*, touches upon the cosmic dimension of the Mass. He recalls that sin is not simply a personal and interpersonal problem, but rather compromises the integrity of the entire created order.

Thus, the salvation wrought through Israel and Jesus and made present in the Mass has to do with the healing of the world. We see this dimension especially in the gifts of bread and wine presented at the offertory. To speak of bread is to speak, implicitly, of soil, seed, grain, and sunshine that crossed 90 million miles of space; to speak of wine is to speak, indirectly, of vine, earth, nutrients, storm clouds, and rain-water. To mention earth and sun is to allude to the solar system of which they are a part, and to invoke the solar system is to assume the galaxy of which it is a portion, and to refer to the galaxy is to hint at the unfathomable realities that condition the structure of the measurable universe. Therefore, when these gifts are brought forward, it is as though the whole of creation is placed on the altar before the Lord (p.57).

We challenge the dominant economic and political model based on market forces and endless consumption. It will mean accepting that the resources of the earth are finite, that current Western consumption patterns cannot be sustained by the wider human community, or into future generations, and that they bring death and destruction to other species in our planetary community of life.

It will mean personal and political options in support of renewable sources of energy, alternate forms of transportation, the conservation and re-use of water, the designing of energy-efficient buildings, the protection of

habitats, the limitation of urban sprawl, and the attempt to bring life and beauty to our cities.

David Edwards in his article, "Eucharist and Ecology," states:

The Eucharist is the symbol and the sacrament of the risen Christ who is the beginning of the transfiguration of all creatures in God. In eating and drinking at this table we participate in the risen Christ (1 Cor 10: 16–17) . . . And what is made present is Christ in the power of resurrection, as not only the promise but also the beginning of the transformation of all things.

He also believes that this is the context in which we can interpret for today the prayer of Teilhard de Chardin in his *Mass on the World*.

All the things in the world to which this day will bring increase; all those that will diminish; all those too that will die: all of them, Lord, I try to gather into my arms, so as to hold them out to you in offering. This is the material of my sacrifice; the only material you desire.

Over every living thing which is to spring up, to grow, to flower, to ripen during this day say again the words: This is my Body. And over every death-force which waits in readiness to corrode, to wither, to cut down, speak again your commanding words which express the supreme mystery of faith: This is my Blood.

Margaret Scott, in an insightful book called *The Eucharist and Social Justice*, has a very perceptive chapter on the offertory entitled "Fruit of the Earth and Work of Human Hands" (chapter 4). She writes that:

. . . the Eucharistic gifts imply much more than merely bread and wine. They speak of the whole of material creation and all of human existence. They thrust the Eucharist into the heart of

human reality and the whole of the cosmos. At the same time, they initiate a conversation around the issue of land: those who possess it and the dispossessed, those forced off the land that fed them and crops grown on land owned by others. They open a dialogue about human toil and the slavery that today affects millions of men, women, and, particularly, children.

The key words of the offertory—creation, bread, wine, earth, the work of human hands—all speak to us of food and drink, hunger and thirst, labor and remuneration; of those who have and those who have not, the rich and the poor.

Scott states that because the Eucharist is incarnated in our lives and rooted in our soil, “they bring the poor and their struggles and the rape of the earth to the center of the Eucharistic celebration . . . It is about life in all of its dimensions.” She continues:

Woven into the story of bread and the tale of wine is much of our own human story here on this earth. Bread and wine tell us the tale of human labor, a narrative made up of effort and struggle, and of toil, tears, and sweat. This toil and sweat are integrated into the Eucharist and transformed by the action of the Spirit of God to become the bread of life (p. 52–53).

The story of bread and wine is a tale of injustice but also one of hope and solidarity. It recalls all those who worked in the process of producing the bread and the wine we offer at the altar.

In the Eucharist we offer all human activity and efforts to God, uniting them to the redemptive work of Christ. Encoded in the offertory is a commentary on the world of work and all the burning issues that surround it (exploitation, oppression, abusive working conditions, the employed and unemployed). The offertory echoes the

cry of the earth and the cry of the poor.

And the Eucharist reminds us that the material world has been entrusted to us by God as gift, a gift that belongs to the whole of humanity and that the resources of the earth belong to everyone. The offertory invites us to widen our perspectives and understanding of the Eucharist, to embrace its cosmic dimension.

I refer to Teilhard de Chardin's offertory in the *Hymn to the Universe* as he places the whole universe on the paten and in the chalice:

Since once again Lord . . . I have neither bread,
nor wine, nor altar . . . I your priest, will make
the whole earth my altar and on it will offer you
all the labors and sufferings of the world . . .
Into my chalice I shall pour all the sap which is
to be pressed from the earth's fruits (p. 19).

In the presentation of the gifts we are all priests in the great temple of creation, giving thanks to God and praise for all God's gifts. It makes us responsible for the survival of the earth itself and nurtures in us a deep ecological sensibility and a spirituality of interconnectedness that embraces the wholeness of the cosmos. So lived, the offertory is a prophetic statement and a summons for justice.

❖ *The Eucharistic Prayer and the great "Amen!"*

Our everyday Eucharistic prayers bring out the radical inner relationship between God's action in creation and redemption.

Second Eucharistic Prayer: "He is the Word through whom you made the universe, the Savior you sent to redeem us."

Third Eucharistic Prayer: "All creation rightly gives you praise."

Fourth Eucharistic Prayer: "In the name of every creature under heaven, we too praise your glory."

And in the great doxology at the end of the

Eucharistic Prayer, we lift up the whole creation through, with and in Christ, in the unity of the Holy Spirit to the eternal praise and glory of God.

We renew our commitment to be good stewards, *go'els*: Living our "Amen" as Eucharistic communities.

Through Other Liturgical Celebrations

We pray and reflect on the duty to care for God's creation and protect the poor and vulnerable. Integrate themes of care for creation into parish liturgies and celebrations. Consider a special Mass to raise up the wonder of creation and the call to care for all God's creatures. Remember to include the needs of the poor on whom climate change and environmental degradation will have the most impact.

An excellent example of how we can raise consciousness concerning our ecological responsibilities through traditional prayer forms and devotions is the video, "An Ecological Way of the Cross" (<http://preciousbloodspirituality.org>), created by students at the Catholic Theological Union of Chicago. One of our candidates, Joe Grilliot, was among the group that produced this imaginative and effective aid to prayer.

Through Education and Conscience Raising

When we speak of our commitment to the defense of nature, one road is to teach and promote what has been called "the best kept secret of the Catholic faith": *Catholic social teaching*. In general, we have done little to make it known to our own fellow Catholics. I experienced this first-hand while rector of St. Gaspar School in Santiago, Chile. After realizing the ignorance of many of our parents and even teachers, not to mention the students themselves, I decided to incorporate a course on the "Social Doctrine of the Church" as an obligatory subject in the high school curriculum for all of our students. This implied an extra subject and hiring of teachers expert in this field. Some of our parents reacted very

strongly to this decision. Nevertheless, when confronted by them, I was steadfast in my decision and informed them that if they would not permit their son or daughter to participate in this subject, they were free to leave the school and go somewhere else.

I believe that we need to ensure that the social doctrine of the Church is taught in our parish programs, especially for those young people preparing for confirmation. The teaching Church is taking this seriously as is evidenced in the publication of the *Compendium of the Social Doctrine of the Church* (2004), which, by the way, has a whole chapter dedicated to environmental issues.

Another suggestion is to post quotes from Pope Benedict XVI from social doctrine of the Church and other news articles to help people learn about climate change and its effects and to learn about our responsibilities as Catholics with regard to this issue.

Through our Lifestyle Choices

Already Pope John Paul II in his Encyclical Letter *Centesimus Annus* criticized:

a style of life which is presumed to be better when it is directed toward 'having' rather than 'being,' and which wants to have more, not in order to be more but in order to spend life in enjoyment as an end in itself. It is therefore necessary to create lifestyles in which the quest for truth, beauty, goodness and communion with others for the sake of common growth are the factors which determine consumer choices, savings and investments (#36).

Pope Benedict XVI in his recent Encyclical *Caritas in Veritate*, on the social dimension of our faith, calls for a reform of lifestyles and the re-education of consumer choices, part of a "covenant between human beings and the environment, which should mirror the creative love of God" (par. 50). We need to control our unrestrained

consumption and consumerism and adopt lifestyles based on self-restraint and moderation.

To be converted to a sense of kinship with and responsibility for the creatures of earth, and for the land, atmosphere, seas and rivers that support them, can be a joyful and liberating experience. To get involved with the struggle for a more just and ecologically sustainable world can be fulfilling and meaningful, an experience of communion with other human beings and with the natural world.

In doing so, we will live as *go'els*, good stewards of the earth God has given for all of us to enjoy. But in living our commitment, we will also be immersed in the Paschal Mystery, as we experience some successes here and there, but also discouragement and setbacks as we face the sheer power of the economic and political forces that are committed to maximum short-term profits with little or no regard for ecological or social consequences.

One of the choices we can all make is in what and how we eat! Jesuit author Joseph A. Tetlow says in his book, *Making Choices in Christ*, that

No one who is mindful of others' hunger eats mindlessly whatever comes to hand. As with all God's gifts, we must keep sensible order in our eating and drinking, serving God and not our taste buds . . . We need to take personal responsibility for our own nourishment, deciding what we are going to eat and how much.

We need to act to change our choices and behaviors contributing to climate change.

Advocating for the Proper Stewardship of Nature

The words of Pope John Paul II in *Evangelium Vitae* continue to echo in our hearts: "Make the voice of Abel's blood heard!"

We do this through supporting local, national and international initiatives to care for creation and the poor. We collaborate with other groups, denominations,

etc., in these endeavors.

We are advocates for Catholic principles and priorities in climate change discussions and decisions, especially as they impact the poor and vulnerable. We network with others. We use the internet and web sites.

We can make a difference! Together we can demonstrate true stewardship and genuine solidarity with a commitment to the common good and to easing the burdens of poor and vulnerable people. We honor our Creator by caring for creation.

A New Asceticism

Archbishop Pedro Barreto on the synod floor also stated that we are being called to an “ecological conversion.” The conviction of the Church is that

. . . technology that contaminates can also decontaminate; production that accumulates can also distribute equitably, on the condition that there prevail an ethic of respect for life, for human dignity and for the rights of present and future generations of humankind.

Pope Benedict invites us to a serious review of our lifestyle, in a society prone to hedonism and consumerism regardless of their harmful consequences. What is needed is an effective shift in mentality which can lead to the adoption of new lifestyles, as Pope John Paul II noted “in which the quest for truth, beauty, goodness and communion with others for the sake of common growth are the factors which determine consumer choices, savings and investments” (Pope John Paul II, *Centesimus Annus*, 36).

In a meeting with priests and religious in the diocese of Bolzano-Bressanone, Italy, August 6, 2008, Pope Benedict answered a question concerning environmental issues. Part of his response stated that care for the earth is not only about policies, but about lifestyles. Not only laws and business practices must change, but styles of

life: "It's not just a question of finding techniques that can prevent environmental harms, even if it's important to find alternative sources of energy, among other things," Pope Benedict said. "Yet, none of this will suffice unless we ourselves find a new way of living, a discipline of making sacrifices." In that regard, the pope argued, Christians should lead by example. Christians should offer proof through the simplicity of their own lives that they believe what they say, and that it's possible to be happy and fulfilled while living in ways that respect the inner dynamics of creation.

Author Brennan Hill also comments on the self-denial that is needed if we are to take up an ecological commitment. He writes:

Environmental concerns bring new light to the discussion of authentic self-denial. No doubt we will all have to live more simply if we wish to share our resources, replenish them, and share them with those in need. The new asceticism returns to natural foods that are nourishing and healthy, and it sets aside the processed and 'fast foods' that are harmful to health and wasteful in their excessive packaging. This spirituality returns to making things, and repairing, patching, and refinishing rather than simply discarding. Such self-denial calls for a detachment from gadgets, faddish items, and luxuries. It is conscientious about adequate exercise and proper health care. (*Christian Faith and the Environment*, 249).

Contemplation

We are called to a *contemplative presence* with which we open our eyes and our hearts to the wonder of all that is. "Give me eyes to see and ears to hear!" It sometimes makes us weep at the rape of the earth and our complicity in global devastation and poverty.

Contemplation also urges us to action. In the words of Saint Benedict, "Listen and attend with the ear of your heart." Yes, listen and attend—before it is too late.

Nevertheless, we do believe in transformation and conversion. We believe in the redeeming power of God's Spirit. We are called by the Blood of Christ to be prophets "of that new order of things which Christ came to establish with his Precious Blood," to use the words of Saint Maria De Mattias. In order to give credible witness to that new order, we need to undertake a journey of conversion, as the redeeming Blood purifies and reconciles us of all that obstructs living faithfully in the bond that we profess. The God of the covenant provides nourishment for our journey. When we gather around the Eucharistic table to break bread and to drink from a common cup, we strengthen our covenant bond with God, with one another, and with all of creation. We renew our commitment to one another and we accept with joy the mission of being *go'els*, guardians and defenders of the covenant, furthering authentic community and covenant bonding in a fragmented society in a world so often ravaged of its resources.

The God of the Scriptures is a covenant God who clearly heard the cry of the poor and the oppressed and the cry of the exploited earth. Moved to compassion and called to solidarity by the cry of their blood, God gave the ultimate, loving response in the person of Jesus, the redeemer and *go'el*.

Reflecting on Paul's letter to the Romans in which Paul writes that the world itself will one day become a form of living worship, the Holy Father during the July 24, 2009, vespers service in the Cathedral of Aosta in northern Italy, said:

It is the great vision that later Teilhard de Chardin also had: At the end we will have a true cosmic liturgy, where the cosmos becomes a living host. Let us pray to the Lord that he help us be priests in this sense, to help in the transfor-

mation of the world in adoration of God, beginning with ourselves.

Barry Fischer, C.P.P.S., a member of the Cincinnati Province of the Missionaries of the Precious Blood, served as moderator general of the Congregation and has written and spoken extensively on Precious Blood spirituality. He currently heads the International Center of Precious Blood Spirituality in Salzburg, Austria.

The Spirituality of the Blood: Our Commitment Now

Megan McKenna

Friday, January 15, 2010

Where to begin? Perhaps it is best to begin at the beginning! Let us go back to Genesis (beginnings) where the story says it all started. Our stories tell us who we are, how we got here, why we are here and ask us what we are going to do now. We have many stories of creation—but we tend to concentrate on one or two, and we tend to forget that they are stories—not fact and certainly not necessarily the way things are supposed to be, or stay that way. Our stories allow us to experience the knowledge and wisdom that has gone before us. When we tell the stories, they happen to us. The first rule of storytelling is: All stories are true and some of them actually happened—and when the storyteller says: “Once upon a time”—this story will happen to you—to all of us. We know the first story because we hear it at the beginning of the Easter Vigil every year:

In the beginning when God was creating the heavens and the earth . . . the earth was a formless and empty void. Darkness covered the surface of the deep and a mighty roaring wind from

God was sweeping over the water. And God said: 'Let there be light!' and there was light. God saw that the light was good and God separated the light from the darkness. God called/named the light day and the darkness he called night. And there was evening and morning followed, first day . . . (Gn 1: 1–3).

This is the first story, but historically, in reality it is a fairly new story, from around the eighth century before Jesus. It was written by the priests when the people returned, when a remnant came back from their long exile in Babylon as slaves. The city of Jerusalem was destroyed, the temple was burned, the leaders and priests and wealthy were killed and the people were forcibly marched into Babylon as slaves. When Cyrus allows them to come back home, many stay in Babylon because they have prospered over the years. But a few return—to a land burned, pillaged, crops and fields gone to seed and nothing—no temple or great city. They must start over again and begin anew. So the story is about their new creation—and how good everything is that their God who is the God of life, always faithful creates—including them—men and women, human beings who are very good. We know the description of what it means to be created, to be human beings.

And God said, 'Let us make *adama* 'human beings' in our image, after our likeness. They shall rule the fish of the sea, the birds of the sky, the cattle, the whole earth, and all the creeping things that creep on the earth.' And God created *adama* 'the human being' in the image of God, in the image of God the human was created: male and female they were created . . . and God blessed them (Gn 1: 26–27).

There is a play on the words *Adam* and the word *very*: they have the same letters in Hebrew, just

arranged differently. Adam/human beings are very good, capable of giving great delight to God. It was God's great pleasure and good will to create us and this says something about God! And we are told at the end of day six that God saw all God had made and found it very good.

And then there is the seventh day, the day that is holy and sacred to the Lord. Why? Because God stopped working and blessed the day and declared it holy, just as God's Word had made all things and blessed them. And God contemplates the work, appreciates it, delights in it, so that it can continue to expand, grow, mature, differentiate, separate, and be good! And this is what we are to become, in the image of God: those who stop working, appreciate all the earth and its creatures, take great delight in it and let it rest, as God rests, as we rest. (Contemplation is a long loving look at reality, alone and with others—and often a long loving look at reality that is hard to look at too.)

This story is a theological and liturgical story that reminds us of what we were made to be. And there is another story, found in chapters two and three, the first story is how the heavens and the earth were made and this second story is how the earth and the heavens came to be and it is a “why does this do this?” story—why are humans/earthlings farmers? Why is water so important? Why do men leave their parents and bond with women? Why are men and women different from all the animals and yet profoundly equal to one another and intimate with one another? The earthling, made of water, mud and God's own breath (air), is put in a garden to care for it, protect it and cultivate it and told that if he eats of the fruit of the tree of the knowledge of good and bad, then one day, he will surely die.

The earthling (male) looks for someone like himself and can't find anyone in creation. God creates a female from bone and God's own breath and God builds up the woman (like one would build a ship or an ark) and brings the woman to the man: they are both earthlings. We are

told at the end of chapter two that they are both naked and yet they know no shame. What this means is that they are not yet human beings. Human beings are different from the rest of creation because of a number of things. First, they are made in the image and likeness of God (whereas all else reveals something of God). They are given free will: they can make decisions and then live with the consequences. They can decide whether or not to be like God. And this is where the story continues—these two are equal, these earthlings, but they are not human beings because they are not conscious of themselves as persons individually. They are not conscious of the other as different. They have made no choices. This third chapter is not another story, but is the continuation of how we become human beings.

The story continues: the command was given to the earthling man, but obviously he passes it on to the woman, but the command has changed. Who changed it—Adam? Now the command is that: “If you even touch the tree, let alone eat of the tree of knowledge of good and bad, you will die.” And the woman earthling is told: no, you will not die, you will be like gods, your eyes will be opened and you will know what is good and what is bad. We are already made in the image and likeness of God—but to be human beings, we must know good and know evil. The woman sees a number of things: that the tree was good for food, pleasing to the eyes and most important of all: “desirable for gaining wisdom.” Wisdom is the gift of seeing as God sees! And so, because of food, because of beauty, and because of wisdom, she takes the fruit and eats and shares it with Adam and he eats. And “then the eyes of both were opened, and they realized they were naked” (Gen 3: 4–7).

And this is also where the story is not only told, but is interpreted in ways that contradict everything we have been told about God the Creator and the earth/sky/creatures and human beings in the first chapter of the Bible. Rather than seeing this as what makes

us human beings and what is a story that sought to explain why there is suffering in the world; why women suffer and die in childbirth; why men toil on the earth and the earth that was given as a garden resists man's labors; why men rule over women; and lastly why human beings die. The description of the end of this chapter contradicts everything that is good—very good.

What is the essence of being human? It is being human, needing food. It is being human, appreciating (like God) beauty and it is being made in the image and likeness of God, seeking, desiring and reaching for wisdom. This is the first choice—it oversteps a boundary and the price for being human, fully human is also dying. Until this point, the man and woman earthlings are not human. Now their eyes are opened and they are human beings. They see as God sees. They know what is good and what is bad. They see themselves and each other as separate. (Separating out is part of the first story—and then naming—and now there is Adam and Eve, mother of the living.)

The story predates Judaism by hundreds of years, an old story woven into the text to talk about present reality, but the reality first presented is true also: all that is made is good. But the reality is that only God lives forever. To be human, though created in the image and likeness of God, is to seek wisdom, to know God and be known by God, and it is also to die. This is a consequence of free will. But not to choose would mean that the earthlings would never become human beings. And it is here that the first story is often ignored or set aside and the second story is broken up into two stories, and it's called the "fall of man," instead of the story of how we become human beings. And the interpretations of the story begin to contradict the story.

It is called the first sin, the original sin—of the human race, but woman committed it, seduced the man and the whole human race "fell." And yet the word sin is never used. It is about knowing what is good and bad

and living and dying in the image and likeness of God, and the essence of what makes us human beings—reaching for wisdom. (The rest of the Bible is about where to find that wisdom—and it is often connected to the stories, psalms and places of trees). What about sin—what is the “original sin?” The story of the original first sin is found in the next chapter—chapter four. They are living in the world and not in an unreal/magical and symbolic place of a garden. Adam and Eve have given birth to Cain and Abel (and obviously they had daughters as well—since Cain will have a wife, etc.). The two sons have offered sacrifice (handed what they find precious over to God) and God has taken both sacrifices but Abel’s has found more favor with God. And Cain is angered. This is what Genesis says:

Cain greatly resented this and was crestfallen. So the Lord said to Cain: ‘Why are you so resentful and crestfallen? If you do well, you can hold up your head, but if not, sin is a demon lurking (crouching) at the door; his urge is toward you, yet you can be his master’ (Gn 4: 4b–7).

And Cain refuses to listen to the Word of God in his heart, and instead turns and kills his brother Abel. The first sin is *fratricide*! God is the God of life and life—blood—belongs only to God—to know both good and evil as human beings and to choose the bad is sin. And from this point on, the rest of these first chapters of Genesis are the history of murder/killing/the repetition of the original sin—instead of reaching for food, beauty and wisdom. Without the taking of the fruit, without the breaking of the boundaries there would be no human beings. But the sin is murder, specifically, brother killing brother and Abel’s blood cries out from the earth.

From the beginning the first commandment has been: “Do not harm one another,” and it develops into “Do not harm the earth,” but the killing has begun. (In

the Ten Commandments, the first three are about God, the fourth about family and the fifth is the first commandment that includes all human beings: “*Thou shalt not kill.*”)

Our God is the God of life and so all interpretations of Scripture, the Word of God, must be about life, not death. All life created by God is good and only God can take life. All blood belongs to God (blood is life). There is a Jewish story from the twelfth–eleventh centuries B.C.E. that says:

When God created Adam, he led him around the Garden of Eden and said to him: ‘Behold my works! See how beautiful they are, how excellent! All that I have created, for your sake did I create it. See to it that you do not spoil and destroy MY world; for if you do, there will be no one to repair it after you’ (*Eccles Rabbah* 7: 13).

Eden was a fiction—a garden to express to us what God intended. And we now live and have lived in this real world. We are made in the image and likeness of God, the creator, who finds all things good and very good and is intent on sharing the garden/world, protecting it, caring for it, conserving it. We are made in the image of the God of life, all life and only God may take life: it is not our prerogative. Until Noah what is told in Genesis is the story/the history of killing.

With Noah and the ark a new creation, a new beginning is attempted. Noah brings in all the animals, birds, etc., and preserves and carries them into the future—this is what we are to do—no matter how terrible the world becomes. But the Jewish tradition also tells of Namah, Noah’s wife. She collected all the herbs, flowers, grasses of the field, food, tree seeds, etc., and took over a portion of the ark as a green house. How else could the earth itself be reseeded, planted and made back into a garden: a place for food, for beauty and for seeking wisdom? The covenants that follow, up to the new covenant

with Jesus, the beloved child/servant of God the Father in the power of the Spirit, are about renewing life, about remembering and honoring, respecting life. This is the true worship of God.

The prophets come when the covenant is broken/severed and the prophet is interested in what God is interested in: three things. The prophet is concerned with what constitutes true worship of God, the care of the poor, and the coming of God's reign of justice and peace. For us these are often three different things/realities, but for the prophet and God they are one, tightly woven together. What constitutes true worship of God is care for the poor, and care for the poor brings God's reign of justice and peace, and that is the only worship that God wants. It has been so since the beginning: the *anawim*, the poor, are the criterion for whether or not the people of God are being faithful to the covenant and when they are not cared for, protected and given life. Then come the prophets: to denounce, to call for renouncing and, if the people and their leaders repent, to announce that God's faithfulness and goodness are once again renewed.

And we come to God's new covenant with us in Jesus. We heard the story of Jesus' baptism just a week ago. It is also the story of our baptism. The newness begins with baptism, with resurrection life. We rise from the waters and stand on the earth, our heads in the air, and the Spirit of God comes upon us and we are told by God our Father that we were made to give God delight! We are the dwelling places of the Spirit. We have the same relationship and intimacy with God the Father that Jesus has, with Jesus, as servant and child (these words are almost interchangeable in the Greek scriptures) by the power of the Spirit. The Trinity embraces us and we dwell now in the covenant of all the earth and sky and water and human beings made one, brought back together again with God. Reconciliation means walking together again.

And today we will hear in the Gospel of Luke why Jesus was baptized—and of course, why we are baptized in this new covenant. It is the reading of today's closing liturgy. Let us listen—and take the words to heart.

And Jesus returned in the power of the Spirit into Galilee, and a report concerning him went out through all the surrounding country. And he taught in their synagogues, being glorified by all. And he came to Nazareth, where he had been brought up; and he went to the synagogue, as his custom was, on the Sabbath day. And he stood up to read; and there was given to him the book of the prophet Isaiah. He opened the book and found the place where it was written, 'The Spirit of the Lord is upon me, because he has anointed me to preach good news to the poor. He has sent me to proclaim release to the captives and recovering of sight to the blind, to set at liberty those who are oppressed, to proclaim the acceptable year of the Lord.' And he closed the book, and gave it back to the attendant, and sat down; and the eyes of all in the synagogue were fixed on him. And he began to say to them, 'Today this scripture has been fulfilled in your hearing' (Lk 4: 14–21).

This is the incarnation of God in our midst. This is the Body and Blood of Jesus standing before his community, family, friends, disciples and the world and proclaiming why he became flesh and blood, why he became a human being, why he was baptized, and why we are baptized and what makes us truly human beings in the new covenant that God has made with us in Jesus. God is now the God of life ever more abundantly for all, but especially for those whose lives don't mean much to others: to the poor and oppressed, the prisoners, captives and all those who die without a real chance at life. This

is the wisdom of God that human beings reach for, this is what brings the fullness of life.

There are five main reasons why we are baptized and how we are to live as human beings. And they follow one upon each other—like one, two, three, four, five. It is hard to do the third thing if you haven't already learned to practice one and two.

The first: good news to the poor—food, clean water, shelter, clothing, medicine and health care, dignity, work, education, freedom from fear, security, freedom from violence, freedom of assembly, to practice one's religion, to emigrate, to take refuge in another country. This is where it begins: life ever more abundant for all.

The second practice and way of life, to set the prisoners free, to liberate the captives, means to let those in prisons and the darkness of despair have another chance at life—this is forgiveness and reconciliation—how many times? Seven, no, seven times seventy-seven. In other words, stop counting and start practicing: this is a way of life!

The third, give new sight to the blind, means to give new sight, new wisdom, to those who think they are religious but do not practice in relation to others. In the New Testament, the blind are those who are hard of heart, and do not listen to the Word, and refuse to change.

Fourth, we are to liberate those who are oppressed. The oppressed are those who are poor, live in human misery and on whom others lay the burden of persecution, violence, repression and hatred, and so forth.

And lastly, this year will be a year of favor from our God. Originally this was the Sabbath year, practiced every seven years. Then it was the jubilee year, practiced every seven times seven years, the 49th and 50th years. This year is described in the Holiness Code of Exodus and other books of the Bible. It consisted of the following practices that the whole community, all the people of God, did together:

1. All debts were cancelled.
2. All the land was taken and redistributed equally among all the people (so they could at least live and eat).
3. All the prisoners were set free from the jails and those sold into slavery (as many children were so that families could keep their lands) were set free.
4. All aliens, captured slaves and those in war were invited to live in the land, given seed/and a place, or given money to go home.
5. The land itself was to lie fallow, rest—no planting, no harvesting of crops, trees, bushes, etc. All shared the harvest of the previous year and remembered the goodness of God, that all the earth belonged to God.

What is interesting is that study of the time of Jesus and his words in the synagogue reveal that this wasn't a Sabbath year or a jubilee year—it wasn't anywhere near those years. What Jesus is saying is that for his disciples and those who believe in him—*every year is the Sabbath year!* This is the way his community will live. As the Acts of the Apostles and the words of the Didache read: "See how those Christians love one another—there are no poor among them." This is the rule of life for those baptized.

This is where we begin. This is where we begin again, every year after we remember our baptisms. But how do we do this? Why would we do this—in relation to all others, to the poor first and foremost and on behalf of and with the earth and all its creatures and resources? I'd like to tell you a story that might be a place to begin to look at how we do this. It is a story about blood—the blood of our bodies, the blood of life, the Blood of the Eucharist, the Body of Christ. The first rule of storytelling is that all stories are true and some of them actually happened. This story actually happened! And when

I begin to tell this story and say: “Once upon a time” . . . it will happen to all of you—to us. This story was told to me by one woman and then I heard it from a number of people in some form within weeks of each other. It is a common experience.

Once upon a time there was a woman who had surgery. She was unconscious a long time and slowly began to come back to consciousness, after hours and hours. She had lost a lot of blood in what had been a dangerous and life-threatening surgery. Her first recollection was cold. She was so cold. It wasn’t a shaking kind of cold, but it was deeper. It was pervasive, numbing cold from her toes to her head that almost was pain. She ached for warmth. She vaguely remembered that it was summer and she had been sweating when she came into the hospital. Now she felt like she was wrapped in ice. She just lay in the bed and couldn’t move, respond, react, do anything.

And then she felt something slowly coming into her arm. She had felt pin pricks, but now something was happening. She realized it was blood—a blood transfusion coming into her body so very slowly, dripping into her veins. She realized she could feel the warmth slowly seeping down into her toes, and up into every part of her body. It was, she said, like rising out of the ocean, coming up into the light, air and she was coming back to life again. And then she opened her eyes—there was no one there! But she looked up and saw the bag, nearly empty of someone else’s blood. She saw the clock and realized I am *alive*! I made it! And she wondered: whose blood brought me back? And she learned afterward that she’d received four pints of blood after the surgery. And she had no idea whose blood had brought her back, warmed her and given her life again.

When she told me this it had been weeks since her surgery. She said, she would walk around and look at strangers on the street and think: what I would give to know who shared their life, their blood with me. Their

blood is in my veins! There is no way I can thank them or repay them—the only way I can respond is to go and give blood every chance I can.

This is our new covenant, the covenant of the Blood of Jesus in the Eucharist—Blood given, poured out in his life and in his death and shared with us in his resurrection, gift of the Eucharist, the Word, and the Spirit. We are given the Word of God, the Scriptures, and we chew on them, share them, and try to make them into our flesh and blood, put them into practice in our lives. And we know this wisdom must be fed—and so we feast on the Body and Blood of Christ. We have been baptized into the Body of Christ in the water, and that water is bound to the wine of our worship. We know we need the bread and wine, transformed into the Body and Blood of Christ in order to fulfill our baptisms and be faithful to the new covenant. And when we feast upon the Body and Blood of Christ, we become what we eat! We walk out the door as the bread of justice, the bread of peace, the bread of hope and the wine of salvation, the wine of joy, the wine of freedom for all *in* the world and *for* the world.

When we live the Word of God and enflesh that Word in our bodies and lives we give transfusions to the people of the world, the poor and to all who are hungry. Our lives, in covenant with Jesus, in the power of the Spirit for the glory of our Father, are meant to be blood transfusions bringing life back into the world, all creation and to human beings.

We seek wisdom and life in abundance for everyone, seek to bring life and share it with others and live up to our baptismal promises. We befriend the earth and one another, because God has befriended us in Jesus' Body and Blood, in the incarnation. Jesus says in John's Gospel: "I call you friends if you do what I command you!"

I have told you this so that my joy might be in you and your joy might be complete. This is my commandment: love one another as I have loved

you. No one has greater love than this, to lay down one's life for one's friends. You are my friends if you do what I command you . . . I have called you friends, because I have told you everything I have heard from my father. It was not you who chose me, but I who chose you and appointed you to go and bear fruit that will remain, so that whatever you ask the Father in my name, he may give you. This I command you: love one another (Jn 15: 11–17).

This is the spirituality of the Blood. It makes us the friends of God, friends of the earth and friends to one another. This is why we must live and make sure that the earth is renewed and repaired, released from its bondage and relieved of its burden, along with the poorest of the poor.

Perhaps before we end—a few points where we must begin, now, immediately! These are things we must remember and put into practice now.

1. The fate of the earth is bound intimately to the fate of women. Women and the children they bear, bear the brunt and the burden of poverty, and the destruction of the earth. The way we treat the earth reveals the way women are treated, worldwide. Women did not commit the first sin—the first sin is *fratricide*, the killing of brother by brother. What would our world be like if that is taught, and taken responsibility for, instead of blaming it on women because of a story where they, in reality reveal the essence of being human—reaching for food, for beauty and especially for wisdom.
2. This equality between men and women must begin in Church. The Church (institutional structures, not necessarily the Body of Christ the people of God) cannot impact or influence the earth, the world, resources, etc., in any sig-

nificant way, while it says one thing and yet does not reveal it in practice. Jesus says, also in John at the last supper: “There is so much more I have to tell you, but you cannot bear it now. But when he comes, the Spirit of Truth, he will guide you to all truth” (Jn 16: 12–13ff.). I think it is time *now*, not only can we bear it now, it is essential for us to listen to the wisdom of women.

3. There are a million heart beats a day in the human body and there are 100,000 miles of blood cells in a human body. This is akin to the rivers of the earth, for water in the ground is the blood of the earth and is that which sustains life. We must begin to look at, reclaim, clean and purify the waters, just as we perform blood transfusions to pull human beings back from death.
4. The earth is God’s body, the first book of Revelation. We are to give reverence to the earth as we do the books of the Gospels, the bread and wine that become the Body and Blood of Christ, the poor and the least of our brothers and sisters. What we do to the earth, we do to the poor, to one another and to God.
5. Education is essential—for women, all children, adults who are refugees, immigrants, gypsies, the victims of climate change, colonialism, globalization, militarization. What we need is a “globalization of compassion” along with a shift in economics. Education is needed specifically in basic health care, local production of food, literacy, organizing, self-esteem and protection from violence.
6. The priorities of the Church, of ministry, must return to Jesus’ priorities: feed the crowds/masses of people; heal them, which means touch them, include them, welcome

them, forgive them; teach them the Good News—hope and befriend them, walk with them—as God walks with us in Jesus and the Spirit. The sharing of “life evermore abundantly” must take priority over doctrine, changes in language, liturgy, condemnation or “lording it over” others. Anyone with power in the Church must actually be a servant, and a servant to the servants of God.

7. We must be the presence of resurrection in the world, so that all can look at us and know what the Good News to the poor is in reality (not just in evangelization/preaching, etc.) and what the reign of God looks like here and now: there must be no poor among us—only the beloved children of God, the friends of God, the Body and Blood of Christ in the world. And we must look on the world as the sacrament of the Spirit—God continuing to reveal both presence and truth to all. We must learn to celebrate the world, not condemn it and constantly refer to the after-life.

PRAYER: Beloved God, help us to undo the harm that we have done. To learn Genesis. To protect what is endangered, including people! To stop extinction. To repair the earth. To make covenant once again with all that you have made: sky, earth, water, creatures; and to live so that the generations to come after us—down to the seventh generation will know you as the Maker and Keeper of all things, and know your beloved child as the Body and Blood, the food and the drink of life ever more abundantly and your Spirit as the breath of life in us still.

Amen, amen.

Let the people cry: Amen.

Megan McKenna is a storyteller, theologian, spiritu-

al writer and lecturer who has published several books, the most recent of which, This Will Be Remembered of Her, received an award from the Catholic Press Association in 2011.

Notas

Prólogo

¹John C. Futrell, “Discovering the Founder’s Charism,” *The Way Supplement* 14 (1971), p. 62.

Dionicio Alberca, C.P.P.S.

¹Cf. Aroldo Reimer, “Espiritualidad ecológica en los Salmos”, en *Revista de Interpretación bíblica Latinoamericana* No. 45 (2003/2), p. 108.

²Cf. *Ibid*; p. 108.

³Cf. *Ibid*; p. 109.

⁴Cf. José Eizaguirre, “Interpelaciones de la ecología a la Vida Religiosa”, en *Revista de Vida Religiosa* de la Conferencia Española de Religiosos, vol. 46, No. 178 (abril–junio, 2007), p. 408.

⁵Cf. Leonardo Boff, *Ecología: Grito de la Tierra, Grito de los Pobres*. Ed. Trotta, 1996, p. 12. Ver también el artículo de Victorino Pérez Prieto: “Por una espiritualidad ecológica”, en *Revista de Vida Religiosa*, de la Conferencia Española de Religiosos, vol. 46, No. 178 (abril–junio, 2007), p. 408.

⁶Cf. Leonardo Boff, *op.cit.*, 12.

⁷Cf. Sean McDonagh, *Pasión por la Tierra. La vocación cristiana de promover la justicia, la paz y la integridad de la creación*. Bilbao: Mensajero, 2000, p. 221–222.

⁸Cf. Robert Schreiter, C.P.P.S., *En el Agua y en la Sangre. Una espiritualidad en la solidaridad y en la esperanza*. Santiago de Chile, 1988. p. 35.

⁹Si adquiriésemos el hábito de sustituir mentalmente la palabra “sangre” por la expresión “vida ofrecida” muchos textos bíblicos, en vez de parecernos curiosos y hasta repugnantes, se volverían tremendamente sugestivos para nosotros.

¹⁰Cf. Birgit Weiler, *Ecología. Nuestra responsabilidad por el cuidado de la creación*. Secretariado del Apostolado Social (Roma). Lima: CEP–Instituto de Fe y Cultura de la Universidad “Antonio Ruiz de Montoya”, 2003, p. 95.

¹¹Cf. Benedicto XVI, Papa, *Carta Encíclica Caritas in Veritate sobre el Desarrollo Humano integral en la caridad y en la verdad*. Lima: Paulinas–Epiconsas, 2009. p. 71.

¹²Cf. Birgit Weiler, *op.cit*; p. 95–99.

¹³Cf. Sean McDonagh, *op. cit*, p. 189.

¹⁴Cf. *Ibid*, p. 189.

¹⁵Cf. Birgit Weiler, *op.cit*; p. 99.

¹⁶Cf. El tema del rescate y *goelazgo* es desarrollado ampliamente en la Revista de Interpretación Bíblica Latinoamérica No. 18 (1994).

¹⁷Cf. Sean McDonagh, *op. cit*, p. 204.

¹⁸Cf. Birgit Weiler, *op.cit*, p. 96.

¹⁹Cf. Benedito Ferraro, “Eucaristía: fuente de la misión y vida solidaria”, *Revista Vida Pastoral* 222 (enero /febrero, 2002) 14–17. San Pablo (Brasil): Paulus, 2002.

²⁰Cf. Robert Schreiter, C.P.P.S., *op.cit*; p. 76–87.

²¹Cf. José Eizaguirre, *op.cit*, p. 383.

²²Cf. Victorino Pérez Prieto, *op.cit.*, p. 409.

²³Cf. Aroldo Reimer, *op. cit.*, p. 109.

²⁴Cf. José Eizaguirre, Interpelaciones de la Ecología a la Vida Religiosa, en *Revista de Vida Religiosa de la Conferencia de Religiosos*, Volumen 46, No. 178 (abril–junio, 2007), 393.

²⁵Cf. Leonardo Boff, *op.cit*, p. 11–12.

²⁶Cf. José Eizaguirre, *op.cit*, p. 392–393.

²⁷Cf. Papa Benedicto XVI, *op.cit.*, p. 71.

Erwin Kräutler, C.P.P.S.

¹En el día 16 de junio 2008 fue divulgada la noticia de la descubierta por el telescopio “La Silla”, instalado en Chile, de tres super`planetas` que miden 4,2, 6,7 y 9,4 veces el tamaño de la Tierra.

²Cf. Irineu Da Lião, *Contra as heresias*. São Paulo: Paulus, 1997, V, 6,1.

Sonia Matos, A.S.C.

¹*Ethos*: “um lugar para viver” que pode ser traduzido em diversos modos. Pode significar “inicio”, “aparecer”, “disposição” e daí “carater” ou temperamento. Da mesma raiz grega deriva a palavra *ethikos* que significa “teoria do viver”, da qual o termo ética.

²Como por exemplo, Bartolomeu de las Casas, Antonio de Montesinos, Pedro de Córdoba, Padre Vieira e outros.

³Cf. Gn 1, 28.

⁴Cf. Rom 8, 18–23.

Endnotes

Foreword

¹John C. Futrell, "Discovering the Founder's Charism," *The Way Supplement* 14 (1971), p. 62.

Dionicio Alberca, C.P.P.S.

¹Cf. Aroldo Reimer, "Espiritualidad ecológica en los Salmos," *Revista de Interpretación bíblica Latinoamericana*, No. 45 (2003/2), p. 108.

²Ibid, p. 108.

³Ibid, p. 109.

⁴Cf. José Eizaguirre. "Interpelaciones de la ecología a la Vida Religiosa," in *Revista de Vida Religiosa* de la Conferencia Española de Religiosos, Vol. 46, No. 178 (abril-junio, 2007), p. 408.

⁵Cf. Leonardo Boff, *Ecología: Grito de la Tierra, Grito de los Pobres*. Ed. Trotta, 1996, p. 12. See also the article of Victorino Pérez Prieto: "Por una espiritualidad ecológica," en *Revista de Vida Religiosa*, de la Conferencia Española de Religiosos, Vol. 46, No. 178 (abril-junio, 2007), p. 408.

⁶Boff, op. cit., p. 12.

⁷Cf. Sean McDonagh, *Pasión por la Tierra. La vocación cristiana de promover la justicia, la paz y la integridad de la creación*. Bilbao: Mensajero, 2000, pp. 221–222.

⁸Cf. Robert Schreiter, C.P.P.S., *En el Agua y en la Sangre. Una espiritualidad en la solidaridad y en la esperanza*. Santiago de Chile, 1988, p. 35; English original: *In Water and in Blood: A Spirituality of Solidarity and Hope*. New York, Crossroad, 1988, p. 30.

⁹If we would acquire the habit of mentally substituting the expression *life offered* for the word *blood*, many biblical texts would become very evocative for us, rather than appearing curious or even repugnant.

¹⁰Cf. Birgit Weiler. *Ecología. Nuestra responsabilidad por el cuidado de la creación*. Secretariado del Apostolado Social (Roma). Lima: CEP—Instituto de Fe y Cultura de la Universidad "Antonio Ruiz de Montoya," 2003, p. 95.

¹¹Cf. Benedict XVI, *Caritas in Veritate*, 48.

¹²Weiler, op. cit., pp. 95–99.

¹³McDonagh, op. cit., p. 189.

¹⁴Ibid.

¹⁵Weiler, op. cit., p. 99.

¹⁶The theme of ransom and of the nature of the *go'el* is fully developed in the *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamérica*, No. 18 (1994).

¹⁷Cf. McDonagh, op. cit., p. 204.

¹⁸Cf. Weiler, op. cit., p. 96.

¹⁹Cf. Benedicto Ferraro, "Eucaristía: fuente de la misión y vida solidaria," *Revista Vida Pastoral*, 222 (enero-febrero, 2002), pp. 14–17, San Pablo, Brasil: Paulus, 2002.

²⁰Cf. Schreiter, C.P.P.S., op. cit., pp. 76–87. English version, pp. 58–60.

²¹Cf. Eizaguirre, op. cit., p. 383.

²²Pérez Prieto, op. cit., p. 409.

²³Reimer, op. cit., p. 109.

²⁴Cf. José Eizaguirre, "Intereplaciones de la Ecología a la Vida Religiosa," *Revista de Vida Religiosa de la Conferencia de Religiosos*, Vol. 46, No. 178 (abril-junio, 2007), p. 393.

²⁵Cf. Boff, op. cit., pp. 11–12.

²⁶Cf. Eizaguirre, op. cit., pp. 392–393.

²⁷Cf. Benedict XVI, op. cit., par. 48.

Erwin Kräutler, C.P.P.S.

¹On June 16, 2008, it was announced that the telescope, "La Silla," installed in Chile, had revealed three "super planets" which measure 4.2, 6.7 and 9.4 times the size of the earth.

²Irenaeus of Lyons, *Adversus Haereses*, Book V, chap. 6, par.1.

Bibliografía

Sonia Matos, ASC

Boff, L. “Ecologia: cuidar da vida e da criação,” in Beozzo, O. (org.) Curso de verão–ano XX. Cesep, Paulus, 2007.

CELAM. *Documento de Aparecida*, 2007.

Hughes, T. *Desafiadas a tecer uma nova espiritualidade que gere esperança e vida para todos e todas*. UISG 2007.

Marroquin, E. *Un altro mondo è possibile*. Milano: Paoline, 2009.

Zizioulas, I. *Il creato come Eucaristia*, Magnano: Comunità di Bose, 1994.

Barry Fischer, C.P.P.S.

Baretto, Mons. Pedro, Obispo de Huancayo, Discurso pronunciado durante el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía (2005).

Barron, Robert, *Eucharist* (Eucaristía). Orbis Books, Maryknoll, Nueva York, 2008.

Benedicto XVI, Encíclica *Caritas in Veritate* (2009).

Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis*.

Benedicto XVI, sus palabras en las Vísperas del 24 de julio en Aosta, Italia, (véase el editorial: *Teilhard at Vespers* (Teilhard en las Vísperas) en *America Magazine*, 17 de agosto de 2009).

- Edwards, Denis, *Eucharist and Ecology* (Eucaristía y ecología), reunión de la JPIC en Asís, Italia, 12–16 de mayo de 2009, “Creation at the Heart of Mission” (La creación en el corazón de la misión). (Dennis es de Australia). El seminario fue patrocinado conjuntamente por SEDOS y la Comisión de JPIC de la Unión de Superiores y Superioras Generales (USG/UISG).
- Hill, Brennan R., *Christian Faith and the Environment* (La fe cristiana y el ambiente), 249.
- Koenig-Bricker, Woodeene, *Ten Commandments for the Environment* (Los diez mandamientos para el medio ambiente), Ave Maria Press, Notre Dame, Indiana, 2009.
- Maalouf, Jean. Teilhard de Chardin, *Reconciliation in Christ—selected spiritual writings* (Teilhard de Chardin: *Reconciliación en Cristo—selección de escritos espirituales*), New City Press, 2002.
- Misleh, Dan, “A *Commitment to the Catholic Climate Covenant*” (Coalición Católica sobre el Cambio Climático). En *Church Magazine*, verano de 2009, Nueva York. 16–19).
- Rhoads, David, “Worshipping in Relationship with Nature: A Reflection”. (Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza). Tal como apareció en: www.webofcreation.org/Articles/WorshipReflection.htm
- Scott, Margaret, acj, *The Eucharist and Social Justice* (La Eucaristía y la Justicia social). Paulist Press, Nueva York/Mahwah, NJ, 2009.
- Tetlow, S.J., Joseph A., *Making Choices in Christ* (Optar en nombre de Cristo), Loyola Press, Chicago, 2008. Capítulo: “Food for the Hungry” (Dar de comer al hambriento), pp. 110–112.

Bibliography

Sonia Matos, ASC

Boff, L., “Ecologia: cuidar da vida e da criação,” in Beozzo, O. (org.) *Curso de verão—ano XX*. Cesep, Paulus, 2007.

CELAM (Latin American Episcopal Conference), *–Documento de Aparecida*, 2007.

Hughes, T., *Desafiadas a tecer uma nova espiritualidade que gere esperança e vida para todos e todas*. UISG 2007.

Marroquin, E., *Un altro mondo è possibile*. Milano: Paoline, 2009.

Zizioulas, I., *Il creato come Eucaristia*, Magnano: Comunità di Bose, 1994.

Barry Fischer, C.P.P.S.

Baretto, Mons. Pedro, Bishop of Huancayo, Address during Synod of Bishops on Eucharist (2005).

Barron, Robert, *Eucharist*. Maryknoll, New York: Orbis Books, 2008.

Benedict XVI, Encyclical *Caritas in Veritate* (2009).

Benedict XVI, Evening prayer service, July 24, 2009, in Aosta, Italy (see editorial, Teilhard at Vespers in *America Magazine*, August 17, 2009).

Benedict XVI, Post-synodal Apostolic Exhortation *Sacramentum Caritatis*.

Edwards, Denis. *Eucharist and Ecology*, JPIC gathering in Assisi, Italy, May 12–16 2009, “Creation at the Heart of

Mission" (Dennis is from Australia). The seminar was jointly sponsored by SEDOS and the JPIC Commission of the Union of Superiors General of men and woman religious (USG/UISG).

Hill, Brennan R., *Christian Faith and the Environment*, 249.

Koenig-Bricker, Woodeene, *Ten Commandments for the Environment*, Notre Dame, Indiana: Ave Maria Press, 2009.

Maalouf, Jean, *Teilhard de Chardin: Reconciliation in Christ—Selected Spiritual Writings*, New City Press, 2002.

Misleh, Dan, "A Commitment to the Catholic Climate Covenant." In *Church*, Summer 2009, pp. 16–19.

Rhoads, David, "Worshipping in Relationship with Nature: A Reflection." As it appeared on the web: www.webofcreation.org/Articles/WorshipReflection.htm

Santmire, H. Paul, *Nature Reborn: The Ecological and Cosmic Promise of Christian Theology*. Minneapolis: Fortress Press, 2000.

Scott, Margaret, ACJ, *The Eucharist and Social Justice*. New York/Mahwah, New Jersey: Paulist Press, 2009.

Tetlow, S.J., Joseph A., *Making Choices in Christ*, Chicago: Loyola Press, 2008. Chapter: "Food for the Hungry."

